

## LA PATRIA DE LUTO

---

Alfonso XII ha muerto.

¿Cómo no asociarnos al duelo general por la repentina noticia que el telégrafo ha anunciado al mundo y por la irreparable pérdida que ha sufrido España?

Cada disparo que en el aire retumba, repitiéndonos que el Rey, yerto cadáver, ocupa un féretro el día mismo en que iba á cumplir veintiocho años, recuerda la implacable fatalidad que pesa sobre nuestros destinos. Cuando al fin resplandecía la paz en todos los ámbitos de nuestra desquiciada Península; cuando se había logrado amordazar las discordias; cuando una pros-

peridad relativa permitía el incesante desarrollo de los elementos civilizadores que constituyen la dicha y el bienestar de los pueblos; cuando florecían las artes, prosperaba la industria y se abrían nuevos horizontes al comercio en el seno de la confianza, la implacable muerte ha venido á arrebatarnos al caudillo, al Soberano, que durante once años de un reinado glorioso supo contener con energía y talento todas las ilegítimas ambiciones igualmente que todas las tentativas protervas. ¿Cómo se nos arrebató en los días más hermosos del hombre al joven Rey en cuya prudencia y en cuyo tacto cifraba la Nación sus más legítimas esperanzas? De nada ha servido el desconsuelo y el llanto de una Reina, esposa de inmenso cariño; de nada ha servido la tribulación de otra Reina, madre amantísima, ni los desgarradores acentos de unas idolatradas hermanas.

¡Es una gran pérdida! ¡Es una pérdida inmensa! Nos lo dice la actitud del pueblo, la tristeza de patricios eminentes, y el vago terror en todos los semblantes impreso. Nunca fueron más patentes y unánimes los sentimientos de una nación entera. Nunca la muerte de un Rey produjo más dolorosa sensación

en Europa. Nunca nuestra desgracia tuvo mayor eco, ni inspiró un interés más profundo; porque jamás fué tan palpable y universal el sentimiento de lo que en determinadas condiciones podemos, ni más congojosa la saña del implacable destino.

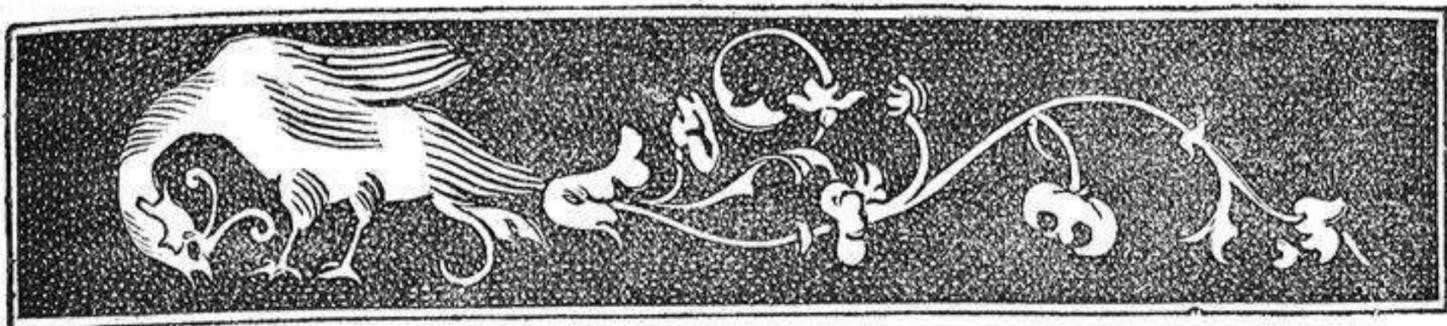
La patria está de luto. Consignará en indelebles letras de oro los once años que pasaron; pero esto no basta. Si los recuerdos de un Rey preclaro y de una ventura perdida, merecen palabras de duelo, no es tampoco de espíritus viriles el dejarse amilanar por los golpes del infortunio. La experiencia es costosa, pero encierra también grandes enseñanzas que han de servirnos de norte en lo sucesivo.

Al depositar una humilde corona de siemprevivas sobre la tumba de Alfonso XII, cumplimos un deber de reconocimiento propio de los corazones hidalgos, sin que este acto nos exima de mirar con resolución noble y decidida fijeza el porvenir laboriosa y afortunadamente preparado por el Monarca que dejó para siempre esta tierra de hondas luchas y continuas amarguras. La natural lágrima que hemos sorprendido en la pupila de bizarros guerreros y de estadistas de reputación europea, puede ser fecunda y fortalecerá indudablemente en los pechos

honrados la decisión necesaria para arrostrar y vencer las contrariedades que surjan acaso en la marcha de una nación digna de mejor suerte.

¡Dios haya acogido en su seno el alma del buen Rey, que velará desde las alturas por los carísimos intereses que fueron la constante preocupación de su vida!





EL PRÍNCIPE DE BISMARCK  
EN  
LA DIETA DE FRANCFORT  
1851 — 1858

CARTAS CONFIDENCIALES

Á SU MINISTRO

EL BARÓN DE MANTEUFFEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

*Roberto Dupuy de Lôme*

Agregado diplomático

CONTINUACIÓN (1)

XIV

Los primeros bailes del invierno en Francfort.—Los Condes Rossi.—Baile en casa del Conde de Thun.—Excursión á Goblentz.—Inquietudes y protestas de Bismarck.

*5 de noviembre de 1851.*

La temporada de invierno ha quedado inaugurada esta semana con los dos bailes celebrados en casa de A. Rothschild (2) y Conde de Thun respectivamente.

---

(1) Véase la REVISTA CONTEMPORÁNEA de los días 30 de julio, núm. 232, y 30 de agosto, núm. 234, del año corriente.

(2) Barón de Rothschild, banquero de la corte de Prusia y de la Asamblea federal.

A la Condesa Rossi, que ha embellecido desde su salida de Berlín, se la encuentra en todos los salones. El calor y la pasión con que ha cantado aquí, sobre todo *Sonámbula* y la *Hija del Regimiento*, prueban que en la escena y respirando la atmósfera del entusiasmo frenético que inspira, se encuentra más á sus anchas que dentro de su dignidad de Condesa. Me ha impresionado vivamente el contraste que existe entre la posición que ocupaba en Berlín, y su aparición sobre las tablas, donde forzosamente tiene que codearse con miserables actores. El Conde Rossi, siempre el mismo, dándose aires de gran señor, jugando como un desesperado, fumando cigarros de precio exorbitante y tan despreocupado respecto de la posición de su mujer como de su posición propia. Cuando llegó fué á ver á Zirndorfer y le invitó á comer, y éste digno funcionario me cuenta que tiene entrada franca en casa de la Condesa; que cuando él está con ella, de Thun hace antesala y que consigue cuantos billetes de teatro solicita. La señora Sontag, como llaman aquí á la Condesa, recibe de tres en adelante á la *nata* y *flor* de esta sociedad y excita el descontento de los criados del Hotel de Rusia porque sus cenas, rociadas con champagne helado, nunca empiezan antes de la una y media de la madrugada.

El pequeño baile celebrado ayer en casa del Conde de Thun reunió á las notabilidades del gran mundo de Francfort. Los trages que ví, por su esplendidez, realzada merced á ricas joyas de brillantes, deslumbrarían en Berlín; las señoras son en extremo elegantes, hablan bien, muchas de ellas, el francés, aunque no sin cierta ostentación, y como han estado en París dejan en casa á sus maridos. El tono de las conversaciones, bajo nuestro punto de vista, peca de ligero.

El sábado llevé á mi mujer á Goblentz, donde encontré á Kleist (1) perfectamente y de muy buen humor. La semana próxima hará un viaje circular de quince días á través de la provincia. No hice más que pasar la noche, pero sin embargo, la Princesa de Prusia quiso verme, recibéndome entre ocho y nueve de la mañana.

---

(1) De Kleist-Retzow, Gobernador de la provincia del Rein.

Ayer me hizo una visita el General Schack (1), y pude comprender por sus palabras que de Rochow le había encargado se enterase de si pienso yo dejar mi puesto durante la legislatura. Si mi opinión merece tomarse en cuenta, confesaré que no me gustaría verme reemplazado aquí, y sobre todo por de Rochow; pues el efecto que produciría tendría tal vez mayor alcance que el que lleva consigo un simple reemplazo.

## XV

## Movimiento diplomático en Prusia

*10 de noviembre de 1851.*

A propósito del movimiento de personal proyectado, á que se refieren las dos circulares llegadas hoy, me permitiré hacer observar á V. E. que d'Otterstedt (2) sentirá mucho se le traslade á Lisboa. Cuando estuvo á verme hace varios días, ya tenía noticia de ello, sin duda por cartas de algún empleado subalterno.

En efecto, y como me dijo lamentándose, en estos últimos años ha sufrido dos traslados costosos; ahora acaba de instalarse cómodamente en Darmstadt, y su situación pecuniaria, según me dicen, no es tan brillante como podría creerse dada la renta anual de 6.000 thallers que percibe por parte de su mujer. Esta renta tan sólo le está asignada, á lo que parece, mientras su suegro viva, sin que á la muerte de éste sea recompensada con el capital que representa.

Me complace en extremo que Canitz (3) venga aquí; prestará mayores servicios á la Corona que d'Otterstedt, pero

---

(1) Véase núm. I, pág. 133 de la REVISTA del 30 de julio del año actual.

(2) Véase núm. I, pág. 145 de la REVISTA del 30 de julio del año actual.

(3) Barón Canitz y Dallwitz, Ministro residente de Prusia cerca de los ducados de Hesse y de Nassau y de la ciudad libre de Francfort.

éste me inspira compasión, pues en la medida de sus fuerzas, es un fiel servidor del Gobierno, de una obediencia pasiva y de los que no se dejan nunca arrastrar por esas intrigas que son desgraciadamente la llaga de la diplomacia. Y no digo esto con intento de provocar modificación ninguna en los nombramientos proyectados; quisiera solamente suplicar á V. E., que mitigue un tanto el rigor de la medida, dando á Otterstedt una prueba de satisfacción, pues sentirá muchísimo su traslado. Yo, por mi parte, he escuchado sus quejas sin decir una palabra; pero como le conozco, no dudo que daría la bienvenida á un título ó condecoración cualquiera. Mas no creo que las circunstancias permitan nombrarle embajador en Lisboa, honor que anhelaría ciertamente, dado que ya expresó un deseo semejante, á propósito de su puesto actual.

## XVI

Actitud del Austria respecto á la cuestión de la flota alemana.—Posibilidad de inteligencia amistosa entre Prusia y Austria.—Conversación con el señor de Nostitz sobre la política federal de Prusia.—Opinión de Blittersdorf sobre los deberes y objetivo de la política prusiana en Alemania.

*19 de noviembre de 1885.*

Tengo la honra de remitir á V. E. por el correo de hoy una Memoria sobre la proposición del Sr. de Schele (1), concerniente á la comisión de marina, y me tomo la libertad de añadir algunas observaciones.

Según ya he indicado á V. E. anteriormente, las ideas personales del Conde de Thun parecen ser más favorables á los propósitos de Hanover que á los que han dado lugar á la proposición común del Austria y de Prusia. A mi entender, el

---

(1) Barón de Scheles, Ministro de Hannover en la Dieta, después Ministro de Negocios Extranjeros.

Conde de Thun desea dar á esta cuestión un giro tal, que la flota del mar del Norte quede sometida á la influencia directa del Austria, y si esto es imposible, á la influencia indirecta ejercida por el presidente de la Dieta, y sin que le cueste al Imperio, ni por el pasado ni por el presente, ningún sacrificio pecuniario. Y si las miras del Conde de Thun no concuerdan en absoluto con las de Schele, es porque en los planes de éste entra que el Austria pague la contribución, y el Austria no se decide á hacerlo. El informe de Schele, ingeniosamente concebido, no hace mención de semejante diferencia, sino que se mantiene en el terreno común á su autor y al Conde de Thun. Pero tanto la opinión del uno como la del otro, son desventajosas para Prusia. De Schele concluye que la flota es propiedad de la confederación, sin deducir que el Austria tenga el deber de pagar su parte para esta institución federal, en tanto que de Thun niega á la flota la calidad de institución federal, pero no sin reivindicar asimismo para la confederación el derecho de disponer de ella de un modo desfavorable á los intereses de Prusia.

Creo poder contar seguramente con la aprobación de V. E., no dejándome alucinar por las palabras huecas de interés nacional con que cubren estos proyectos y empleando todos los medios que me proporciona la posición de Prusia en la Dieta para poner término á semejante situación y contrarrestar planes cuyas exigencias inicuas aumentan en relación directa con las concesiones que hacemos. Al intentar mantener su influencia sobre una flota creada sin su ayuda, el Austria me parece invadir el dominio natural de la influencia prusiana, y esta ingerencia la creo yo incompatible con el respeto del *uti possidetis* actual, único que puede dar base sólida á una alianza tan estrecha como la que nos une en el presente al Austria. Yo no sé hasta qué punto la actitud del Conde de Thun, en esta cuestión, y la de Hock (1) y la de otros agentes austriacos, respecto á la política comercial, merece la aprobación del Príncipe de Schwarzenberg (2), pero si la mereciese, me permi-

---

(1) Caballero de Hock, consejero ministerial.

(2) Véase núm. III, pág. 448 de la REVISTA del 30 de agosto.

tiría someter á V. E. la pregunta siguiente: ¿En pro de la consolidación y del mantenimiento de una buena inteligencia entre ambas potencias, no sería oportuno que V. E. tuviese la bondad de hacer comprender al Príncipe de Schwarzenberg, á la primera ocasión, que si no se toman en cuenta nuestros intereses, la actitud de Prusia podría fácilmente á la larga cesar de ser tan amistosa como hasta el presente lo ha sido? La personalidad misma del Conde de Thun y la necesidad de fortalecer en la Dieta, frente á los demás miembros, la idea de una inteligencia perfecta entre Prusia y Austria, me impiden manifestar á de Thun nuestro disgusto respecto á la actitud del Imperio y á mostrarle sus consecuencias con la fuerza necesaria para producir impresión; aparte de que la posición de un Embajador, y sobre todo la del Conde de Thun respecto á su jefe, no es suficientemente importante para que dirigiéndose á él, se pueda ejercer influencia sobre la actitud del gabinete de quien recibe órdenes. Yo por mi parte evito, expreso, toda explicación con el Conde de Thun sobre las cuestiones cuya solución no depende de ambos, sin contar que estas discusiones inútiles podrían producir efectos contraproducentes sobre nuestras relaciones, excelentes hasta el día.

He quedado sorprendido por lo que me dijo de Nostitz (1) en el curso de una conversación que tuve con él hace algunos días. «Me parece—díjome—que el Gobierno prusiano no se halla dispuesto á dar más importancia de la necesaria á las instituciones federales, ni á favorecer la centralización unitaria de Alemania por la vía de la Confederación existente.» Yo, en el mismo tono confidencial, le contesté: «La constitución actual de la Confederación no me parece asegurar de modo alguno la situación de Prusia ni responder á sus derechos en relación con su poder: así es que Prusia tiene razón en examinar con cuidado todo proyecto que pudiera contribuir á un aumento de fuerza para la Confederación, en perjuicio de la independencia territorial de los Estados; desde luego la actitud de la mayoría en la Dieta, y no puedo desgraciadamente exceptuar á

---

(1) Véase el núm. II, pág. 144 de la REVISTA, 30 de julio del año actual.

Sajonia, es tal respecto de la política prusiana, que Rusia no puede ver en ella una invitación á poner nuevamente en manos de esa mayoría una influencia mayor que anteriormente sobre las decisiones de su gobierno.» De Nostitz contestó: «No tiene Prusia en efecto toda la influencia que le corresponde de derecho en Alemania, y preciso es atribuirlo en parte, á la persistente desconfianza de los Gobiernos, y sobre todo de las Cortes, desconfianza que origina la política unitaria de Prusia. Por otra parte, la actitud que Prusia adopta hoy voluntariamente no es la mejor para conquistar simpatías que de lo contrario serían más bien de ella que no del Austria. Se me antoja, sobre todo, que el sistema en vigor, desde el restablecimiento de la Dieta, y que consiste en preparar y en presentar todos las proposiciones importantes de común acuerdo con el Austria, no es el bueno, si Prusia quiere reconquistar en la Dieta la posición que en ella ocupaba sin disputa antes de 1848. La constitución federal actual comporta perfectamente la influencia preponderante de Prusia, como lo prueban, sin dejar lugar á duda, los anteriores acontecimientos. Más aún: añadiré que, dada la situación de Alemania, es indispensable la hegemonía prusiana, porque la mayor parte de los Estados confederados están llamados á unirse á Prusia tanto por su situación geográfica como por su historia y hasta por los intereses económicos de los pueblos. Yo presto importancia muy especial á las relaciones de las diferentes sectas; por el momento todos evitan agitar la cuestión, pero ésta no tardará en aparecer en primera línea, y entonces la Prusia recuperará el puesto que le corresponde, á la cabeza de los protestantes alemanes.»—No examinaré la importancia de estas palabras pronunciadas por el Ministro de Sajonia en el curso de una conversación privada hija del azar, pero he creído sin embargo de mi deber ponerlas en conocimiento de V. E.

Para terminar, citaré algunas ideas de Blittersdorf (1) relacionadas con lo que precede. Antes de hacer su viaje de este ve-

---

(1) Federico Carlos, Barón Blittersdorf. En 1821 representante del Ducado de Baden en la Dieta; en 1830 Ministro de Negocios Extranjeros de Baden; del 43 al 48 vuelve á la Dieta por segunda vez, y muere el 61 en Francfort.

rano á Austria, me buscaba manifiestamente, y desde su vuelta me huye. Antes del viaje me dijo diferentes veces que estaba pronto á consagrar sus consejos, y servicios á Prusia, declaración de que dí oportuna cuenta á V. E. (1), me manifestó que todos los esfuerzos de la política prusiana debían tender á embarazar la acción de la Confederación y el engrandecimiento de su poderío. «Las tendencias de la Dieta son en todo—me decía—desfavorables á Prusia, desde que ha entrado en escena la política unitaria; poseen VV. los medios, y en vuestro interés está el impedir que se acorten más y más todavía las bridas á la potencia central de Alemania.» No me es dado negar que comparto esta opinión; no creo que la Dieta, en su constitución actual, pueda ser la última palabra de nuestra política, y en ella veo tan sólo la corteza bajo la cual se desarrollarán los elementos sanos y prácticos inherentes á la política unitaria, corteza que caerá por sí misma cuando la almendra esté madura. Pero la incertidumbre de la actual situación política frente á la revolución, reclama una inteligencia estrecha con el Austria, y hasta si la política de esta potencia no es agresiva, el aplazamiento de las cuestiones litigiosas que existen siempre inevitablemente entre dos Estados. Así es que se impone la necesidad de no hacer ver claro á los demás, planes que pudieran comprometer nuestra alianza; pero esta política no puede prevalecer sino en el caso de que el Austria nos recompense, con una actitud llena de atenciones bajo todos puntos de vista, y en el caso contrario, y si yo pudiese convencer á V. E. de la exactitud de mis miras, me dejaría conducir por la verdad innegable de que el Gabinete imperial tendrá, dentro de poco, más necesidad de la alianza prusiana que nosotros de la austriaca.

---

(1) Véase pág. 135 del tomo LVIII de la REVISTA, correspondiente al 30 de julio del año corriente.

## XVII

Conversación íntima con el Conde de Thun, á propósito de la actitud del Austria en la cuestión del *Zollverein*.

*Fin noviembre 1851.*

Esta mañana he tenido una conversación con el Conde de Thun sobre la cuestión de Hamburgo (1), y he aprovechado la oportunidad para exponerle, bajo forma privada, las consecuencias funestas que va á provocar la actitud agresiva del Austria en la cuestión del *Zollverein* (unión aduanera). El Conde me contestó en un tono de amistosa franqueza, en resumen y poco más ó menos, lo siguiente: «Que los sacrificios hechos por Prusia en el convenio del 7 de setiembre, son la mejor prueba de que se trataba, más que de intereses comerciales, de intereses políticos; que si admito que él sea tan buen austriaco como yo soy buen prusiano, habré de admitir que apruebe á su Gobierno, cuando busca por todos los medios posibles que no se excluya al Austria, más violentamente todavía que se la excluyó en otro tiempo del *Zollverein*, de una nueva asociación que comprenderá á todo el resto de la Alemania: que en Viena no se piensa en destruir la unión aduanera, que se quiere tan sólo su reforma sobre bases que hagan posible, si no inmediatamente, por lo menos, pronto ó tarde, el acceso del Austria; convino en que de lo que se trata ahora es de dar á la Dieta el derecho de la legislación aduanera y comercial, y le parece muy natural que el Austria se afane por conseguirlo. Con instrucciones en este sentido ha comisionado á Hock cerca de las Cortes de la Alemania occidental—

---

(1) Cuestión promovida por la ciudad libre de Hamburgo con motivo del acuartelamiento temporal en su recinto de las tropas austriacas que se dirigían á Holstein. Hamburgo se quejó á la Dieta pidiendo una indemnización.

me dijo—y que sentía que Prusia no aceptase la Confederación más que bajo la forma de institución militar y gubernativa; que la influencia preponderante del Austria estará en la naturaleza de las cosas, en tanto que se consagre á Alemania sin miras egoístas, que si se aparta de esta línea de conducta, entonces Prusia ocupará su puesto; pero que si no se aparta, nuestro Gobierno tiene el deber de trabajar con la misma abnegación que el Gobierno austriaco en provecho de los intereses alemanes, y que en tanto que nuestras mutuas relaciones no se vean libres de celos individualistas, la buena inteligencia no será una paz, sino una tregua.» Seguidamente comenzó á hablar como un Posas (1), recitándome un extenso monólogo sobre la patria alemana; y yo, completando su pensamiento, le hice observar que en tal caso la existencia de Prusia, y aun de la Reforma, eran hechos deplorables; pero que como ni á él ni á mí nos era posible reformar nada, preciso era contar, no con ideales, sino con los hechos consumados. Le rogué que considerase si las ventajas que podía proporcionar al Austria la misión de Hock valían los beneficios de una alianza con Prusia, dado, sobre todo—añadí,—que no existe en Europa una Prusia capaz—según sus propias palabras—de «renunciar á la herencia de Federico el Grande» para poder consagrarse á su misión providencial de «gentilhombre del imperio austriaco,» y le afirmé que, antes que aconsejar á mi Gobierno una política semejante, pediría que la cuestión se zanjase espada en mano. De Thun comparó Prusia á un hombre que ha ganado el premio gordo una vez, y que organiza su casa como si anualmente hubiese de tener la misma suerte. Le repliqué á esto, que si tal manera de ver reflejaba fielmente la opinión en Viena, probable era que Prusia se viese obligada una vez más á tomar billetes en la misma lotería, y que tocante al resultado, Dios diría.

Esta conversación tuvo, en general, un tono festivo, y de un extremo al otro conservó el carácter amistoso. Pero me ha confirmado en la opinión de que es necesario hacer compren-

---

(1) Filósofo exaltado en el drama de Schiller, *Don Carlos*.

der al Austria la importancia de nuestra alianza ó de nuestra hostilidad, á fin de que se dé cuenta de su valor y adopte en consecuencia una conducta.

De Thun continúa siendo el daguerreotipo de su jefe; y tengo la convicción de que este último le ha explanado su política de una manera absolutamente idéntica. Recomiendo á V. E. no hacer de lo que precede ningún uso que pueda redundar en perjuicio del Conde ni llegar á sus oídos, pues si así sucediese, lamentaría seguramente la expansión juvenil á que se entrega hablando, cuando yo les replico en el mismo tono trivial y que está de humor comunicativo; lo que no quita que en otras ocasiones sea insidioso y marrullero como un campesino. De viva voz me tomaré la libertad de dar á V. E. más detalles.

El Barón de Nell (1) se mostró muy satisfecho al saber la muerte de Ernesto Augusto (2), tanto que hubo de exclamar dirigiéndose á su hijo:—«Ya es nuestra la partida.»

La hora del correo me obliga á cerrar mi carta.

## XVIII

Relaciones con el Conde de Thun en el terreno de los negocios

24 enero 1852.

Tengo la honra de pasar á manos de V. E. un breve informe sobre el resultado de la sesión que acaba de terminar (3), así como dos cartas que le ruego se sirva devolverme. La una es de Schele, cuyo contenido tal vez interesará á V. E., y la otra de Thun le hará comprender *de visu* hasta qué punto me

---

(1) Barón Nell de Nellenbourg, consejero de la corte de Austria, miembro de la Tesorería de la Dieta.

(2) Rey de Hanover, muerto el 18 de noviembre de 1851.

(3) En esta sesión se trató de la cuestión de la flota.

es difícil separar el dominio privado del dominio político en mis relaciones con el Conde.

Lo he encontrado hoy de muy mal humor; se expresó con tal violencia acerca de los manejos y personalidad de Crüger (1), consejero del Gobierno, que me ví en el caso de hacerle observar seriamente que no es dado á nadie arrebatarse así con motivo de una divergencia de opinión. Los demás delegados no han mostrado despecho alguno apropósito de los últimos incidentes (2).

## XIX

Proyectos de reformas para la primer Cámara de Prusia.—Observaciones sobre la proposición Beseler.—Conversación con de Eisendecker tocante á la eventualidad de salir Prusia de la Dieta.

*2 febrero 1852.*

Tengo intención, si V. E. no dispone otra cosa, de permanecer aquí hasta el 10 del corriente, día para el que se ha fijado la votación sobre la cuestión de la flota y de regresar inmediatamente después á Berlín á fin de dar á mi marcha, si el resultado de la votación parece exigirlo, el carácter de una demostración.

Cartas particulares que recibo de Berlín me pintan con negros colores la situación en las más altas esferas con motivo de los proyectos de reformas para la primer Cámara. Parece ser que S. M. considera á Maetzke, Bethmann (3) y á los de

---

(1) Véase núm. I, pág. 464 de la REVISTA del 30 de agosto del año actual.

(2) Se refiere á las diferencias que sobre la cuestión de la flota alemana dividían á los delegados en la Dieta.

(3) Dr. Moritz, Augusto de Bethmann-Hollweg, Ministro de Cultos en Prusia, desde el 6 de noviembre de 1860 hasta el mes de marzo de 1862; fundador de la fracción Bethmann.—Véase núm. I, pág. 460 de la Revista de 30 de agosto del año actual.

la izquierda, partidarios de sus planes así como que cree reconocerlos en la proposición Heffter. Si esto es cierto creo yo que lo más natural y hábil sería provocar sin demora una enmienda de la derecha más en armonía aún con las ideas del Rey. El plan que deja á S. M. toda libertad de acción me parece prácticamente más útil que el arreglo preciso y minucioso de Heffter que ata las manos al Gobierno. Pero aparte de esto, sería ya mucha suerte la de impedir que el Rey conciba ilusiones peligrosas originadas por la premura, mayor en apariencia, de la izquierda en adelantarse á sus deseos.

He leído con mucho interés las discusiones sobre la proposición Beseler y esta lectura me ha convencido más y más de que á encontrarme ahí, hubiera tenido, ó que aprobar ideas erróneas con mi silencio, ó que decir cosas que hubiesen hecho muy difícil mi posición aquí.

Lo que Vincke (1) dice de la superioridad del Austria en materia de cábala y astucia, podrá ser justo, pero esto no conduce en nuestros días á ninguna parte y lo más que se consigue con ello es indisponer á la parte contraria y sin provecho.

De Eisendecher (2) me ha hecho una larga visita, más para interrogarme que para darme noticias, impidiéndome terminar esta carta, y la hora del correo se acerca. Este señor oldenbúrgués me ha expresado su viva inquietud ante la perspectiva de una retirada de la Dieta por parte de Prusia, y yo no he creído deber calmar sus temores, sino, por el contrario, hacerle entrever que podemos vivir perfectísimamente bien sin tener un delegado en la Dieta, desde el momento en que ésta no concedía más importancia á la voz de Prusia.

---

(1) Diputado.

(2) Dr. Eisendecher, consejero de Estado, enviado de Oldenburgo, Auhatl y Schwarzburg, cerca de la Confederación.

## XX

Muerte del Príncipe de Schwartzenberg.

6 de abril de 1852.

La noticia de la muerte del Príncipe de Schwartzenberg ha producido sobre el Conde de Thun una impresión profundamente aflictiva: tan conmovido estaba, que levantó la sesión de hoy, hablando con amargura y recelo del partido de los viejos conservadores y de su primo el Conde Wurmbrand. No parece verosímil que esos señores hereden la dirección de los asuntos, pues la fracción carece de fuerza numérica y de cohesión.

El Ministro de Inglaterra (1) se mostró muy sorprendido cuando le comuniqué la nueva, pero seguidamente me dijo: «*Au fond c'est un bonheur*» (2).

Mucho agradezco á V. E. esta información que he sido el primero en recibir, pues el telegrama llegó á mis manos cuatro horas después de ocurrir la muerte del Príncipe.

## XXI

La Dieta federal y la cuestión de la sucesión al trono de Dinamarca.—Licenciamiento de la flota.—Política del Austria, después de la muerte del Príncipe Schwartzenberg.

7 de abril de 1852.

Tengo la honra de remitir á V. E. informe detallado sobre una tentativa que tiene por objeto hacer intervenir á la Dieta

---

(1) Lord Couley.

(2) En francés en el texto original.

en la solución de las dificultades de la sucesión al trono de Dinamarca. Lo he redactado de modo que pueda ser sometido á S. M., sin que sin embargo parezca estar escrito con tal intención. Considero, en efecto, este plan (1), no tan sólo desfavorable en un todo á los intereses de Prusia—y bajo este punto de vista, comparto por completo las ideas de V. E., si bien tengo la firme convicción de que la tentativa fracasará y de que no podría alcanzar éxito más que á costa de grandes esfuerzos y pérdida de mucho tiempo—sino también á los de Alemania, cuya ropa sucia sacaría á la vista de Europa.

He hablado hoy extensamente de los asuntos federales del Holstein con de Nostitz, delegado de Sajonia, quien por experiencia conoce el estado barométrico de la Dieta, y opina este señor «que las cuestiones territoriales serán resueltas, aunque no sin trabajo, pero que no se debe llevar la cuestión de la sucesión á la Asamblea federal sin que las potencias europeas hayan tomado una decisión; que posteriormente la cuestión se arreglaría poco á poco, como se arregló la del Luxemburgo, después de la revolución de julio; pero que antes tan sólo se obtendrían obligaciones y confusión.» Sin conocer mis opiniones, desarrolló, en sustancia, las mismas teorías que contiene el informe adjunto.

La sesión de hoy no ha revestido importancia; se ha decidido que la comisión militar tome á su cargo el licenciamiento de la flota, cuyo decreto de venta nadie se presta á firmar, de Thun inclusive. Con tal objeto quiere nombrarse un comisario especial, pero no hay medio de encontrar quien acepte estas funciones, á no ser Hubbe, propuesto por el delegado de la ciudad libre de Hamburgo, con objeto de desacreditarle á los ojos de la pública opinión, en el caso de que consienta (2).

El Conde de Thun parece muy tranquilo desde el recibo de

---

(1) Proyecto de hacer entrar á la Dieta en la conferencia de las potencias europeas que debía reunirse en Londres para regularizar la sucesión al trono de Dinamarca.

(2) Se nombró, por último, para esta odiosa comisión al consejero de Estado del gran ducado de Oldenburgo, Sr. Fischer.

un telegrama que le ha expedido de Werner (1), anunciándole que la muerte del Príncipe Schwartzenberg no tendrá consecuencias para la política de Austria (2).

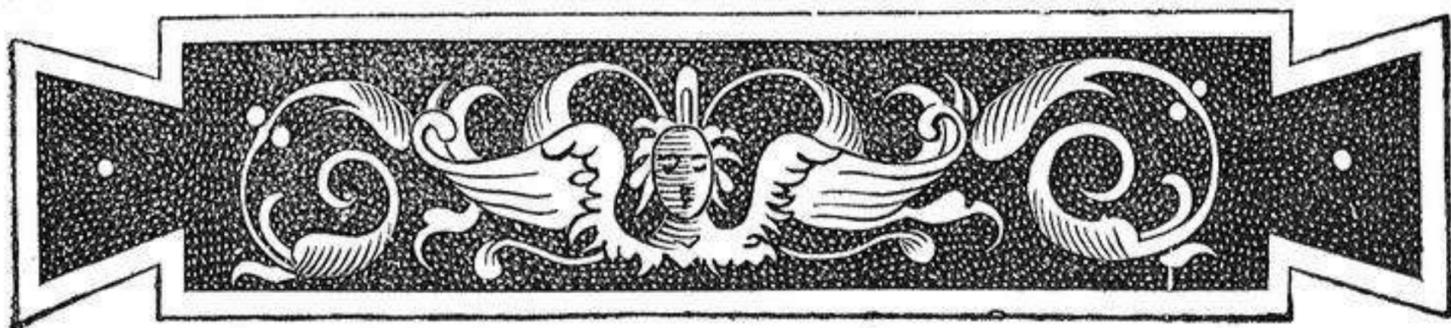
(Se continuará.)

---

(1) Barón de Werner, Subsecretario del Ministerio de la Casa imperial y del de Negocios Extranjeros de Austria.

(2) Adicionada al original de esta carta del hoy Canciller del Imperio alemán, hay una nota de puño y letra del Barón de Manteuffel que dice:—«Señor Le Coq; la carta adjunta, *personal*, procede del Sr. de Bismarck; ruego á usted que tome conocimiento de su contenido y vea si no sería conveniente hacer que de Gerlach se la leyese á S. M., á fin de que yo no encuentre el hielo tan duro (*Eis weniger hart*).» El Sr. Le Coq, á la sazón Subsecretario del Ministerio de Negocios Extranjeros, se prestó á los deseos del Ministro Presidente.





## DON DIEGO DE TORRES VILLARROEL

(ESTUDIO DE SU VIDA Y OBRAS)

### *Conclusión* (I)

### XVI

**U**N capellán de la Condesa de los Arcos llegó pálido y asustado á rogar al aprendiz de contrabandista y de matón que librase á la atribulada señora y á toda su familia y servidumbre de un miedo que nadie acertaba á espantar.

Érase el caso de los duendes y encantamientos que se reproducían todas las noches en una casa de la calle de Fuenarral, donde moraba la ilustre dama; la cual recibió muy contenta y obsequió con una cena suculentísima al que les prometió, armado de coraje y de un largo espadón, ahuyentar las fatídicas visiones y ruidos temerosos.

Once noches consecutivas estuvo Torres acechando á los fantasmas. En doce ó catorce camas se amontonaban, con el decoro posible, los fámulos y dependientes de los Arcos, entre cuyos aterrados y anónimos criados merece citarse el célebre poeta Gerardo Lobo, que con sus prosaicos colegas de en-

(I) Véase la pág. 28 de este tomo.

trambos sexos, pasaba en un vasto salón las horas de los espectros y brujas, mientras el doctor Torres, con más corazón ó menos supersticioso, se apercibía á partir de un tajo al malandrín, incógnito autor de aquella tétrica aventura.

Pero en vano, apenas sonaban á la una golpes misteriosos, recorría el valeroso caballero las piezas más altas y oscuras de aquel palacio: no daba con el causante de la pesadísima broma. La duodécima noche, á la hora acostumbrada, se oyeron los golpecitos; luego crecieron en intensidad y se repitieron en otros puntos ó habitaciones; pero Torres, cansado ya de perseguir sombras, se contentó con subir, desprovisto de armas, á una de la crugías superiores, donde parecióle que estaba el origen de aquel estruendo.

El candil con cuatro luces se apagó repentinamente en manos de Torres; cuatro golpes tremendos lo dejaron sordo y asombrado; desprendiéronse de las paredes de otros cuartos unos cuadros que representaban los Siete Infantes de Lara; y una ráfaga de viento besó la frente del intrépido joven... que echó á correr, sin embargo, ganando en cuatro pies las habitaciones todas, hasta bajar al patio, donde se chapuzó en una fuente, recobrándose de aquel susto y sobresalto.

Al día siguiente se mudaron á la calle del Pez, donde cesaron los duendes y los temores.

## XVII

Honrado, quieto y seguro estuvo Villarroel en casa de la Condesa de los Arcos durante dos años, hasta que casó esta señora con D. Vicente Guzmán, yéndose á vivir á Colmenar de Oreja. Pasó D. Diego, que frisaba ya en los treinta años, á casa del Sr. Marqués de Almarza, con las mismas comodidades y atenciones, entreteniendo sus ocios en la lectura del libros á su humor conformes, y en la impresión de algunos folletos, con que tanteaba el gusto del público.

Uno de estos *papelillos* fué el pronóstico de la muerte de

Luis I, de que nos ocuparemos en párrafo aparte, porque es una de las grandes pruebas del clarísimo ingenio de Torres.

El Sr. Herrera, Obispo de Sigüenza, y Presidente del Real Consejo de Castilla, aconsejó ó más bien ordenó á nuestro salmantino se restituyese á su patria, á explicar una de las siete cátedras raras ó especiales que estaban vacantes.

Con disgusto abandonó los «juegos, las comedias, las mujeres, los bailes, los jardines y otros espectáculos» de la corte. Se resistía á trocar en meditaciones los asuetos.

Por estar ocupada la cátedra de humanidades por D. Juan González de Dios, que había sido su maestro, tuvo que solicitar la de matemáticas, aunque le disgustaba la fea nota de astrólogo que acompañaba entonces al profesor de ciencias exactas.

Tropezó Villarroel con un opositor, de más edad, seriedad y relaciones en el claustro. Temiendo la ciencia, el ingenio ó las ocurrencias felices del ya popular matemático, pretendieron sus enemigos se celebrasen á puerta cerrada los actos de la oposición; pero triunfó el reglamento ó los edictos que exigían «una hora de lección de puntos en el almagesto de Ptolomeo, argumento de los opositores, y sufrir tercer examen en el claustro pleno de la Universidad.»

Tomó «puntos la víspera de Santa Cecilia del año 1726;» eligió de tres, sacados á la suerte, el segundo, que fué el movimiento de Venus en el Zodiaco, y al día siguiente, al cumplir las veinticuatro horas, marchó Torres (dice su autobiografía) «á las Escuelas mayores, con algún miedo, mucha desvergüenza y culpable satisfacción.»

A las nueve de la mañana estaba invadida de varia y apretada muchedumbre la Universidad entera. Abriéndole con trabajo camino los bedeles, llegó Torres á su sitio, donde había «una esfera armiliar de bastante magnitud, compases, lápiz, reglas y papel.»

Al sonar las diez, se levantó el opositor, hizo la señal de la cruz, recitó un dístico á Santa Cecilia y comenzó á desarrollar en latín claro y elegante el tema que le había designado la suerte. Al concluir su discurso de una hora, estrepitosos vítores y aplausos coronaron sus esfuerzos.

«En la proposición de títulos y méritos que después es costumbre hacer, mezcló algunos chistes,» que fueron bien recibidos del concurso. Arguyó el coopositor, contestóle Torres con igual desenfado y la hilaridad y satisfacción del público crecieron más y más. Finalizado el acto, una tropa de regocijados estudiantes llevó en brazos hasta su casa al ya célebre matemático.

A los tres días tuvo su ejercicio el coopositor. Un profundo silencio siguió á su lección sobre los eclipses de luna. Objétóle Villarroel, diciéndole se había salido del tema, explicando solamente la «redondez, magnitud y estabilidad» de la tierra; añadiendo que si el tribunal se lo permitía, subiría sin preparación á hacer de repente la explicación de los eclipses. No le consintieron aquella fanfarronada; pero el auditorio, al finalizar las objeciones, premió con vivas y gritos de alborozo á nuestro doctor y cubrió á su rival de vituperios y silbidos.

El ejercicio de «examen de las facultades matemáticas» en presencia de todo el claustro universitario, se suprimió, por compasión al desdichado opositor de Torres. Se procedió á la votación, y de «setenta y tres graduados,» votaron á favor de D. Diego setenta y uno, y perdido un voto por caer fuera de la caja donde se depositaban, uno sólo se declaró en pro del infeliz adversario del héroe salmantino.

¡Qué de regocijos aquel día! Al saberse el resultado de las oposiciones, los estudiantes «dispararon muchas bocas de fuego, soltaron las campanas de las parroquias inmediatas, echaron muchos cohetes al aire» y fué el triunfador objeto de una ovación indescriptible.

Multitud de escolares, á la noche siguiente, recorrieron á caballo la ciudad, ostentando en un tarjetón, que alumbraban con hachones, el nombre, patria y título del nuevo catedrático, escritos en dorados caracteres. Pusieron luminarias los vecinos más pobres; vítores y músicas poblaron los aires, y hasta en las celosías de los conventos de monjas, engalanadas con luces y colgaduras, se reflejó el júbilo y animación de Salamanca, que celebraba el triunfo de aquel mozo, llamado á restaurar los estudios matemáticos en la Atenas española.

La cátedra de Torres estuvo siempre muy concurrida y en ella se abrieron las zanzas del edificio de la ciencia, que años más tarde revistió magníficas proporciones.

## XVIII

Para apreciar el mérito de la obra realizada por el doctor Torres, oigámosle describir con su habitual gracejo el estado precario de las matemáticas en su Universidad.

«Entré en ella (dice en el tomo I de sus obras) y me duró su posesión (la de la cátedra) veinticuatro años, hasta que la piedad del Rey mandó á la Universidad que me respetase como á jubilado, concediéndome todos sus emolumentos, gages y salarios y aun más honores que los que gozaba de actual leyente y jubilante.

»Hallé en esta madre de la sabiduría á este desgraciado estudio sin reputación, sin séquito y en un abandono terrible, nacido de la culpable manía en que estaba el mayor bando de los escolares, porque unos sostenían que la *Mathemática* era un cuadernillo de enredos y adivinaciones, como la jerga de los Gitanos, las charlatanerías de los Titiriteros y los deslumbramientos de los Maese-Corrales... Otros, menos piadosos y más presumidos, sospechaban que estas artes se recibían con los soplos, los estregones y los auxilios de los diablos; y de este partido eran los jurisconsultos, apoyados en su título «*De Mathematicis et maleficis.*» Otros, finalmente, aseguraban que no podía el matemático poner con el compás sobre sus pliegos un ángulo, sin untarle de antemano con el adobo, en que dicen que se remojan los Brujos y las Hechiceras cuando pasan los campos de Cirniegola, los desiertos de Varaona y el arenal de Sevilla á recrearse con sus Conciábulos y Zaramagullones.»

En la Universidad salmantina no encontró el doctor ni «la rebanada de un globo, el aro de una esfera, el farrapo de una carta geográfica, la zanca de un compás, la hastilla

de una regla, ni rastro» alguno de los instrumentos precisos para el estudio práctico de la matemática.

Al verificarse los actos de su oposición, tuvo que prestar Villarroel el ejemplar de Ptolomeo al rector y al secretario, para que picasen «el capítulo que había de leer.» Era esto en 1726, y aun en junio de 1752 los físicos, músicos, gramáticos y médicos miraban por encima del hombro á los matemáticos.

Con paciencia y con ingenio, «construyendo globos de barro, esferas de papel y pantomimas de palitroques» logró Torres, ayudado de inteligentes discípulos, hacer que «respirase y diese algunos quejidos esta cuasidifunta profesión.»

Pasados algunos años de hallarse estas semillas arrojadas en buena tierra, surgieron, como frutos sazonados, ya arquitectos militares, ya civiles; soldados de mar y de tierra; y otros dedicados á artes dependientes de las matemáticas. Con esto y el ruido de los calendarios—frases de Torres—despertó España, se esperezaron algunas academias dormidas, y revivieron, para aquella ciencia, el colegio de Nobles en Madrid, y la Nueva Academia de los Reales Guardias de Corps; la de Barcelona; la de los Guardias Marinas en Cádiz; la de San Telmo en Sevilla, y la de Santiago, que empezó á buscar libros y trastos matemáticos.

Aunque descartemos algo de la influencia del doctor salmantino en la restauración general de este linaje de estudios, no es posible borrar su nombre de la historia de la ciencia española. *Suum cuique.*

## XIX

No olvidaba Villarroel, en medio de sus tareas profesionales, las horas que había pasado en la corte. Y á ella y á Medina-Celi volvía en las temporadas de vacaciones, días y años sintiendo resbalar blandamente, al lado de excelentes amigos, y del que lo era suyo muy apreciado, D. Juan de

Salazar, entendido en matemáticas, filosofía y jurisprudencia, conocedor de la historia, amante de la poesía, diestro en manejar caballos, gran matador de perdices y jabalíes, tan dado á los placeres del campo como á los goces de la ciudad.

En casa de Salazar, esposo de la discreta D.<sup>a</sup> Joaquina de Morales, se representaron algunas de las comedias originales de Torres. Y en aquel nido de las risas, de las gracias y de las musas no faltaron algunos versos punzantes, agudamente satíricos, contra los envidiosos que murmuraban de los triunfos del doctor Torres.

¿*Doctor?* Todavía no lo era oficialmente, que no se adquiría entonces ese título honroso con el rápido examen de dos ó tres asignaturas. A los cinco años de estas faenas y labores, aspiró á aquella investidura, recibiendo el grado «el jueves de Ceniza de 1732.»

Una mascarada, que salió el martes de Carnestolendas del barrio de los olleros, imitó con borricos y trapos de colores el paseo triunfal que suele hacer la Universidad con los graduados de doctor. Entre aquella turba con trompetas, tambores, cintas y bonetes, ridícula parodia de una solemnidad científica, díjose, no sin fundamento, que iba disfrazado el cuasi doctor D. Diego de Torres Villarroel.

En el citado año, teniendo que atravesar con nieve y viento el puerto del Guadarrama, estuvo á pique de caer en una trampa de lobos, que cogieron en sus cepos al caballo y al criado del asendereado profesor. Esta aventura, él nos lo dice, fué el prólogo de sus desdichas.

D. Juan de Salazar, amigo íntimo de D. Diego, vióse provocado por las injurias de un clérigo. Irritado, descargó en la cabeza del que creía su ofensor dos espadaños, que dejaron en ella hondas señales de su cólera. El herido fué á solicitar, no la cura, sino la ira de un enemigo poderoso de Torres y de Salazar, y exagerando el hecho, manifestó que si el segundo era autor de la violencia, el primero era el verdadero responsable.

Este lamentable suceso, que llegó á oídos del Rey, obligó á nuestros poetas á abandonar á Madrid, teatro de la hazaña. Ocultos esperaron la sentencia del Real Consejo, que con-

denó, sin oír á los reos, á Salazar á seis años en el presidio del Peñón y á Torres á ser extrañado, sin término, de los dominios de España. Jura y perjura el doctor Villarroel que no tuvo arte ni parte en esta mala ventura; pero sea cual fuere la sinceridad de su juramento, lo cierto es que del Esquileo de Sontoso, donde tuvieron noticia de su condena, salieron á caballo los dos amigos, con el alivio de 600 doblones y 2 criados, no parando hasta llegar á Bayona. En todos los pueblos oían hablar de su tragedia: «decíase por unos que una dama principal era el agente y motivo de su desolación; por otros que una comedia satírica representada contra el Gobierno; y los más aseguraban que por haber muerto á un cura y herido á otro; y á estas mentiras las rodeaban de unas circunstancias que más producían risa que enfados.» Los conventos eran refugios de los proscritos, y merced á estos asilos de la caridad y á la astucia de Salazar y Torres, pudieron evitar caer en las garras de la justicia.

De Bayona pasaron á Burdeos, y hubieran llegado á París á ampararse de nuestro Embajador en aquella corte, Sr. Marqués de Castelar, si las cartas recibidas de Madrid no les hubieran convencido de que era mejor afrontar que esquivar los peligros. Los bienes de Salazar estaban en manos de la curia, y los fugitivos daban la razón á sus contrarios y á sus jueces.

Resolvieron volver á España. Disfrazados de arrieros, cruzaron de nuevo el Pirineo, marchando D. Juan á Madrid y D. Diego á Salamanca. El primero, después de las oportunas declaraciones, fué absuelto de los seis años del Peñón, y nuevamente sentenciado á un año de residencia en el convento de Uclés, de la orden de Santiago, de la cual era caballero. El segundo, después de estar libre un mes en su ciudad sin que le molestaran alguaciles ni corregidores, recibió la visita del alcalde mayor D. Pedro de Castilla, que le notificó la orden del Rey extrañándole en sus dominios.

Salió Torres aquella misma tarde con dos corchetes y un escribano, y en treinta horas le pusieron en Portugal, sujeto á las leyes de D. Juan V.

Mientras D. Juan Salazar asistía á las necesidades de la

madre de D. Diego, con quinientos reales mensuales, corría este obsequiado y festejado por los caseríos cercanos á Coimbra, Villa-Real y Lansego. Recordaba sus aventuras de ermitaño y de físico en aquellos hospitalarios lugares, y, al verse objeto de piadosas atenciones y dádivas corteses, no echaba de menos otra cosa que el aire y el nombre de la patria.

Con los abades é hidalgos instruídos «componía el mundo de los átomos, regañaba con Aristóteles, y con la repetición de los disparates de *Cartesio* y de las presunciones de *Regés*,» pasaba no infructuosamente el tiempo.

En Coimbra (donde aún vivía el marido celoso de otros días), presentóse Villarroel con el nombre de Francisco Bermúdez. Hablando con los doctores de aquella Universidad de aquel astrólogo aventurero desterrado por el Rey de España, le significaron el especial honor que tendrían en que desempeñase la cátedra de matemáticas, hacía años vacante por falta de opositores. Para más obligarle, añadían á estas promesas que se le perdonarían los gastos de la incorporación del grado, el examen y demás ejercicios, consultando á don Juan V en solicitud de que aumentase el sueldo de la cátedra.

Tentado estuvo D. Diego á admitir tales obsequios; pero desde la Torre de Moncorbo, á donde se retiró para que no lo conociesen, escribió á los doctores de Coimbra dándoles las más expresivas gracias, y diciéndoles que el catedrático español, víctima de injusta suerte, sólo curaba de manifestar á su legítimo Monarca su fidelidad y su inocencia (1).

Una hermana, un primo y una sobrina de Torres, á excitación de D. Juan, ya restituído á Madrid, se presentaron en Balsain, donde accidentalmente se encontraba la corte. No escasearon lágrimas y solicitudes, y á los tres años de destierro, recibió el proscrito de manos del Cardenal de Molina, la suspirada libertad.

---

(1) Este episodio de la vida de Torres, y otra causa que después se le formó, serán objeto de un detenido estudio que nos proponemos acometer, siguiendo nuestra afición á la historia literaria de España en el siglo XVIII, todavía muy mal conocido.

La muerte había andado cerca de nuestro amigo. Luchó una vez con ella, haciendo de doctor y de enfermo, en la choza de un pescador de miserable aldea lusitana. Luchó otra vez, con menos ventajas por cierto, en el monasterio de San Francisco de Trancoso, donde estuvo asistido de un confesor tan sabio como era el médico necio. En una y otra ocasión recurrió felizmente á sus conocimientos médico-quirúrgicos.

## XX

Después de un año feliz en Salamanca, pasó á Madrid, con licencia, estrechando afectuosamente á su amigo don Juan de Salazar, á quien pagó con religiosidad las pensiones mensuales con que socorrió en la desgracia á la madre del desterrado. Unidos los dos amigos, gozaron á sus anchas de las delicias de la libertad, con inquietud de sus contrarios y placer de sus admiradores.

Al siguiente año de 1736 cumplió el voto que había hecho de ir en peregrinación á Santiago. Le acompañó D. Agustín de Herrera, un amigo conforme á sus gustos; siguiéronles cuatro mozos con cuatro caballos del diestro, y un mulo con los utensilios para dormir y los víveres para comer, y no hubo ciudad ni aldea donde el famoso astrólogo no fuese consultado como un oráculo, por las solteras invocando sus futuros, por las casadas demandando sucesión, por los enfermos en busca de salud y por los desdichados en espera de felicidad.

Romería más cómica que seria, hubiera dado mucho oro al físico y matemático salmantino, si la codicia hubiera aguijoneado su espíritu. ¡Tan explotable es la credulidad del vulgo!

El doctor puso en verso esta peregrinación.

*El viaje á Santiago*, tomo 8.º de las obras de Torres, es un romance festivo y no corto. En él cuenta que, al ser expulsado de España, hizo voto de ir á pie á ver al apóstol.

«Fué el voto al pie de la letra,

esto es, al pie de la pata,  
 porque yo dije: ¿qué coche,  
 ni qué mula, ni qué jaca?»

Deja la Universidad.

«Salíme andando hacia atrás,  
 por no volver las espaldas,  
 haciendo tres reverencias  
 y fraternidades tantas.»

Preparó las alforjas.

«Conseguí para los viernes  
 y ayunos de la semana,  
 que diez docenas de huevos  
 las esferas me estrellaran.

.....

Llamé á los signos, y el Tauro  
 me dió una pierna de vaca,  
 otra de carnero el Aries,  
 y el Piscis dos ó tres raspas.

.....

Llegué á la casa de Virgo  
 y hallé la puerta cerrada.

.....

La luna me dió sus cuartos  
 para pagar las posadas...»

Toma las que por su nombre se llaman de Villa-Diego.  
 Empieza á caminar.

«Con mi bordón en la mano,  
 al cinto mi calabaza,  
 y la casa de las conchas  
 al hombro, pecho y espalda.»

Se junta con tres camaradas. Pasa por Ciudad Rodrigo,  
 ciudad que el Agueda ensucia, mas que lava. Llega al Fuer-

te de la Concepción. Entra en Almeida, frontera pertrechada con gran tren de artillería.

«Diéronme un mendrugo, mixto de maíz y de cebada...

.....

Vaca y carnero es *rara avis*:  
¿carne allí? ni aun la más baja...

.....

Un guisado mandé hacer  
de carne que yo llevaba,  
y conocí en el guisado  
que no estofan, pero estafan.»

Llega á Piñel, donde

«La cama era tan enferma  
que de enferma estaba en cama,  
donde se echa á descansar  
el que de ella se levanta.»

Huyendo de Piñel, arriba á Francoso, donde preguntó:

—«¿Hay perdigones?—En plomo.  
—¿Hay pollos?—Llevólos Marta.  
—¿Hay aceite?—Ni en la Unción.  
—¿Hay leche?—Quedó cortada.»

De allí pasó á Lamego, á Valenza y otros pueblos miserables de Portugal, y penetró en Galicia, donde duermen juntos «hombre, castrón, cabra, mujer, berraco, gallina y becerro,» y

«Por todo tiempo y lugar,  
al día, á la noche, al alba,  
anda la gaita gallega  
y después la zamorana.»

De Tuy, bien obsequiado, pasó finalmente á Santiago. Si en aquella ciudad el Obispo, en esta le agasajó el Arzobispo, con regia esplendidez:

«Yo al contemplar su persona  
y la célebre abundancia  
de su archiepiscopal mesa,  
dije luego: *Habemus papam.*»

Mientras que al albergarse en la primer choza de Galicia,  
notando su miseria:

«¡Quién tuviera aquí, exclamé,  
la sopa dominicana,  
el franciscano mondongo  
y gerónimo escurraja!»

Obligando á la pobre gallega á apostrofarle:

— «¡Vaya el sopista Candonga,  
vaya el tunante Lilaila,  
el herbolario Hipoteca,  
el astrólogo Trapaza!»

## XXI

Así dobló los cuarenta años el Dr. Torres, haciendo almanques, y alternando con éstos obras más serias y piadosas, tales como la *Vida de la V. M. Gregoria de Santa Teresa*.

Le señalaba el pueblo con el dedo como al autor de ruidosos pronósticos; le cercaban los escolares como el maestro restaurador de una ciencia; le agasajaban los Ministros y magnates como á persona de buen humor é inagotable ingenio; le bendecía su familia y parientes, sobre los cuales llovían los dones de 1.000 ducados anuales de renta, y algunos más ganados por la inteligencia y laboriosidad de D. Diego.

En Madrid hallaba cómodo y suntuoso alojamiento en casa de la Duquesa de Alba. Príncipes, Generales de las órdenes religiosas, Duques, Arzobispos, augustos personajes, mantenían con el doctor afectuosa correspondencia. Sus libros

andaban de mano en mano, y vulgarizando chistes, vulgarizaban con ellos algunos conocimientos útiles. La enemistad había enmudecido; y vejez tranquila, llena de júbilo cristiano, esperaba á D. Diego de Torres cuando el día 20 de mayo de 1743 escribía el último pliego de su autobiografía, trazada con ingenua sencillez y singular desembarazo.

«Venga lo que Dios quisiere—escribe al fin de su *Vida*,—que todo lo he de sufrir con paciencia, con resignación y con alegría católica, que este es el modo de adquirir una buena muerte después de esta mala vida.»

Se ignora la fecha precisa en que ocurrió; pero sábese murió después de 1758.

## XXII

Veamos la fisonomía del célebre doctor.

El autobiógrafo se retrata de esta manera, cuando ya tenía 46 años cumplidos.

«Yo tengo, dice, dos varas y siete dedos de persona; los miembros que la componen tienen una simetría sin reprehensión...; la piel del rostro está llena, y sin colorido enfadoso. El cabello todavía es rubio; alguna cana suele salir á acusarme lo viejo, aunque yo las procuro echar fuera. Los ojos son azules, pequeños y retirados hacia el colodrillo. Las cejas y las barbas bien rebatidas... La nariz es caudalosa y abierta, y remata sobre la mandíbula superior en figura de coraza. Los labios frescos, partidos sin miseria y rasgados con rectitud. Los dientes cabales; el pie, la pierna y la mano, correspondientes á mi cuerpo, que ya se va torciendo hacia la tierra. Soy todo junto un hombrón blanco, rubio, alto, con más cataduras de alemán que de castellano. Mirado á distancia, parezco melancólico de fisonomía; pero examinado en la conversación, soy generalmente risueño, humilde y afectuoso con los superiores, agradable y entretenido con los inferiores y un poco libre y desvergonzado con los iguales.

»El vestido es negro y medianamente costoso... El paño

primero de Segovia, alguna añadidura de tafetán en el verano y terciopelo en el invierno, han sido las frecuentes telas con que me he arropado... El corte de mi ropa es el que introduce la novedad... Guardo en la figura de abate romano la ley de la reforma clerical, menos en los actos de mis escuelas, que allí me aparezco envainado en la sotana y el bonete... A diligencias de los criados voy limpio por defuera y con los melindres de mis hermanas por dedentro; porque me hacen mudar el camisón todos los días. Llevo, á ratos, reloj de oro con sus borlones, sortijón de diamantes, caja de irregular materia, con tabaco escogido, sombrero de Inglaterra, medias de Holanda, hebillas de Flandes...

»Yo he probado todos los vicios y todas las virtudes, y en un mismo día me siento con inclinación á llorar y á reir, á holgar y padecer; y siempre ignoro la causa y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios, he oído llamar locura, y si lo es, todos somos locos, grado más ó menos...

»Soy regularmente apacible. En las conversaciones hablo poco, y nunca tuve valor para meterme á gracioso, aunque he sentido bullir en mi cabeza los equívocos, los apodos y otras sales... Hállome felizmente gustoso entre toda especie, sexo y destino de personas; sólo me enfadan los embusteros, los presumidos y los porfiados... Soy dócil y manejable en un grado vicioso y reprehensible, porque hago y concurro á cuanto me mandan, sin examinar los peligros. Lo más de mi vida la he pasado comiendo á costa ajena, huésped honrado y querido en las primeras casas del reino... He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos y petardistas más de 40.000 ducados, que me han puesto en casa mis afortunados disparates.

»Mi ingenio no es malo, porque tiene un mediano discernimiento, mucha malicia, sobrada copia, bastante claridad, mañosa penetración, y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal y lo mecánico.»

## XXIII

Conocemos al hombre. Vamos á conocer al escritor.

Según el *Diario de los literatos* de 1737, es el autor nacional que más se acerca á Quevedo, tanto, que acaso le roba; abunda en «gracias que no son forasteras del natural;» y es lástima que su dicción esté afeada por bajos hispanismos.

Él mismo se confiesa admirador y discípulo de aquel «varón de los siglos, profesor de todas las ciencias y artes.» Y admira en sus tratados filosóficos «lo sublime de los pensamientos, lo grave de las sentencias, lo hermoso de las frases y lo casto de las palabras,» no dudando encontrar unidas «saludables máximas, prudentes consejos, sabias doctrinas, altas consideraciones y graciosos desengaños.» El que así pondera á D. Francisco, no deja de imitarle en sus *romances* y en sus *sueños*, en su desenfadado estilo y hasta en los escarceos del ingenio. Aquel campanudo gongorismo, aquel conceptismo indescifrable, habían parado, por lógica degeneración, en el prosaísmo más rastrero y á las veces pedantesco que consentir pudo la perversión del gusto, por lo cual no es extraño que el lenguaje de Torres se avillane y arrastre por el fango de los suelos.

Pero entre los méritos indisputables del catedrático salmantido está el de practicar la máxima socrática *conócete á ti mismo*, y vamos á oírle juzgándose á sí propio con desapasionado criterio.

En sus *Conversaciones Físico-Médicas y Chímicas*, después de celebrar al autor del *Teatro Crítico*, en cuyo espíritu reformista se inspiró su espíritu, se expresa de este modo:

«...le dije al Ermitaño:—parece que veo allí mis escritos, y siento que tengas en este huerto de literatura árboles tan silvestres, en que nada se ve sino es hojas.»

—«No hay duda—interrumpió el Ermitaño—que tus obras tienen necesidad de mucho castigo, porque en muchos pasa-

jes se reconocen delincuentes; también es cierto que en las más de ellas reina la libertad; pero te puedo asegurar que en estas soledades me produce su lectura un género de deleite que se conforma con mi desengaño. He visto en muchas de ellas el poco caso que haces de las ceremonias y pesadeces del mundo político; he visto la inclinación que tienes á burlarte de los cuidados que muerden á los hombres ordinariamente. No se me ha escondido la solidez de tus verdades ni el provecho de tu moral. Tu estilo me agrada porque es natural y corriente, sin sombra alguna de violencia ó afectación. Tus sales me divierten de modo, que aun estando sin compañía, no puedo dejar de soltar la carcajada.»

—«No dudo—le repliqué—que mi castellano es menos enfadoso que el que se observa por lo común en los escritos modernos. Mi cuidado ha sido sólo hacer patente mi pensamiento con las más claras expresiones, huyendo de hablar el castellano en latín ó en griego... Mis intenciones más han sido juguetes de la idea que afañes de la fantasía. La lectura de mis obras tiene alguna cosa de deleitable, no tanto por las sales, como por las pimientas. Es cierto que propongo algunas verdades y sentencias; pero si les faltara esto, ya hubiera quemado todos mis papeles. Los más de ellos los he parido entre cabriolas y guitarras... Tengo tantos enemigos como la dieta, y éstos con sus sátiras me han destemplado el estilo, y en mis defensas he divulgado lo que me ponía en la pluma el resentimiento y no la reflexión.»

¿No es aquí verdadero y oportuno el *nosce te ipsum?*

## XXIV

Las obras del doctor salmantino que tenemos á la vista constan de 13 tomos. En montón se rotulan: «*Libros en que están reatados diferentes quadernos physicos, médicos, astrológicos, poéticos, morales y mysticos, que años passados dió al público en*

*producciones pequeñas el Dr. D. Diego de Torres Villarroel, de el gremio y claustro de la Universidad de Salamanca.»*

En la lista de suscritores que acompaña al primer tomo, lista honrada con los nombres de colegios y monasterios diversos, falta la librería de la Universidad de Salamanca, sobre lo cual llama Villarroel la atención, diciendo que no puede creer que aquella «gran Madre trate con desprecio, ó poco amor á sus Hijos.» Desdén ó descuido, lo cierto es que las obras del catedrático de matemáticas no fueron compradas por el claustro á que pertenecía, mientras Fernando VI aceptaba la dedicatoria de estos libros, al menos del primero, y aparecía entre los suscritores el famoso Marqués de la Ensenada, D. Zenón Somodevilla.

Dice el doctor que, no obstante sus defectos, rodaron sus cuadernos con tal fortuna, que «él comió con alegría,» siendo estas las primeras obras salidas á luz en España con «el beneficio de la suscripción.» (Dato curioso, si es exacto, para los bibliófilos.)

Reviste este famoso autor en la variedad de sus producciones el carácter enciclopédico y la tendencia crítica de su centuria. Escribe en prosa y verso, romances festivos y poemas heroicos, tratado de las lombrices y vidas de santos, sueños, en fin, que son á la vez reseña de las dolencias del cuerpo y de las dolencias del alma.

Recorramos ligeramente estos libros, sin clasificarlos.

## XXV

*Sueños morales.* Los desauciados del mundo y de la gloria. Sueño mystico, moral y physico, útil para quantos desean morir bien y conocer las debilidades de la naturaleza. Tradadololo de la fantasía al papel el doctor...

Dirigiéndose al Sr. D. F. Gaspar de Molina y Oviedo, comisario general de Cruzada, manifiesta Villarroel que el negro humor producido en su ánimo por los sustos, miserias y otros

petardos de su mala ventura, no han dejado en su fantasía el más leve borrón de aquellas imágenes, que regocijaban antes al público. Disgustado porque no había logrado siquiera una regular aceptación de sus sistemas, víctimas siempre de la mordacidad, herido por «las persecuciones de los que roban la estimación, el caudal y la patria,» convierte su espíritu y su pluma á los asuntos más tétricos y pavorosos.

En el prólogo á los lectores descontentos y ceñudos adelanta la especie de que se burlarán muchos de él, «repitiendo con rabiosa burla: *¿Quién le mete á Torres á mystico? Ahun tiene verdes y retozones los cascós. Escriba sus Pronósticos y déxese de calaveras y Infiernos.*»

Comienza este libro con un sueño que sorprende al doctor en los céspedes del Zurguín, borrón de el purísimo cristal del Tormes. Se cree trasportado á los abismos, y desfilan ante sus ojos, tísicos, apopléticos, atacados del *cólera morbo* y de otras enfermedades desesperadas, ocasionando cada uno de estos desahuciados una explicación médica y una reflexión moral. Sigue á este sueño otro, en el cual ejercitan la erudición y gracejo de Torres el frenético, el disentérico los convulsos, los calenturientos malignos y algunos desventurados más. A esta serie, que es la de la sala de hombres, sucede la de mujeres histéricas, éticas, infladas del hígado, etc. Concluye esta obra con unas recetas para calmar las penas en los casos más tristes de la vida, hablando Séneca, Quevedo y Torres, como en competencia de estoicismo; pero de estoicismo cristiano. A éstas acompañan otras recetas, propias sólo de Torres. Las primeras son glosas morales á estas palabras: «morirás,» «carecerás de sepultura,» «mal juzgan de ti los hombres.» Las segundas paráfrasis de «tengo malos vecinos,» «no me quieren las damas,» etc., etc.

Así glosa ó comenta el *no me quieren las damas*:

«Dime, ¿á qué alma han hecho gloriosa sus halagos? ¿á qué cuerpo han dado sanidad sus dulzuras?... No te quieran ellas ni tú las ames, y gozarás de tu salud y tu dinero... Queriendo á una, cumples con la ley de la naturaleza y de la gracia... Una no te puede faltar, por descosido que estés y feo que seas... Más cuenta te tendrá que te quieran los cocineros, y

los taberneros; busca su amistad, y riéte de ellas, que puede ser que el desprecio sea negociación de tu mal gusto.»

Así alternan en nuestro doctor lo serio y lo festivo, lo místico y lo profano.

## XXVI

*Tratados* physicos, médicos y morales, *Vida natural y católica*, medicina segura para mantener menos enferma la organización de el cuerpo y asegurar al alma la eterna salud.

Cuenta Torres que un día que entró á oír misa en un templo, oyó con miedo la condenación, fulminada por el Santo Oficio, desde el púlpito lanzada por un sacerdote de adusta faz y temeroso acento. Con terror escondióse en el ángulo más oscuro de la iglesia, como si temiera que la sentencia dictada contra la *Vida natural* le señalase el rostro con negros colores. Y al salir, huyó precipitadamente de los que podían acercársele, buscando en su cabeza el remedio á mal tamaño. Hallólo, sin duda, pues en un prólogo que intitula *Manifiesto* llama *venturoso* á este libro, y le sigue el *memorial* dirigido á la Inquisición, en súplica de que se le indicasen los puntos heréticos ó con sabor de heregía contenidos en su obra, para borrarlos ó corregirlos inmediatamente. Así se hizo, y la edición que registramos purgada está de los lunares señalados por el Tribunal de la Fe.

Ahora bien; ¿de qué trata esa *Vida natural y católica*, objeto de tan graves anatemas? No es otra cosa que una doble higiene, la del cuerpo y la del alma. En la primera estudia las causas de las enfermedades, que atribuye principalmente á nuestros desarreglos, la influencia del aire, del agua, del fuego, la comida, etc. La segunda es una explicación de los mandamientos de Dios y de la Iglesia en relación con la salud espiritual. Ni más ni menos.

Los aficionados á la *historia de los aromas* encontrarán en la parte primera algunas recetas para hacer aguas de olor.

*Médico para el bolsillo*, Doctor á pie, Hipócrates chiquito, medicina breve, fácil y barata, etc.

Da algunos avisos generales para la conservación de la salud, la regla para «saber cada mes el día de la conjunción y llenó de la luna,» y los remedios para curar las enfermedades propias de cada lunación.

*De el uso y provechos de las aguas de Tamames, y baños de Ledesma.* Y primeramente de el agua común, y sus diferencias.

Compara las aguas de pozo, río, fuente, cisterna, nieve, etc., después de haber elogiado el agua común, que dice *elemental*. Habla después de la fuente de Tamames, sita en lugar ameno y fructuoso, «en las faldas de la Sierra de Francia,» manantial descubierto por un jesuita, Luis de Losada, el año 1720. Las indicaban los físicos de entonces á los enfermos del pecho.

Después de recordar las cavernas de agua, *hidrofilacios*; las de fuego, *pirofilacios*; y las de aire, *areofilacios*, y de explicar el origen de las *aguas centrales y thermales*, trata de las de Ledesma, nacidas á dos leguas de Salamanca, orillas del Tormes. Dice el doctor que depiden azufre y dejan una *crasitud que tiene la solidez quasi de los linimentos*. Destierran «la perlesía, la parálisis, la epilepsia y aplopexías periódicas.»

## XXVII

*Respuesta á la pregunta que hacen los médicos socios, establecidos en Madrid en la Real Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, la cual es: ¿Por qué siendo el regular domicilio de las lombrices el canal intestinal, comúnmente producen picazón en las narices?* Declara cuatro modos de producirse dicha picazón, ajustados á las leyes mecánicas, como previene la Sociedad en la *Gaceta* del martes 6 de enero de 1750.

El título de la obrita es su mejor explicación.

*Desengaños razonables para sacudir el polvo del espanto y del aturdimiento que ha producido en los espíritus acoquina-*

dos el cadáver de *D. Roberto Le Febvre Dumoulin*, cadete de los Reales Guardias de Corps, por haberse visto flexible y sudando después de algunos días expuesto en un salón del Hospital General de Madrid. Está dedicado este folleto á don Antonio González, pintor del Rey.

Explica el hecho por humores y vapores ó por efectos de la corrupción, que llama también fermentación.

*Previsiones* que le parecen precisas á D. Diego de Torres antes de entrar á la narración de las observaciones con que se intenta persuadir que es esferoide la figura de la tierra, y dificultades que se le ofrecen para no consentir en negarle su demostrada redondez.

En prueba de ésta aduce algunas de las que hoy se encuentran en la parte primera (astronómica) de cualquier tratado de Geografía elemental. Intentando refutar la tesis de la esferoididad, revela que no ha comprendido bien á *Isac Newton*, que tilda de muy oscuro.

*El Gallo Hespañol*, un prólogo y respuestas dadas al Conde de Meslay, porque el gallo canta á las doce de la noche en Portugal, y llevado á Francia canta á las mismas doce, siendo así que hay una hora de diferencia.

*Vida de la V. madre Gregoria de Santa Teresa*, religiosa carmelita descalza.

*Idem del padre Gerónimo Abarrátegui*, fundador del colegio de P. Cayetan de Salamanca.

*La Cátedra de morir.*

*Vida de D. Gabriel Alvarez de Toledo.*

## XXVIII

El tomo VIII de las obras de D. Diego de Torres se titula: *Juguete de Talía, entretenimientos del numen*. Comprende la *Conquista del reyno de Nápoles*, poema; *Exequias Mentales* y tristes sentimientos que en la muerte del mayor Rey del mundo, el inmortal Felipe V, hizo el amor, la esclavitud y

la reverencia del más humilde de sus vasallos; *Expresión fúnebre* á la memoria de los Condes de Monterrey; varias poesías líricas; el romance *Peregrinación á Santiago*; armazón contra los pronósticos en ristre que están ya para saltar á la cara y á las faltriqueras; *Juicio* para quien no lo tenga...; *Pronóstico* de lo pretérito, anticipación de lo presente y regreso de lo futuro; *Carta* á Vicente Navarro, librero de Valencia; *Fe de vida* del Dr. D. D. de Torres, predicado por muerto sin haberle llegado su hora; *Xácara* al nacimiento del Hijo de Dios; Villancicos para Natividad y Reyes, y *Gozos* y deprecaciones á María Santísima, que con el nombre de la Cueva Santa se venera en el obispado de Segorbe.

De algunas de estas composiciones poéticas se hablará en otro lugar. Del poema heroico trascribimos aquí, como muestra de su estilo, los siguientes endecasílabos:

«Yo aquel que en otro tiempo venturoso  
cantaba alegre las tristezas mías,  
y en mi albergue, aunque rústico, gracioso  
Terpsícore pulsó sus fantasías,  
ya solamente gimo proceloso  
golpes del hado en tristes elegías,  
dexándome el dolor y el sentimiento  
ronca la voz y roto el instrumento.»

De las *poesías varias* forma parte este soneto, en el cual, con la comparación del que se está viendo el rostro en el agua, pondera la imagen de su adoración:

«Estampaba Clorinda su figura  
de un río en el cristal resplandeciente,  
cuando el húmedo Dios de la corriente  
sintió dentro del agua su hermosura.

Enamorado de la imagen pura  
solicita abrazarla estrechamente,  
el agua aprieta en vano, y luego siente  
de su amoroso error la desventura.

O Dios (le dixen), en tu desgracia veo,

y en esa imagen que engañó tus lazos,  
 representada la fortuna mía;  
 pues cuando todo es brazos mi deseo,  
 así también se burla de mis brazos  
 otra imagen que está en mi fantasía.»

No sólo lírico y épico, también es Torres poeta dramático. «El hospital en que cura amor de amor la locura,» comedia en tres jornadas; el «Duende,» entremés; «Juicio de Paris y robo de Elena,» zarzuela en dos; «El Valentín,» «El poeta,» «El miserable» y otros sainetes acreditan la rica variedad de sus facultades.

## XXIX

*Anatomía de todo lo visible é invisible.* Compendio universal de ambos mundos. Viaje fantástico. Está dividido en seis jornadas. En la primera escribe la historia del mundo subterráneo, con sus metales y minerales, fosas y cavernas. En la segunda trata de la ínfima región de la tierra y de la superficie del globo, su estabilidad, situación, temperatura y generación de vegetales y animales. En la tercera, de las aguas, vientos y movimientos del mar. En la cuarta, del aire, fuego, lluvias y otros meteoros que hoy decimos ígneos y acuosos. En la quinta de los astros, sus propiedades é influjos. Y en la sexta, que llama «descanso del viaje,» de los eclipses de sol y luna.

Interesa á los que historian el desarrollo de las ciencias físicas y naturales en nuestra patria.

—*Sueños morales,* visiones y visitas con D. Francisco de Quevedo por Madrid, barca de Aqueronte y residencia habitual de Plutón.

Innecesario es repetir que el Quevedo del siglo XVIII imita á su modelo del siglo XVII. Con su *vis* satírica recorre los barberos, libreros, letrados, químicos, médicos, comadrones, pobres del hospicio, petrimetros, poetas, músicos y otros li-

najes. Esto en su primera excursión, y luego azota á los insolentes, bergantes, pícaros, tontos, boticarios, cocineros y avaros; sin perdonar á los lectores de todo género, diestros ó zurdos, locos ó cuerdos, ni á los muertos regañones ó apacibles, dulces ó amargos, píos, alazanes, tordillos y otros colores, á los cuales endereza sus epístolas.

—*De los temblores y otros movimientos de la tierra*, llamados vulgarmente *terremotos*.

Estudia sus causas, señales y pronósticos, las columnas de fuego que aparecieron en 1730, las ráfagas de luz que alumbraron el horizonte de Madrid en diciembre de 1737, fenómeno que trata en estilo festivo; el corneta de 1744, y otros acaecimientos análogos.

—*Nuevo arte* para aumentar colmenas y abejas.

—*Noticia* de las aguas y virtudes de *Vivilafuente*.

*El Hermitaño y Torres*. Es una aventura curiosa. Extrañado en una tierra fangosa y en noche oscura, va á parar á una ermita, donde reconoce en el santero á un antiguo amigo.

Con él trata de toda clase de obras científicas y literarias, haciendo un juicio crítico, benévolo en demasía, del Quijote de Avellaneda. Lo más interesante, para los que buscan los misteriosos orígenes de las ciencias, es la reseña histórico-crítica que hace de los perseguidores de la piedra filosofal, bajo su doble aspecto, de procedimiento, para transmutar los metales en oro, y de elixir maravilloso para curar todo linaje de enfermedades.

Es el tipo del alquimista uno de los más dramáticos en el laborioso período, fabuloso ó mítico, de la historia, rica, aunque no larga, de la maravillosa Química.

### XXX

Dos tomos de las obras de Torres son almanaques y pronósticos, notables por la luz que arrojan sobre la agitada existencia del doctor.

Uno de estos ruidosos y acertados pronósticos es el de 1724. Está contenido en la siguiente décima, de pésima factura:

«Cuando los mil contarás  
con los trescientos doblados,  
y cincuenta duplicados  
con los nueve dieces más,  
entonces, tú lo verás,  
mísera Francia, te espera  
tu calamidad postrera  
con tu Rey y tu delfín,  
y tendrá entonces tu fin  
tu mayor gloria primera.»

¿No es admirable que un escritor español pronosticase con tal precisión la muerte de un Rey de Francia? No es la fecha lo notable: es el profundo conocimiento que revela del estado de la nación vecina al anunciar un trágico acontecimiento para fines del siglo. En medio de sus aventuras, de sus calaveradas, de sus estudios físicos, médicos, teológicos y literarios, del fondo de aquella afición á las matemáticas, calificadas por el vulgo de diabólicas, surge esa profecía, escrita en forma incorrecta, pero llena y bañada por esa luz de la intuición, que parece arde en la cabeza de los genios.

¿Acaso lo era D. Diego de Torres Villarroel?

No. Era sólo un buen corazón, una voluntad enérgica, una clarísima inteligencia y una brillante imaginación.

M. GUTIÉRREZ.





ENSEÑANZA INTUITIVA Y RACIONAL DE LOS IDIOMAS

---

## CUADRO MECÁNICO PARA LA CONJUGACIÓN

EN

LAS SEIS LENGUAS NOVOLATINAS

---

CONCLUSIÓN (I)

PARTE TERCERA

CUADRO MECÁNICO



ESTE aparato presenta la división fundamental en un bastidor de madera, con el encasillado necesario para colocar las notas correspondientes de las distintas lenguas; éstas van impresas en papel de diferentes colores, y pegadas sobre las seis caras de varios cubos, que entran holgadamente en el encasillado.

Al aparato acompañan, en la caja cubierta por el encabezamiento impreso del mismo, los cuadros de cada una de las seis lenguas en su disposición natural, y con los colores correspondientes.

En la primera columna vertical van los pronombres perso-

---

(I) Véase la pág. 28 de este tomo.

nales, que no cambian dentro de cada lengua; en la segunda la radical, que es siempre la misma, aunque para poder conjugar otros verbos regulares, hay también, en la caja superior, letras sueltas con que pueden combinarse varias radicales; en la tercera columna figuran la conjugal ó conjugales, en la cuarta las seriales, en la quinta las temporales, y en la última las características personales, que casi no varían en los distintos tiempos. En esta disposición, que constantemente se presenta á la vista de los alumnos, el cuadro enseña y fija en la memoria las generalidades de la conjugación, que más les interesa conocer.

Para facilitar la marcha de ésta en cada uno de los tiempos, teniendo en cuenta que la radical, conjugal, serial y temporal son las mismas en las seis personas, se han dejado sueltas las tablitas horizontales que separan y sostienen estas notas, de suerte que basta para componer aquéllas sacar sucesivamente cada una de las tablas para que caigan sobre la siguiente, ó mejor aún sacar en la primera dichas notas y sobreponerlas con ella en cada una de las demás, volviendo á su lugar desde la última.

La primera línea sirve para componer en ella las formas impersonales.

En la octava se colocan las notas auxiliares y anómalas, y al empezar la conjugación, todas las variables por su orden correlativo, tomando después sucesivamente cada una de las que van siendo necesarias, y sustituyéndolas cuando es preciso con las anómalas, cuya colocación y sustitución material obliga al que maneja el aparato, y aun á todos los que lo ven, á fijar la atención sobre estos detalles, que de otro modo pasarían desapercibidos, y habría que aprenderlos rutinariamente, mientras que así el que los emplea puede y debe dar la razón de por qué lo hace, con arreglo á las generalidades que tiene aprendidas, y que le indicamos con llamadas al párrafo correspondiente, al dar el detalle de la conjugación en cada una de las seis lenguas, lo que acabará de dar idea clara de cómo debe hacerse.

USO DEL CUADRO MECÁNICO

I

Cuadro mecánico de la conjugación ESPAÑOLA					
Pronombres	Radical	Conjugal.	Serial.....	Temporal.	Personales
				d o	
y o	f o r m	a	r	é	
t ú				á	s
é l				a	
n o s o t r o s				ía	m o s
v o s o t r o s			s	e	i s
e l l o s				b a	n
	o, t e, ó,			n	

El cuadro en su disposición natural presenta, como se ve, los pronombres, que son *yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos*, y las terminaciones personales *», s, », mos, is, n*. La conjugal se ve que es la *a*, las seriales *r* y *s*, las temporales *n, do, é, á, a, ía, e, ba*. Y como auxiliares para formar las notas anómalas, tenemos *o, te, ó*.

Separadas las seriales y temporales en la línea inferior, empezamos la conjugación por la

PRIMERA SERIE

Tomamos la serial *r* (§ 21), y la colocamos en el lugar correspondiente.

Tenemos así formado el *infinitivo* (§ 37), que como tiempo impersonal debe ocupar la primera línea.

*Futuro.* Como la temporal de éste es variable, tomamos la *é* ó *e*, y la *á*, para usar de ellas según convenga (§ 28). Así la primera persona la formaremos con la *é*, la segunda y tercera con la *á*, la cuarta y quinta con la *e*, y la sexta con la *á*.

Dejando todas las temporales en la línea inferior, vuelven á la superior la radical, conjugal y serial para formar el

*Condicionante.* Tomamos la temporal *a* (§ 29), y haciendo recorrer á esta nota, con las anteriores, las seis personas, tendremos todo el tiempo, debiendo observar para la pronunciación lo que tenemos indicado en el párrafo 55, y aun, si se quiere, sustituir en la primera persona de plural por la *á* la *a* de la radical.

Vuelve todo arriba menos la temporal.

*Condicionado.* Tomamos *ía* (§ 30) y basta recorrer todas las notas para tener el tiempo conjugado.

*Condicional dubitativo.* Con la temporal *e* (§ 31), en la misma forma que el condicionante (V. § 55).

#### SEGUNDA SERIE

Se suprime la serial (§ 23).

*Participio de presente.* En la línea de los impersonales pondremos *ndo* (§ 38), como temporal de esta forma, y con la radical y conjugal la tendremos completa.

*Presente.* Como no tiene temporal (§ 28), basta con bajar sucesivamente la radical y conjugal al lado de los personales; pero en la primera persona hay que poner el personal anómalo *o* (§ 44), delante del cual se suprime la conjugal *a* (V. §§ 17 y 18).

*Coexistente.* Tomando, con la radical y conjugal, la temporal *ba* (§ 32), se corre todo el tiempo, sin más variación que el acento de la primera persona de plural (§ 55).

*Optativo.* Se pone la temporal *e* (§ 33), suprimiendo la conjugal (§ 17).

## TERCERA SERIE

*Participio de pretérito.* En la línea de los impersonales, pondremos la radical y conjugal, seguidas de la temporal *do* (§§ 39, 24 y 25).

*Pretérito absoluto.* No tiene temporal (§ 28); pero los personales son anómalos (§ 53), haciendo: primera persona en *é*, sin conjugal (§ 17); segunda conjugal *a* y personal *s* seguido de *t*; tercera en *ó* sin conjugal (§ 17), cuarta en *mos*; quinta en *is* precedido de *te*, y ésta de la serial *s* (§§ 24 y 26); sexta en *n* precedida de *ro*.

*Optativo condicional.* Con la radical y conjugal se pone la serial *s* (§§ 24 y 27), la temporal *e* (§ 34), y se corre todo el tiempo (§ 55).

VERBOS CASTELLANOS EN *er* Y EN *ir*

En estos verbos, que constituyen, como es sabido, la segunda y tercera conjugación para la generalidad de los gramáticos, las conjugales son *e*, *i*; desaparecen delante de *o* no acentuada y de *i*; se cambian ambas en *ie* en el condicionante, condicional dubitativo, participio de presente; optativo condicional y tercera persona de plural del pretérito absoluto: *temiera*, *partiere*, *temiendo*, *partiesen*, *temieron*, etc. La *e* se cambia en *i* en el participio de pretérito y pretérito absoluto: *temí*, *temido*. La *i* se cambia en *e* en las personas segunda, tercera y sexta del presente: *partes*, *parten*. La temporal del pretérito coexistente es *ía*, como la del condicionado: *temía*, *partía*; la del optativo absoluto es *a*, como la del condicionante: *tema*, *partamos*.

Para conjugar estos verbos en el cuadro mecánico, basta añadir entre las conjugales la *e* y la *i*, que pueden tomarse de las letras en blanco y emplearlas sueltas ó reunidas en *ie*.

He construído también un Cuadro exclusivamente destinado á la conjugación de los *verbos españoles regulares é irregulares*, otro que sirve para *todos los franceses*, etc.

## II

Cuadro mecánico de la conjugación PORTUGUESA					
Pronombres	Radical	Conjugal.	Serial.....	Temporal.	Personales
				d o	
e u	f o r m a		r	í a	
t u				e	s
e l l e				á	
n o s				a	m o s
v o s			s s		i s
e l l e s				v a	m
i, ā o, d, o, o u, t e, n, v					

La disposición natural del cuadro presenta los pronombres *eu, tu, elle, nos, vos, elles*, y las notas personales », *s*, », *mos, is, m*. La radical y conjugal son como en castellano, las seriales *r* y *ss*, las temporales *n, do, e, á, a, ía, va*; las notas auxiliares y anómalas *i, ao, d, o, ou, te, v*.

Colocadas las notas variables en la línea inferior, empezamos á conjugar por la

## PRIMERA SERIE

Serial *r* (§ 21).

*Infinitivo*. Se forma con la radical, conjugal y serial, en la primera línea.

*Futuro*. Temporales *e* y *á* (§ 28): primera persona con la *e* y el personal anómalo *i* (§ 44), segunda y tercera con la *á*, cuarta y quinta con la *e*, y sexta con *ao* (§ 52).

*Condicionante.* Temporal *a* (§ 29), cambiada en la quinta persona en *e* (§ 36). (V. § 55.)

*Condicionado.* Temporal; *ía* (§ 30). (V. § 36.)

*Condicional dubitativo.* Temporal *e* (§ 31), primera persona: conjugal y serial (§ 31), segunda con temporal *e*, tercera como la primera, cuarta sin temporal (§ 31), quinta con *e* precedida de *d* y sin la *i* del personal (§ 31), sexta con temporal *e*.

## SEGUNDA SERIE

Sin serial (§ 23).

*Participio de presente.* Con la temporal *ndo* (§ 38), en la línea de los impersonales.

*Presente.* Radical, conjugal y personales (§ 28), primer personal anómalo *o* (§ 44), sin conjugal (§ 17). (V. § 18.)

*Coexistente.* Temporal *va* (§ 32). En la cuarta persona se acentúa la conjugal (§ 55), y en la quinta se cambia *va* en *ve* (§ 36).

*Optativo.* Temporal *e* (§ 33), sin conjugal (§ 17).

## TERCERA SERIE

*Participio de pretérito.* En la línea de los impersonales, con la temporal *do* (§§ 39, 24 y 25).

*Pretérito absoluto.* Sin temporal (§ 28), y con los personales anómalos (§ 53); primera persona en *ei* sin conjugal (§ 17), segunda en *aste*, tercera en *ou* sin conjugal (§ 17), cuarta con la conjugal acentuada (§ 55), quinta con el personal *tes*, precedido de la serial *s* (§§ 24 y 26), sexta terminada en *ram*.

*Optativo condicional.* Radical, conjugal, serial *ss* (§§ 24 y 27), temporal *e* (§ 34), todo seguido.

## III

Cuadro mecánico de la conjugación ITALIANA					
Pronombres	Radical	Conjugal.	Serial.....	Temporal.	Personales
				d o	
i o	f o r m	e	r	e	i
t u				a	i
e g l i				à	
n o i					m o
v o i		a	s s		t e
e g l i n o				v a	n o
ò, m, s t, e b b e r o, n, v, o					

El cuadro, en su disposición natural, presenta los pronombres *io, tu, egli, noi, voi, eglino*; enfrente las características personales *i, i, », mo, te, no*; y en las columnas intermedias dos conjugales, *e, a*; las seriales *r, ss* y las temporales *n, do, e, a, à, va*. Notas auxiliares y anómalas: *ò, m, st, ebbe, ro, o, v*.

## PRIMERA SERIE

Serial *r* (§ 21).

*Infinitivo*. En la primera línea, con la temporal *e* (§ 37) y conjugal *a* (§ 16, nota 1.<sup>a</sup>).

*Futuro*. Conjugal *e* (§ 16), serial *r*, temporal variable (§ 28); primera persona sin temporal (§ 28), personal anómalo *ò* (§ 44); segunda temporal *a*; tercera *à*, cuarta y quinta *e*, sexta *a*, duplicando la *n* del personal (§ 54).

*Condicionado.* Conjugal *e* (§ 16), serial *r*, temporal *e* (§ 30), personales anómalos (§ 54); segundo *sti*, tercero *bbe*, cuarto duplicando la *m*, quinto *ste* y sexto *bbero*.

## SEGUNDA SERIE

Sin serial (§ 23), conjugal *a* (§ 16).

*Participio de presente.* Temporal *ndo* (§ 38).

*Presente.* Sin temporal (§ 28); primera persona sin conjugal (§ 17); y con el personal *o* (§ 44); segunda sin conjugal (§ 17); tercera con radical y conjugal; cuarta, conjugal precedida de *i* (§ 20), quinta y sexta regulares (§ 55).

*Coexistente.* Temporal *va* (§ 32), sin el primer personal (§ 43), y contrayendo ante el segundo la *a* de la temporal (§ 32).

*Optativo.* Temporal *i* (§ 33), sin conjugal (§ 17); se pierden los personales primero y segundo (§§ 43 y 47); entre la temporal y los personales cuarto y quinto reaparece la conjugal (§ 20).

## TERCERA SERIE

*Participio de pretérito.* Conjugal *a* (V. §§ 24 y 25), con la temporal *to* (§ 39).

*Pretérito absoluto.* Sin temporal (§ 28), personales anómalos (§ 53); primero (V. § 18), segundo precedido de *st* (§§ 24 y 26), tercero en *ò* sin conjugal (§ 17), cuarto duplicando la *m*, quinto precedido de la serial *s* (§§ 24 y 26), sexto precedido de *ro*.

*Optativo condicional.* Radical, conjugal *a*, serial *ss* (§§ 24 y 27), temporal *e* en las terceras personas, *i* en la cuarta (§ 34), quinta con la serial *s* (§§ 27 y 54), sexta con el personal anómalo *ro* (§ 54).

## IV

Cuadro mecánico de la conjugación FRANCESA					
Pronombres	Radical	Conjugal.	Serial....	Temporal	Personales
				é	
je	f o r m	e	r	a i	s
tu				a	s
il					t
nous				i	o n s
vous					e z
ils		a	ss	e	e n t
o, â, me, te, è					

La disposición natural del cuadro enseña que los pronombres son *je, tu, il, nous, vous, ils*; las notas personales *s, s, t, ons, ez, ent*; la conjugal *e* ó *a*, las seriales *r* y *ss*, y las temporales *é, ai, a, i, e*. Auxiliares anómalos, *o, â, me, te, è*.

## PRIMERA SERIE

Serial *r* (§ 21), conjugal *e* (§ 16).

*Infinitivo*. Sin temporal (§ 37).

*Futuro*. Temporal *a* (§ 28), sólo en el singular. El primer personal es *i* (§§ 44 y 28), el tercero desaparece (§ 48), el sexto trasforma la *e* en *o* (§ 52).

*Condicionado*. Temporal *ai* (§ 30) cambiada en *i* (§ 36) en las personas 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>

## SEGUNDA SERIE

Sin serial (§ 23), conjugal *e* (§ 16).

*Participio de presente.* Temporal *ant* (§ 38), sin conjugal (§ 17).

*Presente.* Sin temporal (§ 28), sin personales 1.º y 3.º (§§ 43 y 48), sin conjugal en el plural (§ 17).

*Coexistente.* Temporal *ai* (§ 32) ó *i* (§ 36), sin conjugal (§ 17).

*Optativo.* Temporal *e* (§ 33) ó *i* (§ 36), sin conjugal (§ 17); desaparecen los personales primero y tercero (§§ 43 y 48), y ante el sexto desaparece también la temporal *e* (§ 36).

## TERCERA SERIE

*Participio de pretérito.* Temporal *é* (§§ 39, 24, 25 y 17).

*Pretérito absoluto.* Sin temporal (§ 28); primera persona, conjugal *a* (§§ 16 y 18) y personal *i* (§ 53), segunda, conjugal *a* y personal *s*; tercera, conjugal *a* (§ 16) sin personal (§§ 48 y 53); cuarta y quinta, conjugal *â* (§ 26) y personales *mes, tes* (§ 53); sexta, conjugal *è* (§ 16, nota 2.<sup>a</sup>), y personal *vent* (§ 53).

*Optativo condicional.* Radical, conjugal *a* (§ 16); serial *ss* (§§ 24 y 27); temporal *e* (§ 34) ó *i* (§ 36); primera persona sin personal (§ 43); tercera conjugal *â* (§ 27), sin serial ni temporal (§ 34); sexta sin temporal (§ 36).

## V

Cuadro mecánico de la conjugación VÁLACA					
Pronombres	Radical	Conjugal.	Serial . . .	Temporal.	Personales
				nd	
eu	form	a	s	e	m
tu					ts i
el					
noi					m
voi					t si
ei					
<i>u, œ, ch, r</i>					

El cuadro presenta en su disposición natural los pronombres *eu, tu, el, noi, voi, ei*; los personales *m, tsi, », m, tsi, »*; la conjugal *a*, serial *s*, temporales *nd, t* y *e*; y notas anómalas *u, œ, ch* y *r*.

## PRIMERA SERIE

*Infinitivo.* Es el único tiempo de esta serie y se forma con la radical y conjugal (§§ 22 y 37).

## SEGUNDA SERIE

Sin serial (§ 23).

*Participio de presente.* Con la temporal *und* (§ 38), sin conjugal (§ 17).

*Presente.* Sin temporal (§ 28); la primera persona se reduce á la radical (§§ 43 y 19), la segunda á la radical y personal (§ 19), en la tercera, cuarta y sexta la conjugal es *æ* (§ 16), en la quinta *a*.

*Coexistente.* Radical y conjugal, sin temporal (§ 32); segundo personal: *i* sin *ts* (§ 46).

*Optativo.* Es igual al presente, pero en las terceras personas la conjugal *a* es *e* (§§ 16 y 33) y en la cuarta *æ* (§ 16).

## TERCERA SERIE

*Participio de pretérito.* En la primera línea con la temporal *t* (§§ 39, 24 y 25).

*Pretérito absoluto.* Sin temporal (§ 28), personales anómalos (§ 53): 1.º *i*, 2.º *chi* (*ch* francesa), 3.º nulo, 4.º *rem*, 5.º *retsi* y 6.º *are*. (Véanse §§ 18 y 26.)

*Optativo condicional.* Serial *s* (§§ 24 y 27), temporal *e* (§ 34), 2.º personal anómalo *chi*, con *ch* francesa (§ 46).

## VI

Cuadro mecánico de la conjugación PROVENZAL					
Pronombres	Radical	Conjugal.	Serial.....	Temporal.	Personales
				t	
e u	f o r m	a	r	í a	
t u				a	s
e l h				á	
n o s				v a	m
v o s					t z
e l h s		e	s s	e	n
	i, o				

La disposición natural del cuadro enseña que los pronombres son *eu*, *tu*, *elh*, *nos*, *vos*, *elhs*; las características personales », *s*, », *m*, *tz*, *n*; la conjugal *a* ó *e*; las seriales *r* y *ss*, y las temporales *t*, *ns*, *ía*, *a*, *á*, *va*, *e*; con las auxiliares *i*, *o*.

## PRIMERA SERIE

Serial *r*.

*Infinitivo*. Conjugal *a* (§ 16), sin temporal (§ 37).

*Futuro*. Temporal variable (§ 28); primera persona *a* con personal *i* (§§ 44 y 28), segunda temporal *a*, tercera *á*, cuarta y quinta *e*, sexta *a*.

*Condicionante*. Conjugal *e* (§ 16); serial *r*; temporal *a* (§ 29).

*Condicionado*. Conjugal *a*; serial *r*; temporal *ía* (§ 30).

## SEGUNDA SERIE

Sin serial (§ 23).

*Participio de presente.* Temporal *ns* (§ 38).

*Presente.* Sin temporal (§ 28), y en la primera persona con el personal anómalo *i* (§ 44); sin conjugal (§ 17).

*Coexistente.* Temporal *va* (§ 32).

*Optativo.* Temporal *e* (§ 33); sin conjugal (§ 17).

## TERCERA SERIE

*Participio de pretérito.* En la línea de los impersonales, conjugal *a* (§ 16) y temporal *t* (§§ 39, 24 y 25).

*Pretérito absoluto.* Conjugal *e* (§ 16); sin temporal (§ 28); personales anómalos (§ 53): 1.º *i*, 2.º *st*, 3.º *t* y 6.º *ron*.

*Optativo condicional.* Conjugal *e* (§ 16); serial *ss* (§§ 24 y 27); temporal *e* (§ 34), perdiéndose una *s* de la serial y la temporal en las personas primera y tercera (§§ 27 y 34).

## UTILIDAD DEL CUADRO MECÁNICO

En las indicadas condiciones, el aparato, sobre ser utilísimo para los filólogos y lingüistas que quieran establecer relaciones entre estas lenguas hermanas, y para los curiosos que quieran conocer fácilmente su conjugación, es de verdadero interés para los establecimientos y colegios donde se cursa el francés ó alguna de las otras lenguas, y de mucha mayor importancia en las escuelas de instrucción primaria, donde el difícil problema de *conjuguar* el verbo castellano puede convertirse, por este medio, en la instructiva diversión de

*jugar con* los elementos que el análisis racional descubre en el mecanismo de la conjugación.

Sirve asimismo con ventaja para la enseñanza de los sordo-mudos, y puede, ligeramente modificado, servir igualmente para la de los ciegos.

### CONDICIONES DE VENTA

El cuadro mecánico completo, conteniendo lo necesario para conjugar los verbos regulares en todas y cada una de las lenguas española, portuguesa, italiana, francesa, válaca y provenzal, se vende en *veinte pesetas*.

Cada uno de los cuadros ó carteles auxiliares, impresos sobre el color respectivo del idioma correspondiente, se vende por *una peseta*.

Tomando el cuadro mecánico y los seis carteles reunidos, cuesta todo *veinticinco pesetas*.

Cada uno de los aparatos en que se prescinde de la conjugación comparada para completar la de un idioma en verbos regulares é irregulares, cuesta *cuarenta pesetas*.

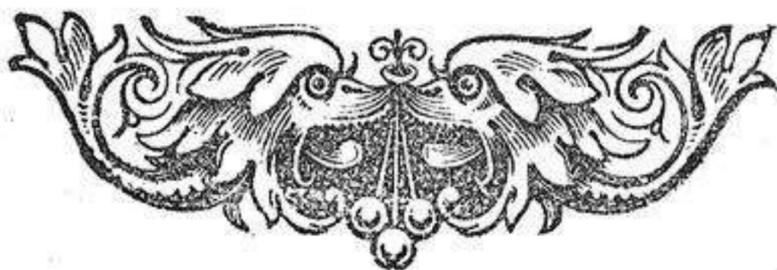
Los pedidos deben dirigirse al autor, en su domicilio, Plaza de Santo Domingo, núm. 4, en Guadalajara.

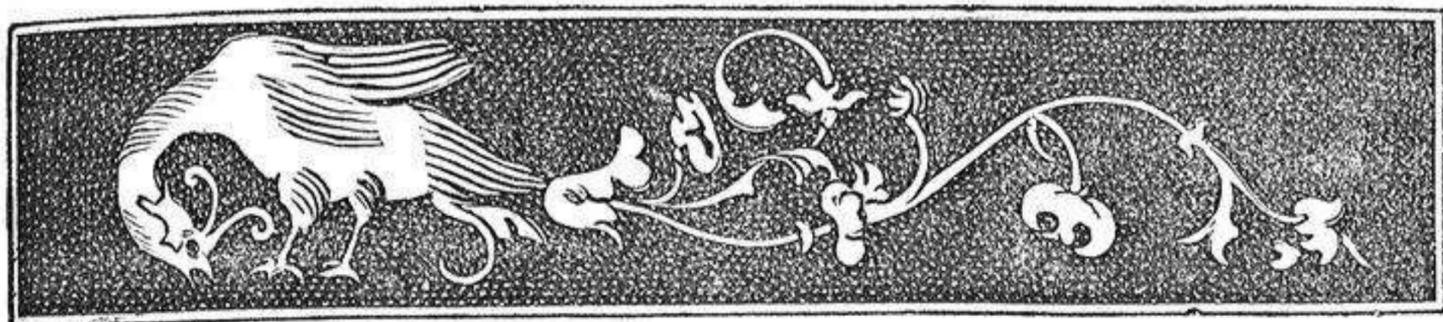
1.º de octubre de 1885.

FRANCISCO FERNÁNDEZ IPARRAGUIRRE,

Profesor normal

y Catedrático de francés en el Instituto de Guadalajara.





## LOS CIRCOS ECUESTRES

(Continuación) (I)



ORRESPONDE hoy que nos ocupemos, conforme á lo ofrecido al terminar nuestro anterior artículo, de las cacerías ó caza de fieras, que era el tercer juego en la fiestas del circo, ó más bien del anfiteatro romano.

Durante la noche que precedía á la celebración de estos juegos, se plantaban en la arena del circo ó del anfiteatro grandes, numerosos y corpulentos árboles. Y al amanecer—pues la *venatio* se verificaba siempre por la mañana—soltaban de improviso en aquella selva artificial centenares de leones de grandes melenas, gran número de leopardos de Libia y bastantes panteras, formando todos con sus atronadores rugidos un infernal concierto. Desde el balcón de las torres y desde las galerías superiores, el Emperador, defendido por el fuerte enverjado de hierro que rodeaba el canal de separación, las mataba alguna vez que otra auxiliado de la flecha. Otras las abandonaba á los certeros venablos de los senadores jóvenes y de los caballeros, y también á las jabalinas de los plebeyos, suficientemente valerosos y arrojados para luchar cuerpo á cuerpo con las fieras.

(I) Véase la pág. 57 de este tomo.

Cuando sólo se trataba de animales inofensivos, como los ciervos, los carneros, los ibís, gamos y avestruces, caza que pusieron en boga, aumentando el número de víctimas con leopardos, los dos Gordianos, antes de perecer bajo la sangrienta espada de sus soldados, y Felipo, Galiano, Provó y Carino, que los imitaron; entonces, al verlos el Emperador correr desalentados entre los mustios árboles, decía algunas palabras á sus libertos, éstos las repetían al pueblo que con frenética alegría saltaba de las gradas, y gritando: ¡Larga vida, César! invadía la arena, hiriendo y matando á los indefensos animales que se convertían en su presa.

Excepcionales eran estas dos especies de caza, muy contrarias á los instintos feroces de los romanos, por lo que la miraban con indiferencia, prefiriendo y dedicándose con extraordinaria predilección á la que estaba plagada de desgarradoras emociones, de lances terribles y trágicos desenlaces, por ser la lucha desesperada de la fuerza brutal y salvaje, el duelo del hombre y el tigre, sin otro objeto ni otro fin que el divertir á doscientos mil ociosos, que lloraban y pedían gracia para un elefante herido, por ejemplo, y gozaban viendo, sin inmutarse, cómo los infelices *bestiarios*—reos condenados á muerte, ó cristianos entregados al martirio, ó varios miserables que vendían su vida y derramaban su sangre por unas cuantas monedas—caían despedazados bajo las afiladas garras de la fiera.

El modo de verificarse tan cruenta lucha era el siguiente:

Se presentaba el *bestiario* casi desnudo, y aguardaba impasible á que dada la señal y abierta la jaula de la *cavea* se levantase el rastrillo de los subterráneos, y apareciendo la fiera sedienta de sangre y lucha, y ya con tardo paso si era oso ú elefante, ya rápido como una flecha si era un león el que se aprestaba al combate. Armado con un palo, le incitaba el *bestiario*, le acometía la fiera y empezaba una pelea tan sangrienta como horrorosa, la que terminaba poniéndose á salvo el *bestiario* auxiliado por su agilidad, serenidad y destreza, ó sucumbiendo presa de la fiereza de su contrario, lo que sucedía casi siempre, efecto de que la mayor parte de los que así exponían su vida, ya por los rigores de la ley, ya por

el cebo del lucro, perdían el sentido en tan supremo instante, contándose entre tantos combatientes sólo uno que en tiempo de Calígula logró salvarse, lance inesperado que refiere la historia y menciona Aulo Gelio en el libro XV, capítulo XVI de su obra *Noctes Attice* de esta ó parecida manera:

Celebrábase la fiesta en el Circo Máximo; una multitud de fieras se presentan en la arena, y entre ellas un enorme león de tan bella estampa, que llamó la atención del numeroso concurso que presenciaba el combate. Haciendo estremecer el circo con sus rugidos, sacudiendo sus lomos con la cola y dirigiendo por do quiera sangrientas miradas, se arroja de un salto encima del primer desdichado que expusieron las inicuas leyes romanas á su insaciable voracidad; pero en vez de encontrar un contrario, tropieza con una masa inerte tendida y casi exánime en la arena; al ver su víctima se detiene, domina sus instintos feroces, avanza lentamente como un perro agitando suavemente la cola, y concluye por lamer la cara y las manos de aquel desdichado.

Reanimado con tan inesperadas caricias, abre los ojos, contempla á su enemigo, le reconoce y le abraza derramando abundante llanto.

Tan extraño desenlace produce en las masas una satisfacción que se deshace en gritos, pidiendo saber la causa de tan incomprensible suceso: entonces el Emperador, cediendo á los ruegos del pueblo, ordenó condujesen á su presencia al esclavo salvado tan milagrosamente de una muerte próxima é inevitable, sabiendo entonces de sus labios la verdad, que se reducía á que huyendo en Africa de la barbarie de su dueño, tuvo la dicha de encontrar al león enfermo á causa de una herida producida por una espina; él se la extrajo del pie, curó la úlcera que le había ocasionado, y sólo al agradecimiento comprende que debe su salvación.

Enterado el pueblo del suceso, pidió el perdón del esclavo á condición de no separarse jamás de la fiera, que como propia le sería entregada, á lo que accedió Calígula, y desde el siguiente día, unidos el verdugo y la víctima, ó sea *Androcles*, el esclavo fugitivo, y el león, recorrieron las popinas de

Roma, recogiendo puñados de ases para el uno y sinnúmero de guirnaldas para su salvador.

No dudamos que algunos calificarán de cuento ó conseja el anterior relato; pero, ya sea verdad ó mentira, no hemos vacilado en referirle, por servirnos como de enlace para que, siguiendo nuestro sistema, establezcamos el punto de contacto entre estas luchas y los ejercicios que los domadores de fieras verifican con pasmosa continuidad en nuestros circos.

Diversión ó espectáculo que, si bien se nos presenta modificado por el curso del tiempo, los progresos del arte y la cultura de los pueblos, no deja de llevar impreso un marcado sello de ferocidad y salvajismo que se aviene muy mal con el carácter genuino de la época actual, y que es fundada razón, á nuestro juicio, para que no adquiriera entre nosotros carta de naturaleza, por más argumentos que empleen para convencernos de lo contrario los aficionados á tan terroríficas escenas, que han ocasionado más de una vez desgracias lamentables y catástrofes tan sangrientas como las del circo romano, y dado fundado motivo para que las autoridades interpongan su veto, haciéndose eco fiel de la repulsión con que por la generalidad se presencian. Que esto es un hecho, vamos á probarlo con una escena que, si no mortífera, fué impropia de un país culto, y que vamos á referir por haber sido testigos presenciales, y por lo tanto, como vulgarmente se dice, no atestiguamos con muertos.

Se había inaugurado aquel año el Circo del Príncipe Alfonso, y una excelente compañía ecuestre y acrobática, dirigida por el Sr. Ciniselle, hacía las delicias del público y competía con la que actuaba en el de Price, establecido por aquel entonces en la calle del Cid, y dirigido por dicho artista.

La competencia entre los dos era marcada, y no mentiríamos si añadiésemos que la guerra declarada entre ambos tenía visos de no acabar nunca, cosa que redundaba en beneficio del público, pues si buenos artistas presentaba el uno, mejores los presentaba el otro, y tanto en los ejercicios ecuestres como en los gimnásticos, se prodigaba á los espectadores la variedad, la novedad y el mérito artístico. Así iban las cosas cuando el anuncio de que en el primero se presen-

taría un célebre domador—mulato por más señas y cuyo nombre sentimos no recordar—acompañado de seis leones de ambos sexos, encerrados en una artística jaula, avivó y encendió más la rivalidad de ambas empresas, y como el espectáculo era nuevo y aumentaba además el incentivo y la preferencia con que el público atendía al nuevo circo, Mr. Price, que no era tonto, aceptó el reto, y á los pocos días anunciaba en los carteles otro domador, otros seis leones y otra jaula.

La lucha estaba entablada; sólo faltaba averiguar quién sería el vencedor, y los más aficionados á saber el origen de las cosas se volvían locos para averiguar cómo en tan poco tiempo podía haber preparado Mr. Price un espectáculo que tanto llamaba la atención y del que no se tenía noticia en su circo.

Para el día siguiente se ofrecía en los carteles del de el Príncipe Alfonso la presentación de las tan deseadas fieras, cuando una repentina indisposición del artista defraudó las esperanzas del público; entonces—y aquí entra lo bueno—el otro competidor anuncia la presentación de seis leones para la noche en que debía verificarse la del otro circo.

Como era natural, el público, ávido de emociones y poco conforme en ver fallidos siempre sus deseos, acudió en tropel, y la expectación, la ansiedad y la impaciencia excedían á todo límite cuando la jaula se presentó en la pista. Las voces, los gritos y la algazara eran indescriptibles, y vaticinaban la escena impropia de un pueblo culto que iba á tener lugar, y que descubría la incógnita que con avidez buscaban los curiosos, y que nosotros nos la explicamos de este ó parecido modo:

Ganoso Mr. Price de conquistar el lauro de la victoria, quiso obtener la primacía, aprovechando la ocasión propicia que se le presentaba, y sin aguardar á que las fieras, adquiridas sin duda pocos días antes, estuviesen totalmente amaestradas, las lanzó con el domador á la palestra antes de tiempo, y así se explica el que rodeando á la jaula, no muy artística ni muy flamante, se presentaran todos los artistas provistos de armas de fuego, que dispararon cuando el domador, vestido con un traje completamente fantástico, con una va-

rilla de hierro en la mano y dos revólvers en el cinto, se dispuso á entrar en la jaula.

Las fieras, no muy acostumbradas á semejantes ejercicios, echaban la zarpa, no bien el *artista* se aproximaba; éste, que no debía tenerlas todas consigo, vaciló un momento; apercebido el público de las gradas, empezó á gritar: ¡entra, cobarde! la víctima daba vueltas alrededor del edificio de hierro, las fieras se enfurecían más y más al contemplarle adornado de relucientes mallas y coronada su cabeza de una especie de birrete adornado de vistosas plumas; los artistas prodigaban los disparos, el público redoblaba sus gritos diciendo con tono acompasado: ¡á que no! ¡á que no! los demás espectadores permanecían mudos y estáticos, y algunas señoras pugnaban por salirse, á la vez que otras perdían el sentido, y la parte más sensata del público protestaba de tan exótica escena gritando: ¡fuera! ¡fuera!

Por fin el héroe—que así puede llamársele—penetró en la jaula; mayor tiroteo, mayor algazara de gritos y repulsas, mayor ferocidad en los leones, lo que le obligó á abandonar el campo á los pocos momentos, retirándose acompañado de su jaula y de estentóreas voces en que el público prorrumpía ahogado por el olor de la pólvora y mal contento de no haber visto realizadas sus esperanzas, que, á juzgar por su actitud, en aquellos momentos no eran otras que el haber presenciado una catástrofe semejante á las que se verificaban en el anfiteatro romano cuando el gladiador—pues tal lo parecía—se presentaba, armado del *retiario* y adornado con el *mirmilón*, y después de haber terminado el combate, el público se alborozaba más de verle salir por la puerta *Labitina*, diosa de los funerales, para ser arrastrado al *Spolliarium*, que por la puerta *Bivaria* para recibir plácemes y coronas de laurel y olivo.

RAMIRO.

(*Se continuará.*)



## PINTORES ESPAÑOLES

---

### JOSÉ BENLLIURE Y SU CREACIÓN ARTÍSTICA



**N**UNCA podremos olvidar la impresión que produjeron en nosotros las colosales ruinas del anfiteatro Flavio, cuando las vimos por primera vez: era una mañana de noviembre húmeda y sombría; la tersa transparencia del azul del cielo estaba cubierta por ceniciento manto de apretadas nubes, que no obstante la gran altura á que se encontraba, parecía pesar sobre nuestra alma abrumándola. Habíamos atravesado el foro romano y fijamos nuestros pasos bajo el arco triunfal de Tito: desde allí los pardos sillares del antiguo circo parecían monstruosos huesos desenterrados, testimonios de aquella fauna antediluviana gigantesca. Acercándonos más, pudimos contemplar aquella fábrica colosal, que después de haber servido para muchas cosas en el trascurso del tiempo, se derrumba poco á poco, apesar del sin igual cuidado con que la tratan los que saben que es, juntamente con otras monumentales ruinas, fuente de riqueza para un pueblo en el que no abundan.

Llegamos allí con la mente cargada de recuerdos, y ayudados, ora por la tradición, ora por la historia, reconstruimos lo que aquello fué, unas veces con horror, otras admirados. En nuestros oídos zumbaba la confusa gritería del pueblo, que

sólo pensaba en divertirse: sentíamos al par que el grito viril del hombre que ansía la efusión de sangre, la voz delicada de la mujer puesta en aquella ocasión al servicio de sentimientos que horrorizan. Las derruídas graderías que contemplaban absortos nuestros ojos, no dejaban ver vacío ni un espacio siquiera: como hoy se dice, todos se habían dado cita allí; el patricio porque tenía tiempo sobrado, el plebeyo porque no quería hacer otra cosa, el hombre porque la diversión lo atraía, las mujeres porque iban los hombres. Un día de fiestas era perdido para lo que no fueran las fiestas, y en ellas se veían siempre los senadores olvidados de los asuntos públicos, y los abogados desatendiendo los negocios privados, los sacerdotes lejos del culto, las vestales olvidadas del sagrado fuego, atentas sólo á la lucha, siguiendo ansiosas sus peripecias, pidiendo más sangre, como si aquella vista las recreara.

Dentro del coliseo, aun en nuestros días, se experimentan encontradas sensaciones; mirando hacia el sitio en que debía hallarse el pulvinar del Emperador, la vergüenza enrojece nuestro rostro pensando en tanto monstruo como tuvo á su cuidado el gobierno de los destinos del mundo; considerando el lugar reservado á las matronas romanas, nos estremece-mos pensando á lo que llega la mujer cuando se degrada; mirando alrededor, acude á nuestro pensamiento la plebe desenfrenada y corrompida, el olvido de todo respeto, la negación de todo sentimiento. Más de una vez, sentados en lo más alto de aquellas ruinas, pensamos en lo efímero de las grandezas de la tierra y sin querer acudieron á nuestros labios sentidos versos de Jorge Manrique, porque parecían ilustraciones á nuestro pensamiento. De toda aquella pasada grandeza, ¿qué queda? Muros que se desmoronan, sillares desajustados en cuyas grietas crecen hierbas silvestres ó anidan nocturnas aves, polvo que los siglos han aglomerado, y acá ó allá, como protestando, un capitel mutilado, un pedazo de friso con una inscripción truncada; en vez de guardia pretoriana, centinelas modernos; en vez de espectadores turbulentos que esperan la salida de las fieras ó de los gladiadores, tranquilos viajeros que con la guía en una mano y los

lentes en la otra, esperan comprobar si es cierto lo que los historiadores han dicho.

Es cierto, sí; los clásicos latinos han dejado en sus obras material bastante, no sólo para reconstruir los edificios, sino para dar vida á las instituciones, cualesquiera que éstas sean. Los arqueólogos han trabajado sin descanso, y gracias á ellos podemos saber cuándo, cómo y por qué motivos se celebraban los juegos, en qué consistían, cuál era la disposición del circo y dónde se hallaban las terribles puertas libitina y sandapilaria; Suetonio, Dion y Tácito nos dicen el lugar preciso que ocupaban los caballeros, las vestales y los sacerdotes; conocemos el sitio que tenían las cárceles en que estaban los animales, y dónde se hallaban los infelices condenados á los más cruentos suplicios; podemos figurarnos un grupo de bestiarios con sus trajes y sus armas, y acuden á nuestra mente, como si fuera un cosmorama, el retiario ceñido con el sublicagulo, armado del terrible tridente y embrazando la traidora red; vemos el mirmillón con su deforme casco, los sannitas con la pierna izquierda cubierta por la ocrea, los tracios con sus escudos cuadrados, y por entre ellos, dispuestos á infligirles vergonzosos castigos si no luchan denodadamente, los lanistas armados de varas, y más allá los esclavos del circo con agudos garfios de hierro, para arrastrar al espoliario cadáveres mutilados y deformes que poco después serían conducidos por esclavos criminales y enterrados más allá de la puerta Esquilina, sin que los acompañara nadie y sin que nadie supiera ni quiénes eran ni de dónde habían venido, á menos que no se hubieran hecho célebres por sus maldades.

Estos conocimientos sumarios, apreciados de una manera más profunda, han servido para que reputados artistas se inspiren en ellos y realicen obras de arte de indisputable mérito. No han creado nada porque todo estaba creado, se han limitado á poner sus grandes facultades artísticas al servicio de la arqueología y de la historia. Gerome y Luna no han hecho otra cosa cuando en todo ó en parte han considerado el coliseo y las fiestas que en él se celebraban, desde el punto de vista pagano, que es sin duda su lado más esplendente.

Escrita por Dezobry la admirable obra *Roma en el siglo de Augusto*, el trabajo de los citados artistas era puramente técnico; sus cuadros parecen ilustraciones para algunos capítulos de ella.

Dos lictores con las haces, pero sin hachas; tubicinos y cornicinos tañendo sus instrumentos, un lanista con su larga túnica y corta capa; esclavos públicos llevando palmas y coronas para los vencedores; el munerator sobre el carro, y por fin, los gladiadores con sus escudos y cascos; he aquí la cuadrilla, como diríamos hoy, cuando entraba en el circo, y al par que dejar ver cuanto se ofrecía al pueblo, se dirigía á saludar al Emperador. Esta descripción, que casi copiamos á la letra, es sin duda el fondo del cuadro de Gerome, *Ave Cesar imperator, morituri te salutant*, por más que para su complemento el artista haya tenido que añadir algunos detalles, que embellecen su obra, pero que le hacen faltar á la verdad arqueológico-histórica. De tanto efecto como el anterior es el que tituló *Police verso*: por fondo del cuadro la majestad del antiguo circo, sus mil bellezas y adornos, el amotinado público, el brillante pulvinar donde parece sumido el repugnante Vitelio; en el primer término, el soberbio retiario que habiendo logrado derribar á su antagonista, espera una señal para dejarlo con vida ó para rematar la que ya se escapa por las anchas heridas que le abrió el tridente. Hermoso cuadro desde todos puntos de vista, adolece, sin embargo, de un defecto; no hay en él originalidad, no hay creación, porque todo ello está ya en Dezobry, tan bien expuesto, que parecen cuadros con luz y color.

Lo que decimos de Gerome podemos decirlo de Luna, sin compararlos como pintores. Visto su cuadro, hemos recordado aquella descripción que hace el citado autor en su carta 95. «Al hallarme casi al nivel del suelo, hirieron mi oído sordos lamentos; uno que pasaba cerca de mí, al verme atento, dijo: «Esos son los ecos del espoliario.» Seguí bajando sin adivinar el sentido de aquella observación, y guiado por el ruido avancé bajo las bóvedas que sostienen las gradas inferiores del anfiteatro. Llegué á un vasto local, iluminado solamente por algunas humeantes antorchas y ví una carnicería:

eran los moribundos arrastrados fuera de la arena y á los que acababan de degollar. Los heridos curables habían sido vendados por médicos especiales y sacados fuera. El destino de los otros vencidos se cumplía allí, y jóvenes, aprendices del oficio, eran los ejecutores: de este modo se les preparaba á verter sangre en los combates á que estaban destinados. Esclavos públicos arrojaban los cadáveres en literas libitina-rias, etc...» Se ve, pues, que una misma ha sido la fuente de conocimientos de ambos pintores, y sus obras, por grandes que sean sus méritos, no pueden señalarse como creaciones.

El coliseo, el antiguo anfiteatro Flavio, puede ser objeto de inspiración desde muchos otros puntos de vista: no siempre desde aquellas gradas contempló el pueblo luchas de gladiadores, ni vió correr únicamente caballos y carros; no siempre aquella arena fué regada por sangre de criminales, ni sobre ella se vieron mutilados restos de esclavos fugitivos, muertos dolorosamente pagando con la vida justificada falta y sufriendo doblemente al ver cómo de su martirio se hacía un espectáculo y cómo su agonía era divertimento de aquellos, que no considerándolos como hombres, no comprenderían siquiera que pudiera sufrir. El anfiteatro que se derrumbaba va unido á unos grandes y elevados recuerdos para nosotros, y considerándolo al través del tiempo, se llega á una época cuya memoria hace que pisemos con respeto aquella tierra, que cubre la más profunda empapada con la sangre de los mártires cristianos. Inspirados en purísimas doctrinas que han servido para redimir al linaje humano, hubo muchos que abandonaron las antiguas creencias, manifestaron su desprecio á los ídolos del paganismo y volvieron los ojos al Dios de verdad. Esto constituía un delito y fué perseguido con una saña cruel que se comprende: mucho después, fuerte la Iglesia, tan perseguida entonces, no ha hecho otra cosa con los que han negado sus dogmas y con los que han dejado de acatar sus principios. Los criminales servían para divertir al pueblo, y considerados los infelices cristianos como malhechores de los más indignos, fueron aplicados á tan vil objeto: el anfiteatro sirvió entonces perfectamente; dentro la candente arena donde las fieras hacían pedazos á los infelices

maltratados por aterradores tormentos: fuera los cubículos, los lugares de inmunda prostitución á que eran condenadas las vírgenes cristianas, á fin de hacerlas morir más por el dolor del alma que por el tormento del cuerpo.

El martirio de los santos ha servido de asunto á muchos cuadros; la profanación de las Vírgenes daría mil asuntos de los que creemos no se ha tratado ninguno, y todo ello tiene por campo el coliseo, el monumento que apenas se siente herido por el rayo.

Considerando muchas veces las amarguras de aquellos infelices cuya inquebrantable fe les ha valido eterna gloria, hemos rehecho el cuadro dentro de la época cristiana, recordando las brillantes descripciones que el nada modesto Chateaubriand dejó en sus *Mártires*. La costumbre de dar en la víspera de su ejecución todo cuanto desea al condenado á muerte, es bien antigua: los romanos lo hicieron ya con los reos que habían de morir víctimas de sus crímenes ó de sus creencias religiosas, según acreditan las actas del martirio de las santas Perpetua y Felicitas. Aquella cena llamada de libertad, constituía la primera escena de un drama terrible: maltratados por tormentos, acongojados por un constante sufrir, apoyados los unos en los otros, aparecían en el fúnebre trichino, donde á la vista de los feroces legionarios que los guardaban, el bárbaro pueblo los escarnece brutalmente. Un día después eran conducidos al circo, y aquella multitud, ebria de sangre, gozaba viendo cómo los devoraban las sangrientas fieras. Los sentimientos cristianos han sido superiores á todo temor; aquel pueblo romano que había llegado ya al último período de la decadencia, gozaba con lo salvaje, sin que nadie se atreviera á censurarlo. Tal acción, que desde luego acredita un sin igual valor, estaba reservada á un infeliz anacoreta cristiano, que allá en Oriente se había estremecido más de una vez oyendo el relato de tan fieras luchas. Decidióse á dar su vida por evitarlas, y un día, dispuestos los gladiadores y entusiasmado el pueblo, lanzóse á la arena el infeliz Almaquio, quebrantado por los años y por la penitencia, y procuró separar á los dispuestos á morir. Risas, clamores, imprecaciones y aullidos poblaron

los aires, y el pueblo, ciego de furor, pidió la muerte de aquel temerario que, llevado de una punible locura, quería privarles del más refinado de sus placeres. Almaquío fué hecho pedazos; sirvió también de víctima propiciatoria, y fué la última: su sangre cayó sobre la mucha vertida, y esta escena ha sido también llevada al lienzo.

Teniendo por campo de acción el coliseo y por asunto los hechos realizados allí, podía parecer que no quedaba nada que hacer; mas hay que contar siempre con las manifestaciones del genio para renovarlo todo; hay que tener presente que las imaginaciones poderosas, no sólo conciben grandes sueños, sino que bastan para darles plástica representación en la esfera del arte. A nuestro modo de ver, esto es lo que ha hecho quien ya no tiene necesidad de nuevas obras: probar su talento. Luchando con todas las contrariedades del que empieza solo y tiene que seguir sin ayuda ni compañía, sin pensión de ningún género y sin ninguna clase de subsidio, José Benlliure vino á Roma para pintar; pues ya desde antes sabía hacerlo. Discípulo de la escuela valenciana, sigue sus tradiciones sin exagerarlas, y su modestia es tan grande, que con las innovaciones que aporta para armonizar lo técnico con las necesidades modernas, no aspira á crear escuela ni sueña con perpetuarse más que con lo que deje hecho. Correcto en el dibujo, ve en el espacio las curvas tales como son, sin que le seduzcan alteraciones que tal vez causaran efecto, pero que resultan errores dentro de la realidad pictórica; apreciando la luz debidamente, ve el color de una manera admirable, y sobrio en tonos, no pretende cubrir defectos con mentida riqueza de paleta, ni se inclina á presentar á Tiépolo como maestro, para hallar disculpa á la luz eléctrica con que algunos iluminan sus cuadros. Hasta ahora, Pepe Benlliure, como democráticamente lo llamamos, había pintado *género*, y pueden citarse cuadros suyos que son verdaderas joyas: dejemos el análisis de este admirable conjunto para ocasión no lejana, y nos concretaremos á lo que es hoy objeto principal de nuestro pobre trabajo.

Las facultades creadoras de Benlliure viviendo en Roma no podían concretarse á reproducción de escenas de la vida

privada, por más que en éstas haya sabido probar la verdad de su genio: en esta tierra, donde á cada paso se tropiezan con recuerdos de grandeza, aquí donde las ruinas hablan en coro, el verdadero artista tiene que encontrar motivos de inspiración, escenas que reconstruir, y aún podemos decir más, concepciones que adivinar. La luz y el color ilustrando la historia, crean cuadros en los que se advierte grandeza; pero en tales casos nuestra admiración se divide por igual entre lo representado, que aun sin serlo, tiene y tendrá siempre un valor real, y la manera de ejecutarlo. La luz y el color al servicio de la leyenda da cuantos méritos puedan apetecerse; pues hay que crearlo y ejecutarlo todo, más aún si al par que autor del cuadro, se es también de la leyenda que forma su fondo.

El coliseo, tal como en la actualidad se encuentra, le ha bastado. Nada hay en la admirable obra pictórica que estudiamos que pueda representar pretensiones arqueológicas que excusen yerros ni estudios de investigación con que algunos se escudan, buscando disculpa á errores de trascendencia. No; Benlliure ha dejado á un lado la realidad desesperante del momento y ha visto sólo la melancólica belleza de aquellos muros medio derruídos, la sencillez severa de aquel colosal libro de piedra, que tantas cosas nos enseña; y para aumentar sus encantos, lo ha iluminado con la suave luz de la luna, tan engendradora de misterios, ensueños y vaguedades. Esta es la escena, el interior del anfiteatro Flavio, tal como ahora se encuentra, ó sea, lo mismo que lo dejaron aquellos peores que bárbaros, que lo convirtieron en cantera, para sacar macizos sillares y elevar sus palacios. Considerando así el monumento, se presta á grandes creaciones, y la de Benlliure entra en este número. Una noche, el último mártir sacrificado allí, deja el reposo de la tumba, cobra nuevamente forma su despedazado cuerpo, y en el centro de la tela, revestido con el tosco sayo de los anacoretas, empuñando el signo de nuestra redención, extraviada la mirada como si viera algo sobrenatural, algo apocalíptico, hijo de su vida ascética, entona un canto que debe ser lúgubre, y á sus ecos, los espíritus, que gozan ya de la inefable dicha del

cielo, dejan su reposo, toman nuevamente sus formas delezna- bles y hacen coro al miserere gigantesco. Alrededor de San Almaquio se ve un grupo que seduce y encanta; cuando se ha visto una vez, parece que siempre se tiene ante la vista: son frailes de las órdenes mendicantes, mal cubiertos con sus sayales, que, dando luz al conjunto con las velas que llevan encendidas, giran cantando en actitud contrita, en tanto que con los ojos elevados al cielo piden misericordia para todos aquellos que murieron allí; es tan grande y tan sublime la actitud, que parecen orar, no sólo por las víctimas, sino también por los verdugos; lo mismo por los que murieron por sus crímenes, que por los que sufrieron tormento por sus virtudes.

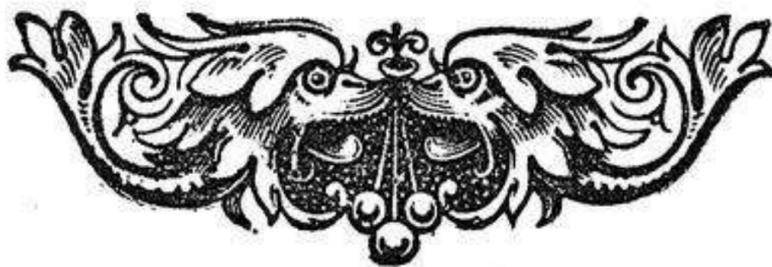
La unidad en este cuadro es perfecta, lo mismo que la del mar, apesar de las quebraduras de sus ondas: el grupo central es un detalle que forma el primer término; pero perfecta y debidamente enlazado con todos los demás, es una sucesión perfecta del que ocupa la izquierda poblada de ángeles y vírgenes en seráfica actitud, y continúa el de la derecha, donde se ven vigorosamente acusados monjas y penitentes; abarca el cuadro desde el cielo á la tierra; se ven desde los ángeles que vienen, hasta los muertos que dejan las tumbas, todo admirablemente estudiado, comprendido y dispuesto. Más de una y más de diez veces hemos contemplado esta obra admirable con verdadero arrobamiento, y siempre ha producido en nosotros el mismo efecto, algo que nos ajena de la tierra, que nos eleva á una esfera superior, donde el sentimiento religioso no es mentido, y se ora por los muertos y por los vivos, sin esperar retribución ninguna y sin que nos halague ser contemplado por nadie. La de Benlliure es una obra que nos separa de la tierra, es un cuadro de puro espíritu, y no solamente tiene luz y color, sino también atmósfera y se le hallan ecos. Cuando se le contempla mucho tiempo y se pierde uno en las vaguedades de su horizonte, los reflejos solares desaparecen y dan sobre nuestras pupilas las mortecinas luces de aquellas velas; callan todos los ruidos, y en los ángulos del estudio parecen repercutir las mil voces que suenan en el cuadro entonando el memorable salmo de David ó el misterioso *Dies irae*.

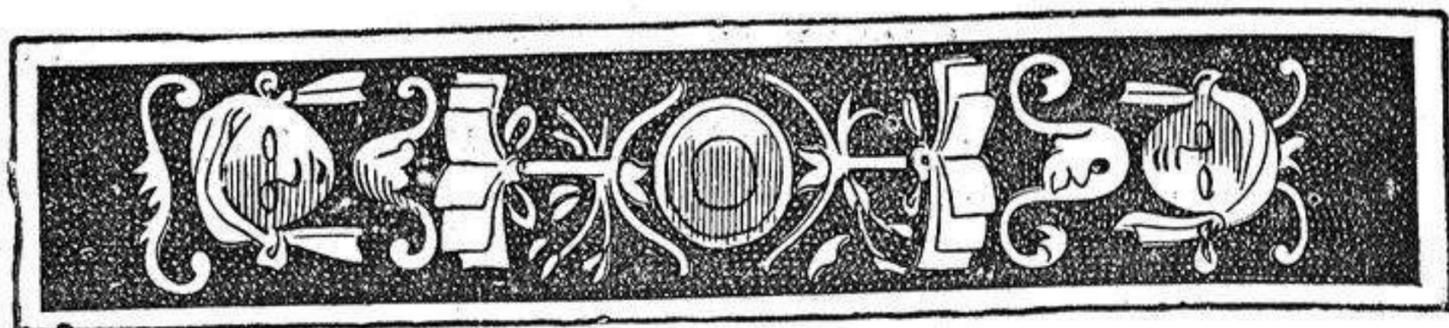
La perfecta relación que debe existir entre el sujeto y la manera de presentarlo, está estudiada y perfectamente comprendida; las agitaciones de nuestro cerebro en los sueños, no son determinadas y precisas; lo que se ve en el espacio con los ojos cerrados no es acusado; los contornos no se delinean con vigor, y el artista ha tenido presente todo esto. El cuadro resulta con el misterio que debe tener; las líneas del contorno están veladas por amplios y flotantes ropajes, y toda la obra permanece en una misteriosa penumbra, que aumenta los encantos; resaltan toques vigorosísimos armonizados de una manera encantadora y toda la factura responde á la concepción. Todo es vago é indeciso, sin que pueda decirse que es una obra mística; cae en el campo de lo fantástico, de tal modo, que no nos sume en metafísicas y alambicadas consideraciones, sino que nos eleva y enardece. Producto de la inspiración del autor, el cuadro de que hablamos no tiene época; la acción desarrollada en él puede ser lo mismo del siglo XIII, que de la tarde anterior al día en que comenzó á pintarlo.

¿En la historia del arte, este cuadro tiene precedente? En verdad que no; la obra de Benlliure es perfectamente original. Casi todos los pintores de la escuela mística se inspiraron en las ideas de la Edad Media, y de aquí una grandísima estrechez de miras, y una limitación de horizontes cuyo resultado es que sus cielos parezcan reducidas salas, sus coros de santos y de ángeles, grupos de personas dispuestas á rigurosa revista. Cuando después del siglo XIII se hizo general el conocimiento de la obra de Dante, todos los artistas parecían copiar el fantástico, cuanto grande poeta, y ecos de la Divina Comedia son los cuadros de Fra Angélico, Signarelli, Orgagna y los demás que posteriormente siguen sus huellas. A Benlliure no se puede dar más fuente de inspiración que su propio genio; él conocerá sin duda el grito potentísimo de Exequiel *Audite verva dominum* y habrá estudiado en la historia las angustias de la humanidad en el Milenario; habrá visto escenas del juicio universal, desde la que adorna el medio punto de la puerta principal de Notre Dame, hasta la que decora el muro de la Sixtina; habrá leído la Divina

Comedia, y gozado con las dichas del Paraíso, y sufrido con los temores del Infierno; pero todo esto que indudablemente son materiales, no se advierten en su obra; el cuadro á que no sabemos que título dar, es un poema pintado, es un canto de creencias puras elevado á Dios con la luz y con el color, y si en la vida del artista marca una nueva faz, en la historia del arte español forma un capítulo, capítulo de glorias para España y de regocijo para los que amamos las grandezas de la patria.

A. FERNÁNDEZ MERINO.





## UNA CARTA DE ENHORABUENA

---

SR. D. UBALDO ROMERO QUIÑONES



¡Querido amigo: He leído su libro, titulado *¿Qué hay?* y comienzo por confesar á V. que no me hallo con las condiciones necesarias para poder juzgarlo; y tanto es esto así, que el año anteúltimo se discutió en la sección de Ciencias naturales del Ateneo la cuestión de las cuestiones, la cuestión que palpita en todas las páginas de su citado libro, á saber: la cuestión de la inmortalidad del espíritu individual, y no me atreví á tomar parte en estos debates, porque la *creencia* no es ni puede ser un *principio científico*; y yo en esta materia *creo*, pero no sé contestar satisfactoriamente á los razonamientos de los que no creen.

Ya sabe V., amigo mío, que yo, como casi todos los españoles, soy aficionado á hacer versos, y en una composición, *más ó menos poética*, á que titulé *Dilema*, después de pintar la insoluble contradicción que existe entre la innegable realidad de las humanas desventuras y la bondad absoluta de Dios, terminé diciendo:

Pero si la sepultura  
Es cuna de eterna vida

Donde brilla la luz pura  
Que acaso está oscurecida  
Por la carnal vestidura:

Entonces podrá la mente  
Ver la verdad infinita,  
Saciando el afán ardiente  
Que de continuo la excita  
En esta vida presente.

Y deduzco en conclusión  
Que si el morir *no es morir*,  
Podré hallar explicación  
A este continuo gemir  
Que hoy conturba mi razón.

Así de la ciencia humana  
Desdeño las ilusiones,  
Que la verdad soberana,  
En sus últimas razones  
Será siempre ultra-mundana.

Y este dilema planteo  
Que resume mi creencia:  
O es eterna mi existencia,  
O todo cuanto sé y veo  
Es humo, sombra, apariencia.

Si como sostiene el positivismo dogmático, un núcleo primitivo da origen á un sér individual, ya se llame astro ó planta, bestia ú hombre, y este sér individual nace, crece, se desenvuelve, decae y, por último, muere, no quedando nada después de su muerte de aquel principio de *individuación* que le diferenciaba de todos los demás seres; si la existencia del individuo humano se reduce al breve espacio que media entre su cuna y su sepulcro, el hombre no es un *mono perfeccionado*, el hombre no es el límite superior de la escala zoológica, el hombre, en realidad, es un *mono degenerado*. Nada más absurdo que crear un sér con aspiraciones á lo eterno y á lo perfecto, cuando su vida, comparada con la eternidad, es infinitamente más corta que la duración de un instante, y cuando la imperfección es el carácter permanente de todas sus

obras y aun de todos sus pensamientos; tanto, que podría definirse la perfección diciendo que es lo contrario de toda la realidad humanamente conocida.

Repetiré en prosa lo que antes dije en verso; si la existencia humana no es eterna, todo lo que el hombre sabe y hasta todo lo que ve, se reduce á sombra de sombras y sueño de sueños. ¿Dónde la finalidad de esa creación, nueva tela de Penélope, en que la *vida* forma individuos que la *muerte* deshace, para dar lugar á que se formen otros individuos, destinados también á desaparecer, siendo sustituidos por otros, y así en inacabable sucesión, en círculo infinito, donde llegándose á perder la seguridad de los conceptos de la razón, hay ocasiones en que no se sabe si la muerte es la creadora de la vida ó la vida la creadora de la muerte? Negada la inmortalidad del alma, el hombre es el sér más desdichado de la creación, porque todas las altas calidades que le distinguen de los demás seres individuales se convierten en su daño. Su conciencia jamás verá satisfecho su anhelo de absoluta justicia, y su razón sabe que en este bajo mundo jamás podrá alcanzar la verdad infinita.

Sí, amigo Quiñones, su libro de V. es un acto de valor moral, y á la vez una buena obra. Un acto de valor, porque hoy, cuando aun está subiendo la marea del dogmatismo positivista, levanta V. la bandera de las creencias en los ideales de la verdad absoluta en la ciencia, y de la moral en la vida; únicos principios que pueden salvar á las naciones europeas de una decadencia semejante á la que produjo la muerte de la civilización oriental y de la greco-romana.

También es una buena obra el libro de V., porque todos sus razonamientos tienen una tendencia marcada á vigorizar la creencia de los inmortales destinos de los seres humanos; y la verdad es que si esta creencia fuese falsa, la vida sería un sarcasmo de la naturaleza, quizá *la pesadilla de una divinidad enferma*, como dice Ernesto Renan.

Lo afirmé al principio de esta carta, y ahora al final de ella vuelvo á afirmarlo; la inmortalidad del alma es la cuestión de las cuestiones; se podría decir que es la cuestión en que se resume todo lo más esencial de la religión y de la filosofía;

Porque si muere el alma con el cuerpo,  
La creación es farsa ó es tragedia;  
Algo tan despreciable ó tan horrible,  
Que proclama del Mal la omnipotencia.

Perdone V. que por segunda vez haya citado versos míos; pero ya que mis composiciones poéticas valgan tan poco que nadie se acuerde de ellas, bueno será que su propio autor procure citarlas siempre que se presente la ocasión, para adquirir fama de padre cariñoso, puesto que no puede alcanzarla de esclarecido poeta.

Reciba V., amigo mío, la más cumplida enhorabuena por esa vigorosa defensa de grandes verdades á que V. ha dado el original título de *¿Qué hay?* y V. con sus razonamientos científicos, y yo con mis creencias individuales, procuremos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, no consentir en esa irrupción del positivismo dogmático, que traspasando los límites prudentes del criticismo de Kant y del eterno *incognoscible* de Herbert Spencer, pretende resolver todas las cuestiones filosóficas con hipótesis aún más aventuradas que las síntesis idealistas del ilustre Hegel.

Siempre de V. invariable amigo y afectísimo compañero,

LUIS VIDART.

*Madrid 18 de noviembre de 1885.*





## REVISTA DE TEATROS

---

UMPLIENDO la palabra empeñada al final de nuestra Revista anterior, damos comienzo á la de esta quincena ocupándonos del regio coliseo, en el que, á decir verdad, no bastan los plausibles esfuerzos de la empresa para conseguir un conjunto perfecto en la interpretación de las obras líricas que hasta ahora hemos visto.

Pocas temporadas teatrales han tenido la suerte de reunir en el aristocrático teatro de la Plaza de Oriente una compañía de ópera tan completa y en la que figuren artistas de tanto renombre y tan justa y merecida fama, y si á los que ya han figurado en las obras que se han puesto en escena se añaden los nombres de la Patti, Gayarre y Pandolfini, que están escriturados, resultará un cuadro lírico que rara vez se ha reunido en aquel escenario; pero á pesar de todo, ni en el *Roberto*, *Amlet*, *Capuletti é Montechi*, *Favorita*, *Lohengrin*, *Fausto* y la *Hebrea* la unidad ha sido tan prodigiosa y admirable como era de esperar, notándose una desigualdad en los artistas que desconsuela y sorprende al público esperanzado, con fundamento, de admirar la perfección con que debían haberse desempeñado las obras antes citadas, siendo más triste aún considerar que no puede culparse á la empresa de indi-

erencia, marasmo ó apatía en complacer á sus abonados, sino que, por el contrario, es digna del mayor y más unánime elogio en el decidido empeño que ha demostrado en cumplir á satisfacción de todos, aun de los más exigentes, su difícil misión. El año anterior faltaban tenores; este año, Stagno, Antón y Gayarre suplen con creces aquella falta; en bajos, Uetam, el actor por excelencia, el cantante sublime que crea un personaje con su talento envidiable y honra al arte con su notable escuela y su continuo estudio, y Silvestri que llena muy bien su puesto, reciben las demostraciones entusiastas del público. Kaschman en el *Amlet* y en el *Fausto* supera á nuestras esperanzas, y Pandolfini estamos seguros que reanudará la serie de triunfos que recogió en épocas anteriores.

De la Pasqua nada podemos decir: en la *Favorita* y *Capuletti é Montechi* estuvo á la gran altura á que ha sabido colocarse como inspirada actriz y admirada cantante. ¿Qué es lo que se echa de menos en la escena del primer teatro lírico? Tiples es lo que falta esta vez, pues ni la Gargano, ni la Conte Foroni, ni la Rupfer Berghe llenan, ni con mucho, el inmenso espacio que han dejado en triste orfandad la Teodorini, la Restzké, la Fides de Bries y la Sembrich.

Nosotros, que no escaseamos—porque son merecidos y justos—los elogios al Sr. Michelena, abrigamos la íntima confianza de que subsanará esta falta con el desprendimiento y buen deseo que le honran, y como no le duelen prendas ni el cumplimiento de su penoso cometido, pronto aplaudiremos á alguna prima donna de nota que ocupe el vacío que hoy se advierte, y entonces podrá decir, satisfecho y orgulloso: A ver quién me sustituye.

\* \* \*

Pasando del regio coliseo al popular de la Zarzuela, preciso es confesar—sin reticencias ni ambages—que su empresario y director, Sr. Arderius, coincidiendo con la idea que vertimos en una de nuestras anteriores revistas saliendo por

los fueros de la olvidada zarzuela seria —como él la denomina—verificó la *repressé* de *Los Diamantes de la Corona*, recuerdo de los antiguos y buenos tiempos de este espectáculo, que fué muy bien interpretado por la Soler Difrancó, Millanes, Berges, Loitia, Arcos y Orejón; resultó bellísima la partitura y renovó los aplausos que Camprodón y el maestro Barbieri recogieron cuando en su estreno fué desempeñada á maravilla por los hermanos Difrancó, el tenor Sanz, el bajo Becerra, el barítono Cubero y el popular Caltañazor, que creó el tipo del Conde de Campo Mayor. A esta obra, que bien puede apellidarse *Diamante de la Zarzuela Antigua*, sucedió el tosco y renegrido carbón de la moderna, titulado *Madrid viejo y Madrid Nuevo*, engendro desgraciado de cuatro más desgraciados ingenios cuyos nombres figuran en el cartel, y que nosotros no creemos oportuno trasladar al papel, porque no queremos desvirtuar triunfos antiguos legítimamente adquiridos.

Francos é imparciales en ensalzar lo bueno, debemos serlo también en acentuar lo malo, y como mala lo es superlativamente esta enciclopedia de disparates sin ilación, unión ni ensamble, carente por completo de chiste y exhausta totalmente de cuanto exige una mediana producción dramática.

Se nos asegura, y con razón, que el público que falla ha fallado en su favor llenando el teatro muchas noches, aunque no tantas como el ilusorio optimismo de los autores hubiera deseado; pero esto prueba que el empresario conoce al público y

le habla en necio  
para darle gusto;

y hace muy bien, porque ese es su fin y su objeto, tanto más cuanto que ha probado á llamarle en otro terreno y no ha respondido, quedando exento, á nuestro juicio, de toda responsabilidad; pero los autores, sobre todo los de la letra, no están en el mismo caso, deben salir por su decoro, y si bien van al mismo fin del empresario, éste deja su honor salvo, poniendo la obra, si no con lujo, con inteligencia y gusto, presentando un cuadro precioso como el de la *Caridad*, que

es digno de elogio, y ellos deben salvar el suyo, haciendo comprender que la profesión de autor dramático no es la de un carpintero de chapuzas ni la de un músico de la murga, ni la de un pintor de brocha gorda, sino que exige estudios, meditación, conocimientos de la historia, de las épocas en que se fija la acción y de otras muchas cosas que han olvidado ó han querido olvidar estos señores, reduciendo la profesión que honraron Jovellanos, Moratín, Bretón, Ayala, Ventura de la Vega y otros, á la de copleros ambulantes que venden por dos cuartos sus romances encomiásticos de algún santo, de algún hecho ó de algún criminal notable.

¿Quién les ha dicho á estos señores que la matanza de los frailes sucedió en época en la que se vestía sombrero de medio queso y chupa y redecilla.

De 1834 á 1835, época en que tuvo lugar el tan desdichado acontecimiento, no se vestía así, y si quieren convencerse pueden consultar las *Escenas Matritenses*, del Sr. Mesonero Romano, y *Los españoles pintados por sí mismos*.

¿Quién les ha dicho tampoco que en los principios del siglo actual y fines del pasado, época á que, según el traje que viste el Sr. Arcos, se refiere parte de la acción, cantaba el alguacil la hora, para ponerle en *pendant* con los serenos de los tiempos modernos, y que los caballeros de aquella época, excesivamente mística y ridículamente hipócrita, hacían el amor á la reja y se verificaban los desafíos como en los tiempos de Felipe IV?

Los alcaldes de casa y corte con su ronda de alguaciles, los de barrio, después las patrullas de suizos ó de tropa vigilaban por la noche, y no con mucha fortuna, pues sabidos son los crímenes y asesinatos que se cometían resguardados por la oscuridad y la soledad de las calles, por las que sólo transitaban los vagamundos que eran objeto de leyes, decretos y levas, los hermanos del refugio, con su tradicional ronda de pan y huevo, y los del Pecado Mortal, entonando sus conocidas saetillas, á veces tan intencionadas como la siguiente:

Si los santos aprendieron  
oficio zapateril,

fué porque no hallaron otro que fuera tan bajo y vil.

Los alguaciles ú *oficio de cerbatana*, como los llamaba un escritor satírico de aquellos tiempos, no cantaban.

Se nos dirá que se ha querido reasumir varias épocas en una, para ponerla en parangón con la actual, cosa fácil á nuestro juicio de llevar á cabo, con haber designado con los trajes que se quería presentar ó pretenden aludir, como lo ha realizado el Sr. Estrella en el baile del segundo acto, en el que se aproximaban más á la época característica del ataque contra los frailes y el cólera, único punto saliente que fija; la época de la acción contrasta sensiblemente con la en que se supone suceden los acontecimientos.

También son de muy mal gusto las aleluyas chocarreras que explican los modos fantasmagóricos de viajar, y por último, el conjunto resulta un *pout-pourri* de mala estofa y del mal género, que prueba únicamente que los autores mal avenidos y con justicia con el mal gusto, la indiferencia y la imparcialidad del público le dan lo que se merece, y en su obcecación no piensa sostener al autor dramático á la altura en que debía estar, convirtiéndose en inspirador de marrachos, y convirtiendo el teatro en un lamentable y grotesco titirimundi.

La música algo mejor que la letra, pero no mucho, y la interpretación—casi en su mayor parte encomendada á coristas, y no de los buenos—desgraciada, exceptuando á la señora Millanes y á los Sres Bosch y Arcos.

\*  
\* \*

Siguiendo en el terreno de los teatros líricos, nos es forzoso confesar que nada podemos decir del *Corazón y la mano*, zarzuela, ó como quiera llamarse, estrenada en el Circo de Price, arreglada á la escena española por los Sres. Tormo y Vidal, con música de Lecoq, porque no la hemos visto, en razón á que esa empresa nos invita sólo cuando hacen los

*Mosqueteros Grises*, y como no quita lo cortés á lo valiente, diremos que dicha obra obtiene una esmerada interpretación por todos los artistas que componen el cuadro, el mejor de los que han actuado en ese teatro.

\*  
\* \*

Tres estrenos hemos visto durante la última quincena en los teatros de Novedades, Apolo—cuya empresa anuncia la traslación de su compañía al de la Comedia, cuya clausura hemos sentido por los actores que allí actuaban—y en el de la Princesa; en ninguno de los tres sobresale la inspiración y el génio de los autores contemporáneos, que se han limitado, como ya tienen por costumbre, á traducir obras del repertorio francés.

*Teresa Raquín*, del novelista Zola, arreglada, ó más bien, desarreglada á la escena española por D. Hermenegildo Giner de los Ríos, fué la primera que vió la luz en el popular teatro de la Plazuela de la Cebada. Expresado su argumento, truncados sus caracteres y vertida á nuestro idioma con temblorosa mano y temor manifiesto, la obra en cuestión es un glóbulo homeopático del original francés, y más vale así, pues no sabemos hasta qué punto puede hallarse dispuesto el público á recibir tan fuerte alimento, propenso como siempre lo ha sido á recibir bien todos los horrores que puedan surgir en la vida real ó los imaginados por la inspiración del poeta, siempre que se presenten vestidos de la fantasía poética ó de una trama que, aunque mal urdida, interese, ó de situaciones culminantes que conmuevan y sorprendan, ó de episodios que exciten el entusiasmo y la admiración, ó de personajes, por último, que vivan más en la imaginación que en la realidad, como lo prueban los dramas de Bucharday, Dumas, Sué, Paul Feval, Sanit-Ives y Fontán, que en época no muy lejana fueron pasto de las plumas de Grimaldi, Coll, Valladares y Saavedra, Donceil, Lalama, además de otros que, sin decir ni mucho menos que fueran aceptables,

lograban acudiera el público en grandes masas á los teatros de la Cruz, del Instituto, los Basilio y aun al del Príncipe.

Zola, por el contrario, no endulza el veneno, le presenta en toda su deformidad, y á semejanza del disector que operando sobre un cadáver tiene decidido empeño en mostrar á sus discípulos, no la parte sana del cuerpo humano, sino la podrida y nauseabunda, así el decantado autor de *Nana* y de *Le Asommoir* presenta las llagas más repulsivas y asquerosas del cuerpo social, sin que el ingenio, el talento, ni aun la cortesía trate de suavizarlas, aspirando á ser, no el maestro que corrige y enseña, sino el verdugo que muchas veces es más delincuente que la víctima, presentando al pueblo la cabeza del reo acabada de desprenderse del cuerpo, denunciándole con mal insultante sarcasmo. «No te horrorices ni te espantes, este es el castigo de la falta, esto es lo que has venido á ver en son de algazara y romería, abandonando tus deberes y tus obligaciones; veremos si este espectáculo que te amedrenta sirve para tu escarmiento,» y... efectivamente, á los pocos días se repite el mismo lúgubre y terrorífico acontecimiento, y el público vuelve á presenciarle tan satisfecho; la estadística criminal aumenta y el patíbulo sigue ejerciendo sus terribles funciones.

El proceso de *Teresa Raquin*, desfigurado y no bien interpretado, ha vivido en la escena, y el público, ganoso de rendir culto á la literatura naturalista ingerida en una opinión política, ha acudido como fiel cumplidor de uno de los preceptos de esos ideales que no entiende, y al terminar el drama, dadas las condiciones del arreglo, ni le habrá entrado frío ni calor; pero la intención del autor, sea cual fuere, habrá quedado en pie.

En el desempeño rayó á grande altura la Sra. Hijosa.

Prueba eficiente de lo que antes indicábamos; esto es, de que el público, y aun lo que se conoce con la denominación de pueblo, sigue constante y firme en sus antiguas tradiciones, y gusta de sucesos dramáticos como *La huérfana de Bruselas*, *La berlina del emigrado*, *La Cámara roja*, *Los pobres* y *El trapero de Madrid* y *La vuelta de presidio*, *Candelas* y otros del mismo género, y la asiduidad con que acude al

Teatro de Apolo, donde se ha puesto en escena el drama que lleva el título de *El soldado de San Marcial*.

Arreglado de una obra en francés que lleva por título *Una causa célebre* y se ha representado este verano en París ha traído á nuestra escena, y muy bien por cierto, por los Sres. D. Valentín Gómez y D. Félix Llana.

Tiene todas las condiciones del verdadero melodrama, interesa vivamente al público, desde las primeras escenas, que sin pestañear y ávido de llegar al desenlace, sigue paso á paso las desgracias y penalidades de veterano que acusado injustamente de asesino por su hija, es condenado á presidio; de él sale éste después de extinguida su condena, encuentra á su hija á la luz de un acto de santa caridad y recobra su honor, que le devuelve el que asesinó á su mujer, robó unos títulos que en depósito le dejara un día un moribundo, y se presenta triunfante la honradez y la inocencia del soldado que en la batalla de San Marcial demostró su valor y su arrojo.

Este breve relato da á conocer lo que es el drama y su carácter distintivo, tan en armonía con nuestro afán de recibir en el teatro emociones fuertes y agradables á la par, é hijo de nuestras aún arraigadas ideas románticas, que nos obligan á aceptar las cosas adornadas de un tinte dulce que nos seduzca y penetre en nuestra imaginación, que, de pecar de algo, peca más de idealista que de materialista, y en otra ocasión, que no faltará, lo probaremos.

Algunos han calificado el drama, porque acaba bien, de anticuado, lamentando sin duda que el protagonista no se cebara, puñal en mano, en el que causó su desgracia, en su hija que le acusó, en el jefe que le condenó y en algún espectador si estaba á mano.

Todos los actores del escogido cuadro que funciona en Apolo, el único igual con que hoy contamos, y que tomó parte en el desempeño de la obra, estuvieron muy acertados y muy bien, en especial el Sr. Mata, que tuvo una ovación y dió á conocer que el drama es su género favorito, y Domingo García, que cada vez gusta más.

\*  
\*\*

En el Teatro de la Princesa hemos visto el drama titulado *Dora*, escrito en francés por Victoriano Sardou, y concienzudamente arreglado á nuestra escena por Javier Santero. Dicho señor ha comprendido su misión y conseguido convertir la obra francesa en española, condición que no reúnen todos los que á traducir se dedican, produciendo el fatal contraste, del que ya nos hemos lamentado, de ver personajes franceses hablando en castellano, insensata ridiculez en la que no ha caído el Sr. Santero, que esta vez, permítasenos la frase, se ha sentado para escribir y ha escrito bien, como siempre que quiere ó sus *ocupaciones* se lo permiten, y subrayamos la palabra, porque nosotros deseáramos que el autor fuera solamente autor, por más que á primera vista parece imposible.

Nada diremos de la obra ya conocida entre nosotros, y en la que hemos aplaudido á la Sara Bernard, á la Marini, y últimamente á la Glesh; pero sí diremos que la interpretación fué un verdadero prodigio, y decimos prodigio, porque atendida la desigual compañía que dirige el Sr. Mario, no pudo dar más relieve á la obra.

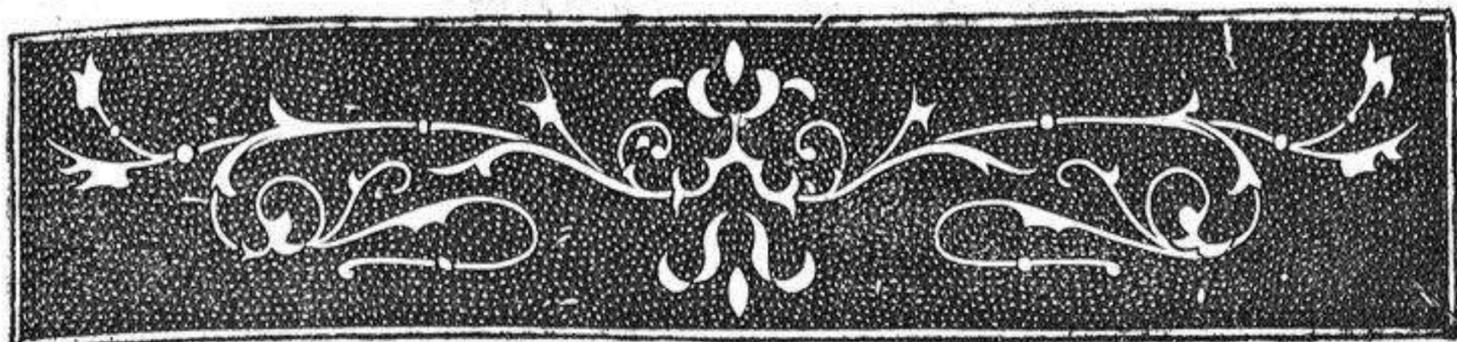
La Mendoza Tenorio creó el personaje de Dora, y si no inspiró, estuvo á la altura de las actrices antes mencionadas y salió airoso de su difícil empresa.

Cepillo, admirable; sentimiento, verdad inteligencia, inspiración y talento, todo lo reúne; no es el actor que grita, es el actor que siente, comprende y se identifica con el personaje que representa. Mario muy bien, acertado y discreto Sánchez de León, venciendo dificultades y no desmereciendo de los dos primeros.

La escena del tercer acto excede á toda ponderación.

De los demás teatros nos ocuparemos en la próxima quincena.

RAMIRO.



## ESCARAMUZAS

CONTINUACIÓN (I)



tal fué, aun entonces, el temor que asaltó á doña Luisa sobre si aquellos excesos en la comida podrían perjudicar á sus jóvenes amigos, que por un movimiento de espontáneo desinterés y abnegación, se sirvió antes que nadie tan abundante porción, que pudo quedar tranquila al hacer, á ojo, la división de lo que quedaba entre los otros compartícipes y María, entregada por entonces obstinadamente á la más desabrida y negra melancolía.

Pero á todo esto, Mercedes faltaba, y esta falta era *de lo más criminal*. Bien lo probaron las consecuencias en forma de queso que trajo robado de la quesería. ¡Sí, robado! Porque el ínclito José, al ver pelar la barba del vecino, puso la suya á remojo, es decir, guardóse la llave de la quesería. ¡Pero, ni por esas! Dios nos libre—dicen por acá—de un mal cristiano, de una mala lengua y de un alma cativa.—Y Dios nos libre, añado yo, de unos ojos curiosos. Los de Mercedes lo fueron hasta el punto de escudriñar los más recónditos repliegues de los bolsillos de José, y mientras éste, muy ufa-

(I) Véase la pág. 88 de este tomo.

no, estaba fregando en la cocina, la lista muchacha se coló en el guarda-ropa del sirviente, bonitamente extrajo la llave y robó el queso. A pedazos se lo repartieron aquellos salvajes. La pobre doña Luisa se subió con su plato de huevos molles á lo alto de la escalera del Bienteveo, desde donde pudo perder de vista las cosas de la tierra y poner al cielo por único testigo de sus disgustos y tribulaciones.

Aquietados los ánimos por este ejemplo, y siguiéndolo las personas, fueron viniendo á colocarse todos en los distintos peldaños de la misma escalera, donde se comió pacíficamente el rico manjar. Y era cosa de ver, á cierta distancia, la figura que hacía el grupo aéreo en el paisaje abierto que tiene por fondo el azulado mar.

## CAPÍTULO VI

María Cassal los vió de esta manera al volver de su paseo favorito, que era la playa de Bastiagueiro, y apesar de sus preocupaciones, no pudo menos de quedarse sorprendida y con cara risueña; pero pronto, cediendo á lo que sus pensamientos tenían de exigente en su acritud, exclamó dirigiéndose á doña Luisa:

—Mujer, alabo la placidez de tu humor, que te permite divertirse con estas tonterías; se conoce que no te preocupan las penas. ¡Dichosa tú!

—¡Pobre criatura!—pensaba la aludida.—¡Quiera Dios que no llegues tú á saber lo que son esas penas que luego nos dejan enseñados para no desperdiciar, cuando se abre á nuestro alcance, el aroma de la flor de la alegría!—Pero se guardó muy bien de formular su pensamiento, y al cabo de un rato, sin abandonar su sonrisa benévola y algo triste, exclamó:

—¿Quieres venir con nosotros al monte del Sino?

—¡Ave María Purísima! ¿en qué hemisferio está eso?—preguntó Alfredo haciéndose el asustado.

Y como no recibiera contestación y notara las instancias que doña Luisa hacía á la esquiva compañera para atraerla al partido de la expedición, empezó á perorar desde el pasamano del Bienteveo poco más ó menos en los siguientes términos:

—¡Señora! No sea V. tiesa ni encopetada y dígnese bajar de las esferas sublimes de la contemplación para mezclarse en estas cosas prosaicas de huevo y azúcar y tome la prueba de este dulce manjar y véngase luego con nosotros á ese monte del Sino, que ya verá poco á poco cómo la vamos humanizando. Vergüenza sería para los aquí presentes que no pudiésemos hacer la conquista de una señora tan lista—y cuadra en verso,—y en suma, si V. no viene, yo me niego á ir á ese sitio que no sé dónde es y no me inspira confianza ninguna.

Para entonces habían bajado las muchachas y añadían sus instancias á las del orador, por todo lo cual María cedió con muy buena gracia y se decidió á seguir la suerte de la expedición.

Y en verdad que no era desacertada la determinación de doña Luisa. Hecho el cálculo de horas que separaba aquella merienda de la cena, todas las probabilidades estaban en favor de una catástrofe, ya fuese en forma de empacho ó de cólico, si no se ayudaba al estómago con un suplemento de trabajo corporal.

La proposición fué, pues, bien recibida. Algo asustaba á Mercedes la perspectiva de aquella ascensión, pero en la evaporación actual de sus facultades mentales no se fijó en nada. Aquello era una cosa nueva que se prestaba á la risa y al movimiento y nada más.

Alfredo y Clotilde no conocían la topografía local; y en cuanto á María, lo que á ella le estorbaba siempre era la gente, que encontraba imposible y estúpida; pero el espectáculo de la naturaleza muda que prestaba fondo á su figura, espacio á los vuelos de su imaginación, luz á sus sueños y color á sus ideales, la encantaba.

El paisaje que rodea la iglesia de Lains es muy severo.

Entre ella y las rientes y graciosas agrupaciones de casas

y árboles, arroyos y praderas que forman marco á la ría del Burgo, se levanta, como impenetrable cortina al Sur, una arboleda colina. Oscuros pinares limitan el horizonte del Este: por el Norte se extienden campos de labradío, y al Oeste sólo se divisa del mar lo que permitan las murallas de la Granja, en primer término, y más allá, los *abeneiros* y *salgueiros* del riachuelo de Pazos.

La iglesia es de buena fábrica, pero sencilla y sin adornos.

Rodéala al Levante amurallado cementerio, y en la parte opuesta, frente á la puerta principal, después de pasar la cancela que cierra el recinto sagrado, hay un atrio ó esplanación suficiente para contener los días de fiesta al pueblo, que se solaza, se ve y se habla mientras espera la misa y un buen ratito después que se ha concluído, y para poder sacar los santos en procesión cuando el culto lo requiere hasta el crucero, colocado ya un poco más alto que la esplanada y lindando con el bosque de la granja.

Conforme se sale del primer recinto de la iglesia, los curiosos y los observadores tienen á la izquierda, á modo de tribuna, una altura tapizada de hierba y sombreada por dos hermosos castaños, que á lo largo de la explanada se extiende hasta el camino del crucero. Allí es donde se venden á pública subasta las ofrendas que dan los devotos á las ánimas benditas. Un hombre, cofrade tal vez, tiene en su mano derecha la gallina ó el par de pollos; el mazo de cerros ó el sabroso lacón; y alarga la puja todo cuanto puede, mientras á sus pies, las mujeres con sus mantillas oscuras y las niñas con sus pañuelos de vivos colores, miran con interés y envidia el resultado de la venta, que da cierta importancia al que la concluye.

Esta elevación de terreno á que hemos dado el nombre de tribuna, es precisamente el arranque del monte del Sino.

No hay sino atravesar la *corredoira* que por la derecha conduce á Montrobe y á la izquierda por empinadísimas cuestas al camino real, para encontrarse ya, subiendo castañar arriba, por el citado monte.

Llévalo en arriendo el cura; paga por él unos quince ferrados, y esto hará conocer que el calificativo, en absoluto es

algo farfantón. Dios sabe entre cuantos propietarios y arrendatarios estará dividido el monte, y con cuantos nombres conocerán sus dueños á cada *bocadito*; pero nosotros estamos ahora en el monte del Sino explotado por el cura, y maldita de Dios la cosa que tenemos que ver con los demás.

—Pero ¿V. á dónde nos lleva, Luisa? Vamos á echar los bofes—decía Alfredo todo sofocado.

—A contemplar una vista deliciosa; ya me dará V. las gracias después.

—Sí, pero me parece que desde aquí ya se ve bastante. Vamos, vayan VV. delante y no vuelvan la cabeza atrás, que voy á.....—y lo dijo con todas sus letras.

Todas se pararon: las muchachas se pusieron como la grana y se retorcían de risa, pero en silencio: la carcajada de doña Luisa fué de las más sonoras.

—Pues es claro—decía Alfredo en descargo de sus franquezas.—¡Yo no me separo de VV. y no he de reventar!

Aprovechando el desarbolado de algunos trozos, había sembrado el cura trigo de roza. Esto variaba el aspecto del suelo en el cual se veían otros cuadrados parecidos cubiertos de plantas de un verde oscuro. Allí había habido trigo el año anterior y la vegetación se notaba muy favorecida.

Extasiada ante uno de aquellos cuadrados y haciendo alarde de sus conocimientos en botánica, exclamó Mercedes:

—¡Ay! Luisa, ¡qué fresal tan bueno!

—Es verdad—asintió Alfredo;—¡y qué cosa tan rara haber fresas aquí!

—Es maravilloso lo que han aprovechado VV. el tiempo que han ido á sus casas de campo—dijo doña Luisa, á quien incomodaba mucho que se pudiese vivir entre plantas y flores sin trabar el menor conocimiento con ellas.

—Pero Luisa, ya no podemos más—dijo Clotilde jadeante y cansada de subir.

Y todos seguían monte arriba con muchísimos menos bríos que los que habían empleado en saquear la casa del cura. De cuando en cuando, Luisa les hacía volverse y les mostraba cómo se iba desenvolviendo á sus pies el panorama. La cortina de oscuros pinos al Oriente, ya no ocultaba para ellos el

paisaje. La carretera de Madrid con todas las construcciones y la vida que desarrolla una gran arteria, serpenteaba hasta que la vista podía distinguir la curva blanca por valles y colinas. Más allá, eminencias coronadas siempre por alguna ermita ó casa de labor, y por todas partes campos verdes y árboles añosos. Las tierras de labor al Norte se alargaban por la izquierda hasta la Agueira y por la derecha hasta las alturas de Meirás. Después la ría de Sada, que aunque no se veía se adivinaba por su embocadura en la peña de la Manola, y desde ésta á Marineda, la vista abrazaba el ancho mar, perdiéndose allá en el horizonte del Oeste.

Era muy bonita la vista, y por esa facultad que tiene lo bello de imponerse á quien sabe sentirlo, nuestros jóvenes bajaron el diapasón y sosegaron las manifestaciones ruidosas y miraron en silencio, y por un momento se encontraron complacidos.

No tardaron mucho en llegar á la meta de la trabajosa excursión. Era esta el punto que domina la ría del Burgo.

Realmente sorprendente se presenta desde allí el paisaje; en primer término á los pies del observador, la aldea de Montrobe con el Pazo del Río. La Choupana á la derecha, que no son más que cuatro casas que parece juegan á las cuatro esquinas. Más abajo la ría con sus orillas llenas de casas, molinos y pesqueras. Luego el ferrocarril. Después otra vez colinas, molinos y casas, y los múltiples tonos con que Dios viste los campos de Galicia.

Era ya casi anochecido. Si el paisaje perdía en la determinación de sus detalles, ganaba en la vaguedad del conjunto. La península en que está construída Marineda, semejaba á estrecho y largo monstruo marino con extrañas prominencias en el cuerpo, y en la cabeza una á modo de cresta con un ojo á veces destellante, á veces amortecido; era la torre del faro; y más allá las aguas del Océano, no ya suaves como en la ría, sino formando en el Orzado cilíndricas, verdosas olas, parecían amenazar, como en efecto lo hacen, á la descuidada población.

La vuelta á casa fué más rápida, como se puede imaginar, que la ida. No dejó, sin embargo, de ofrecer sus peripecias.

Mercedes se había quedado callada y, por lo que se pudo sacar en consecuencia de las explicaciones que daba, apesar de que la temperatura iba enfriando, ella sentía un cierto sudorcillo con algunos síntomas alarmantes más abajo del estómago.

—No se apure V., Mercedes, que yo miraré para Marineda. —Esto decía Alfredo, pero la interesada se irguió con elegancia y dijo que ella no tenía necesidad de nada. Y con esto y con perder y encontrar varias veces el sendero que habían traído, se hallaban muy poco después descansando en el crucero; unos, sentados en las escaleras, y otros, encaramados sobre la mesa de piedra donde descansa la Custodia el día del Corpus; en cuyas posturas, más ó menos ortodoxas, les encontró D. Juan, que en aquel momento desembocaba por la empinada *corredoira* que por el lado de la iglesia conduce la camino real.

## CAPÍTULO VII

Se adelantaba hacia ellos, con su aire desenvuelto, su largo gabán negro, buen alzacuello bordado y sombrero de fieltro. Venía de Marineda, y fué acogido con diferentes exclamaciones y murmullos, sin que en ninguno dominase el temor. Porque D. Juan Fernández y Zadraquez era incapaz de incomodarse por esas cosas, y mucho menos de dejarlo ver. Desprendido, generoso y un tanto derrochador y despilfarrado, si cuidaba de la hacienda, no era ciertamente para atesorar economías, que en su poder el dinero no encontraba oposición alguna á la equitativa ley de rodar.

Quisiera detenerme alguna cosa en esta noticia sobre la manera de ser de D. Juan; lo vale el asunto, pero espero más, para el conocimiento de mis lectores, de lo que él mismo de suyo nos irá diciendo ó dejando ver. Sólo que, como de seguro, de su apostura y facciones no ha de hablarnos, diremos que era gallarda la primera, regulares y bien acusa-

das las segundas; rizado y, aunque en el vigor de la vida, casi blanco el pelo; negros y muy vivos los ojos. Con el uniforme de caballería estaría mejor que de sotana, y de cualquier modo, el fusil al hombro le sentaba mejor que el báculo pastoral.

—¡Buena la ha hecho V. con marcharse hoy á Marineda! —dijo doña Luisa;—bien puede V. prepararse á todo lo que le queda por ver, y le aconsejo calma y resignación.

—Por ahí no ha de haber duda—contestó muy fino.—¿Cómo lo han pasado VV.?

—¡Ay! muy bien, D. Juan; sobre todo con unas magras y unos huevos diversamente condimentados—dijo Alfredo.—¡Qué bien se pasa aquí! y más cuando da uno con personas que no beben y que tienen buen repuesto de botellas para sus amigos.

—¡Ah, Mercedes!—replicó el cura.—¡No se quedaría usted atrás; sabe Dios lo que habrá inventado!

Mercedes se moría de risa, y todos de gana de ver á D. Juan ya de vuelta de su casa, por juzgar del efecto que aquélla le habría hecho. Bajaron juntos la cuesta de la iglesia y entraron en casa de doña Luisa sin que el recién llegado, apesar de lo que le decían, pareciese demostrar mayores deseos de salir del susto. Por fin, más por instigación ajena que por voluntad propia, se despidió—por un poquito—y dejó á los comensales de doña Luisa, que ya por entonces estaban sentados á la mesa y cenando, en situación de adelantar impresiones y preparar comentarios.

Pero D. Juan volvió, poco más ó menos, como se había marchado, tan bien dispuesto para seguir la broma como para echarla en olvido, haciendo punto y aparte.

—¿Qué le ha parecido á V. su casa?—le preguntó Clotilde.

—Parézcame lo que quiera, siempre diré á V. que muy bien—fué la galante respuesta.

Y D. Juan al darla, se acercaba bastante á la rubia cubana y no ocultaba la complacencia que sentía al mirarla; la cual demostraba, no con galanterías, porque esa no sería la palabra propia, sino con preferencias:

—D. Juan, no se acerque tanto—decía Alfredo.—¡Si lo

sabe Mariana!... ¡Ay, qué pícaro D. Juan, qué criada tan guapa tiene; vaya unos ojillos aquellos! ¿Y V. cómo se pone en esa tentación continua? ¡Le veo muy mal, D. Juanito de mi alma! ¡Qué tropezones le va á ocasionar la tal criada! Bien hace V. en ir á ejercicios. ¡Sabe Dios, sabe Dios!

## CAPÍTULO VIII

—¡Vaya! ya está ahí la tía—dijo doña Luisa con el tono del que se ve libre de algún cuidado, al oír dar tres fuertes aldabonazos á la puerta.

—No había duda—repuso D. Juan;—ya encontrara yo á Perillo con la burra cerca de la estación cuando vine de Marinada.

—Sí, pero la llegada del tren es tan tarde, que se pasa de noche toda la *corredoira*, y esa cuesta de la iglesia no es nada buena. Anda, Mercedes, ve á abrir la puerta del balcón y entérate si le ha pasado algo.

Mercedes fué, seguida del cura, y ya para entonces se oían voces en el patio, voces que se hicieron claras y distintas al mezclarse con las de los que, de la parte de acá del balcón, franqueaban la entrada á los recién llegados.

Porque eran más de uno: la tía Manuela venía muy oronda por el pasillo, diciendo muy alto para que la oyeran bien:

—¡Y luego!... ¿Se han figurado VV. que no tengo yo pollos que me acompañen?

Y casi al mismo tiempo hacía su entrada en el comedor, apoyada en el brazo de un guapo mozo.

Todos se levantaron de la mesa.

—¡Antonio!—exclamó doña Luisa muy sorprendida, y á su exclamación acompañaron las de todos los circunstantes, dirigidas las unas á la dama y las otras al galán, el cual parecía muy á su gusto y muy familiarizado con la alegre compañía.

—¿Conque esas tenemos, tía Manuela? ¿nada menos que

se nos viene V. á las tantas de la noche por esos caminos de Dios, solita con los ingenieros jóvenes?—dijo Alfredo plantándose delante del sofá en que se había sentado á descansar la viajera.

—Aun si fuese así, pase—dijo D. Juan;—pero no es con los ingenieros, sino con un ingeniero, que es bastante peor.

—Todo es envidia, todo es envidia—declamaba la tía Manuela desprendiéndose de su manto; las pollas me envidian á mí, y los curas le envidian á él.

Cuando el bullicio de la entrada se hubo sosegado, contó la tía Manuela á Luisa, que había encontrado en la feria de Betanzos á Antonio Lérída y que le había propuesto que se viniese con ella á dar una sorpresa á su sobrina, lo cual él había aceptado de muy buena voluntad.

Luisa presentó el recién llegado á María—la señora de Castro,—única que no le conocía, y momentos después todos estaban sentados alrededor de la mesa, haciendo los honores á los restos de la cena, que había tenido que aumentarse con una buena tortilla á la francesa y una lata de salmón.

Antonio Lérída era un muchacho tan joven como lo puede ser un ingeniero de caminos y canales: estaba en sus primeros años de prácticas, y á su carrera, que se delineaba brillante, ofrecía campo abierto la protección de una rica casa de Andalucía que tenía muchas contratas con el Gobierno en aquel país, y que le había encomendado ya estudios y la subdirección de los trabajos. Luisa, que conocía á todo el mundo, y que intuitivamente distinguía á las individualidades de valer para cultivar más particularmente su trato, conociera á este joven muy poco después de su llegada á Marineda, en casa del jefe de ingenieros, y enterada de que sus estudios y trabajos le habían de llevar muchas veces por las cercanías de su casa de campo, no le costó trabajo abrirle sus puertas y ofrecerle un día y otro en aquel hospitalario hogar un puesto, que Lérída aceptó con agradecimiento, honró con la caballerosidad más exquisita y pagó con las galas de su ingenio y las enseñanzas de su saber. Era, pues, siempre bien venido y bien agasajado en casa de Luisa, y

bien divertido además siempre que se encontraba con Alfredo y con Mercedes, cosa que ya le había sucedido más de una vez.

—D. Juan, yo no estoy ya para estos viajes—dijo doña Manuela ilustrando sus palabras con ademanes alusivos;—vengo molida. Me duelen los brazos; así por aquí, parece que me los apretaron con tenazas. Las piernas, por aquí, las tengo partidas; los hombros me escuecen del roce del vestido con el movimiento de la burra, y aquí, entre el estómago y el vientre, tengo un punto, ¡ay! que no sé si me dará que hacer. ¡Quién me metería á mí en estas danzas! Y al fin, no pude comprar las gallinas que quería: sólo dos encontré que se puedan echar con los gallos brahamas.

—¡Si me viese V. á mí comprando gallinas, D. Juan!—dijo el acompañante de doña Manuela.

—Bueno es saber de todo, señor ingeniero, y aun entre peor ganado podría V. andar que entre gallinas.

—¡Qué picaronazo es este D. Juan!—dijo Alfredo.—Esto yo bien sé que lo dice por los que no viven sino entre pollas.

—Para V. y para mí, tanto dan las pollas como las gallinas, señor canónigo; eso es bueno para estos jóvenes del siglo.

—¡Ay, Luisa! No te puedes figurar qué manteca te traigo; eso sí, la pagué cara, porque ese Betanzos, yo no sé quién dice que allí se compra barato, porque es una barbaridad cómo está todo. Las patatas, yo me quedé escandalizada: buenas, lo eran; de esas de monda encarnada y sin ojos ningunos, como si acabaran de arrancarse de la tierra.

¡Ah! te compré dos cestas. No las pude sacar menos de catorce reales; me fuí tres veces, y nada; por fin le dije á Andrea que las comprase, y luego me pesó no haber dado dos reales más por otras más fuertes. Pero hija, tanto gastar... El picote no lo había; lo que te compré fueron cerros para que doña Francisca los vaya hilando en sus ratos perdidos.

—¿Vaya que no se acordó de la semilla de repollos, doña Manuela?

—No, hombre, dispense; no me volví á acordar. Con tanto

barullo... ¡Pero qué hermosura aquel mercado de cerdos! ¡Yo no sé de dónde tanto animal allí se reúne!

—A mí eso me gusta mucho—dijo animándose D. Juan.—Le aseguro á V. que aquello mismo me satisface; y eso que están caros.

—Eso es una atrocidad, no hay quien se llegue á ellos; diga V. que es una cosa que no hay más remedio que comprarla, porque es el alma de las casas; quiero decir, de la cocina.

Aquella frase hizo tanto efecto, que D.<sup>a</sup> Manuela se llegó á incomodar, y para que no se les pusiera de mal humor, cambiaron la conversación.

—La verdad es, D. Alfredo—dijo María, que como decía aquel á quien se dirigía iba humanizándose por momentos;—la verdad es que cualquiera que á V. le oiga sin conocerle, le tendrá por el hombre más relajado del mundo.

—Mire V.—dijo Alfredo.—Yo tengo un compañero en... Orvilleja que toca el piano, y tiene uno en su cuarto. Cuando yo voy á verle lo primero que hace es cerrar las ventanas y echar las cortinas para que los vecinos no me vean, porque con este entusiasmo que tengo por la música, me pongo á cantar peteneras y de esas cosas que me recuerdan á Sevilla, y hago un efecto atroz.

—Pues en ese pueblo de gente tan formalota y tan severa estará V. mal.

—Muy mal. Me pasan unas cosas terribles con estas distracciones mías... Recuerdo una que tiene su gracia. Voy á contársela á VV. Una vez tuvo mi patrona en su casa unos republicanos, por supuesto, sin saber que lo eran. Estos se conoce que hacían propaganda, ó qué sé yo; el caso es que de la noche á la mañana desaparecieron sin pagar á la patrona; pero dejándole allí una porción de gorros frigios. Eran preciosos y estaban divinamente hechos con aquella punta tan bien volteada, y de paño finísimo tan suave, que daba gusto ponérselos. Yo le pedí uno á la buena de mi patrona, y me lo dió, y desde entonces acostumbraba á usarlo cuando estaba solo en mi cuarto.

Una vez vino á verme un señor que me traía una visita de

Madrid; yo estaba de sotana y con mi gorro frigio puesto, y salgo tan fresco á recibir á mi visita. Por supuesto, de lo que yo menos me acordaba era de la facha que hacía. A mí me chocaba la cara que ponía aquel señor, que estaba como quien contiene la gana de reír, y ya me iba yo cargando. Por último, se levanta, y muy fino voy á despedirle á la escalera. Entonces, cuando el señor había ya cerrado la puerta, me ve la patrona y toda asustada me dice: «Pero D. Alfredo, ¿usted qué tiene puesto?» ¡Echo mano á la cabeza y me encuentro el gorro!... ¡Me dió una rabia, que no lo quise volver á poner más y lo regalé!

—¡Qué lástima!—dijo Luisa;—no sé lo que daría por un retrato de V. bien pintado, de sotana y gorro frigio.

—Es divino, divino—decía Lérica á todo reír.

—Pero lo que á V. le gusta, D. Alfredo, es Sevilla.

—¡Ay, Sevilla! Ya lo creo; si me pierdo que me busquen allí. Me entusiasma Sevilla con sus mujeres tan graciosas y los cantos flamencos, y aquellos bailes. Vamos, los bailes me encantan; si me hablan de Sevilla, me trastorno.

—¿Se hizo V. conocer allí pronto como predicador?

—Mire V.; empecé á predicar casi en seguida, y tuve tan buena suerte, que luego lo que me sobraban eran sermones; creo que no hubo iglesia en que no predicase. Y... ¡allí sí que es la gente fina!... Todos los días al concluir de predicar, entraba en la sacristía algún lacayo á decirme que la señora me esperaba en el coche para llevarme á mi casa.

—Vaya, eso ya va picando en historia, D. Alfredo—dijo el cura,—y da qué pensar.

—No señor; generalmente era una viuda y bastante fea la pobre señora. ¡Pero muy bondadosa, eso sí! Cuando me marché me mandó cincuenta duros para cincuenta misas, que me vinieron de perlas, porque todo me lo había gastado en comprar ropa; así es que llevara un solo baúl y me volví con dos mundos repletos que no había por dónde meter un pliego de papel.

Excusado es decir que cada una de estas anécdotas era acogida y sazónada con grandes risas, sin que ninguno de los presentes tomara á mala parte la libertad de palabra del

narrador, porque todos sabían que era tan virtuosísimo sacerdote como muchacho alegre, y que abordaba las cuestiones más escabrosas, tocando como el águila, según él decía, de pico en pico y de cresta en cresta, sin peligro de resbalar ni de despeñarse.

Por último, dijo al terminar después de haber llegado á la más inaccesible de todas las alturas:

—Digan VV. que me he conservado así, porque Dios lo ha querido; ¡lo demás! tropieza uno á veces con cada una, que, ¡válgame Dios! Aun hace poco tiempo, estaba yo en Madrid hablando con una señorita, por cierto muy encoquetada, y me dijo:

—«Yo disculpo á la mujer que quiere á un sacerdote, porque para mí, un sacerdote es un hombre como los demás.»

—Pues yo—le dije,—considero á una mujer que tiene esa desgracia, peor que á la mujer más perdida; porque la mujer más perdida, aún puede encontrar un hombre que le dé su nombre, mientras que un sacerdote no puede dar el suyo á ninguna mujer.

Como se ve, entraba en el fuego un hombre y salía un fénix. El muchacho que ríe, hace diabluras y come golosinas, cuando se encuentra en el terreno ardiente del sentimiento, tiene impulso suficiente para ir á buscar el amor en su esencia pura: la Divinidad.

Los comentarios á que dieron lugar las últimas frases de Alfredo no los oyeron las muchachas que, con el pretexto de ayudar á Luisa en los nuevos arreglos de cama y cuarto que el inesperado huésped ocasionaba, entraban y salían en las habitaciones, cuchicheaban y no cesaban de reírse. Y tanto movimiento no fué infructuoso; porque cuando todas aquellas personas, después de desearse buenas noches y prometerse mil lindezas para el día siguiente, se habían encerrado en sus respectivas habitaciones, salieron de la suya las dos traviesas jóvenes, y yendo á buscar á Luisa, que estaba en el secreto, se fueron de puntillas á escuchar en el pasillo á donde todas las puertas tenían salida y, con efecto, á poco principiaron á oírse detrás de aquellas puertas monólogos ó soliloquios, en los cuales figuraban el nombre de Clotilde y

de Mercedes, mezclados con exclamaciones y amenazas. Entretanto, las autoras del trastorno, muy pegaditas la una á la otra, medio agachadas, con el cuerpo echado hacia adelante y el oído en acecho, tiraban con todas sus fuerzas por una cuerdecita que salía de debajo de la puerta del cuarto de Lérica y que había sido previamente atada y cosida por el extremo opuesto á la ropa que cubría la cama, de suerte, que al tirar las muchachas, suponían que el ingeniero se iba quedando sin ropa. Mientras tanto, Alfredo daba voces diciendo que qué era aquello, que no le cabían las piernas en la cama, á cuyas lamentaciones se morían de risa las culpables, que habían hecho en la cama del curita, con sólo una sábana, el efecto de dos; es decir, que con la de abajo, trayendo la parte de los pies hacia arriba, formaron el embozo encima de la colcha, dejando sólo una á modo de cartera, que tanto daba que bregar á los pies de la víctima.

Por último, María salió de repente de su cuarto con una porción de hierbas que se había encontrado á los pies de su cama, por fortuna registrada en tiempo, y como pretendía castigar con unos buenos refregones á las alborotadoras, rompieron éstas el silencio y dieron libre salida á la sonoridad de sus carcajadas, lo cual fué como aviso y señal á los ofendidos para que cada cual saliese á pedir justicia, quién envuelto en blanca colcha á manera de fantasma, quién en oscura manta de viaje, salida que determinó la huída de las dos muchachas, que parapetadas en su cuarto con dos vueltas de llave, dejaron la terminación del episodio á doña Francisca (antigua criada de la casa), la cual tuvo que hacer de nuevo las camas de los chasqueados, con peor humor del que gastaban las autoras del desbarajuste.

## CAPÍTULO IX

La misa se decía en el oratorio, á los ocho de la mañana. Doña Luisa respondía al cura desde su silla y el criado

ayudaba en toda la parte que exigía movimiento, y además contestaba al *Dóminus vobiscum* y al *ite missa est*, que á más no llegaba su ciencia en el latín. Pero la misa, dicha por Alfredo, se oía con mucho recogimiento, porque él la decía con tanta solemnidad y tanta atención, que impresionaba el ánimo y elevaba la mente al pensamiento de Dios y al deseo del bien.

Pero cuando, después de terminado el sublime ofrecimiento del sacerdote, prescindía Alfredo de sus hábitos y se les presentaba otra vez hecho un adán, con la americana de marras y babuchas, era lo mismo que abrir la puerta á la broma y á la algazara.

Inaugurábanse los refrigerios con sendas tazas de café con leche, y no sé cuántas pirámides de tostadas con manteca, porque el pan que por aquellas aldeas se usa, y se llama de Vilaboa, tiene unas propiedades asimilables y digestivas, que no hay más que pedir.

—Confiese V., señora, que la hemos conquistado—decía Alfredo dirigiéndose á María;—aquella salida de anoche, y aquello de tomarse la venganza por su mano cuando lo del refregón de las chicas, demuestra que no es el león tan fiero como lo pintan. Excusa V. de hacerse la severa ni la romántica, porque tiene V. más ganas de divertirse con nosotros que la misma Luisa, y si no toma parte en los ejercicios que vamos á meditar para hoy, será por el qué dirán los que hayan venido últimamente.

—Dios les libre á VV. de mis bromas si me meten en ganas de dárselas, porque les había de curar por mucho tiempo el deseo de divertirse.

—Por de pronto, hijos míos—dijo Luisa,—háganme VV. el favor de proporcionarme algunas horas de tranquilidad. Mercedes y Clotilde, ya saben que tienen que concluir una tapicería que está en el bastidor; V., Alfredito, lo mejor que puede hacer es irse á la biblioteca, donde tendrá todo el silencio que quiera para estudiar su sermón, y á Antonio le damos licencia hasta la hora de comer, para que recorra y examine á su sabor los campos vecinos, porque yo sé que no puede vivir sin trabajar.

No hubo objeciones: las chicas se pusieron á bordar, los hombres desaparecieron, la tía Manuela continuó clasificando chismes y limpiando chirimbolos, y las dos amigas volvieron á encontrarse solas en el salón de las primitivas conferencias.

Mucho se habían modificado las disposiciones de la más joven en las veinticuatro horas que iban transcurridas. Por más que fuese serio su carácter y triste su vida, y por más que un impulso espontáneo é ingrato la hiciese echarse atrás ante el espectáculo de la alegría en los otros, sin embargo, concurrían en aquella ocasión muchas circunstancias para que la hiciesen en la vida de María excepcional.

En primer lugar, estaba hacía por lo menos dos ó tres días alejada de su marido, y por lo tanto, los nervios no sufrían presión. Después, se encontraba con su amiga, no preferida, sino única, y cada vez que desahogaba con ella su corazón, demasiado lleno de pesares, se quedaba más tranquila. Luego, el campo y la soledad eran para ella el mejor calmante; con dirigir su vista á un espacio donde los hombres, las calles, las casas, estuviesen reemplazadas por plantas, árboles, riachuelos, setos y demás accidentes del suelo rural, estaba bien impresionada y mucho más asequible al bien. Por último, aquella alegría casi infantil, completamente desprovista de todo elemento artificial, aislada en su propio foco, sin censores ni críticos, era demasiado espontánea, demasiado rica en frescura y en sencillez, para que dejara de prender, al fin y al cabo, á una naturaleza tan amante de lo sincero como era la de María. Y cuenta que como eran y habían sido tan escasas estas claras en su vida, dejaban huella tan impresa, como verdaderos acontecimientos.

María había crecido en una casa muy señorial, muy antigua y muy triste de la calle de Hortaleza, á lo último, casi fuera de Madrid. Dominaba en aquel interior un rigorismo de forma que anonadaba todo germen de espontaneidad y vida. El Conde de Casalfuerte, su padre, era débil de carácter y de escaso entendimiento. Su segunda mujer, la madre de María, á quien habían hecho hacer uno de esos casamientos de convención, que han condenado al martirio á tantas pobres mujeres, se había entregado por completo á las prácti-

cas religiosas, y, abandonando todas sus relaciones de la sociedad, habíase formado ella una de gente de iglesia y de toca. Daba mucho dinero, y los que lo recibían no le escaseaban homenajes.

No es raro que de estos centros de rigorismo salgan luego mujeres muy mundanas: algunas de nuestras más aristocráticas pecadoras madrileñas lo podrían contar. Como quiera que sea, de aquella casa salió un ejemplar tipo de la clase: Elvira, la hija mayor del Conde, heredera de su título. Era ya muy crecida cuando su padre se casó de segundas nupcias, y entre ella y su madrastra no hubo ni un solo día de buena inteligencia; se detestaron, y aunque en Elvira no hubiesen existido todos los elementos que la arrastraron al placer como á su único objetivo, sólo por oposición á la fanática devoción de su madrastra, se hubiese hecho ella perversa.

Ni la reja monástica del portal, ni los muros del jardín, ni la serie de criados, todos viejos y serios, que desde el portero vigilaban en la casa, ni todas las precauciones habidas y por haber, impidieron á Elvira hacer tales desatinos, que fué menester buscarle, y pronto, un marido acomodaticio que, pagándole bien, tomase sobre sus espaldas la pesada carga de aquel matrimonio.

La madre de María murió muy joven, pero no sin haber dejado su hija en manos de una institutriz que para este delicado objeto le había mandado espresamente de Francia el General de los jesuítas.

Mlle. Duval cumplió bien su cometido. No se separó nunca de María; le comunicó en la conciencia cuantas nociones tenía sobre religión, moral y urbanidad. La alejó de todo contacto con la naturaleza; le hizo una erudición especial de libros franceses, todos recomendados por los padres, y que además iban anotados por ella. Evitó á la niña todo conocimiento directo de las cosas, y formó su instrucción por imágenes escritas ó delineadas en el papel, y aun entre éste y la inteligencia que estaban atrofiando, se interponía siempre el criterio de la maestra, que en su afán de salvar aquella flor de todo fango terrestre, no quería dar á su entendimiento

ningún trabajo de digestión que previamente no hubiese ella misma triturado.

Felizmente, la niña sacó su carácter propio, bien acusado. Fué desde muy pequeña reflexiva, seria y bastante inclinada á la contradicción, así que el servilismo y las melosidades de Mlle. Duval la disgustaban. Quiso buscar apoyo en el padre, y lo encontró. Aquel anciano llegó á dejarse dominar por la influencia de la niña, y si ésta no abusó, fué porque no quiso. Llevábala los otoños á París, los veranos á Biarritz, generalmente, y en el invierno le permitía cuantos caprichos se le antojaban, que eran bien pocos, estando limitadas sus diversiones mundanas á un turno en el Teatro Real, no con su hermana, con quien el padre nunca consintió que se tratara, sino con muy escogidas amigas.

EULALIA DE LIANS.

*(Se continuará.)*





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

**S**UCESO más grave ni crisis más profunda é inmediata no podía preverse en la política española. La prematura muerte del Rey ha sido el más terrible de los golpes que podían sobrevenir á la nación desventurada que paulatinamente y á costa de merecidos esfuerzos iba restañando las heridas de sus pasadas y sangrientas discordias.

En presencia de los mortales despojos de Alfonso XII, en quien se reunían los alientos de la juventud y las aspiraciones nobilísimas acariciadas por la fortuna y la gloria, la mente se conturba y apenas acierta la pluma á trazar los complicados sentimientos que se desenvuelven y confusamente luchan.

El día 25 de junio de 1870, en los momentos mismos en que el Gobierno de Napoleón III se oponía á la candidatura de un Príncipe de Alemania para el trono de España, la Reina Isabel II abdicaba á algunos pasos de las Tullerías, en el hotel Basilewski, en favor de su hijo, que nacía á la vida política desde aquel instante solemne.

El día 1.º de diciembre de 1874, el Rey de España, que contaba entonces diez y siete años, dió un manifiesto á su patria, proclamándose representante del derecho y de la mo-

narquía. Amadeo I había ya dimitido desde 1873, y los ensayos de república hechos con Pí y Figueras, con Salmerón y Castelar, habían traído la desorganización y la anarquía, cuando el ejército dió en Murviedro, el 31 de diciembre de 1874, el grito que había de restablecer al nieto de Fernando VII en el trono de sus mayores. La guerra civil sostenida por los carlistas terminó en junio de 1876 y la insurrección cubana en 1878.

Aleccionada España con las tristezas del pasado, soñaba con un porvenir lisonjero en el seno de la paz y bajo el ceño de una restauración que vino á predicar el olvido. Las frías hostilidades desaparecían para dar lugar al amor de los pueblos y á la adhesión de todos los pechos honrados y que sólo anhelan el progresivo desarrollo y afianzamiento de los intereses más vitales de la patria. El carácter del Monarca era el más apropiado para la misión grande que el cielo le encomendaba.

Cuando las inundaciones asolaban las llanuras de Murcia, allí acudía el Rey para llevar socorros y esperanzas á los míseros labriegos que habían visto destruída su hacienda y arruinada su pobre choza. Cuando los terremotos llevaban el espanto y la desolación en los pueblos andaluces, allí acudía el Rey para distribuir por sí mismo auxilios de todas clases y dar aliento á los ánimos abatidos. Cuando la implacable epidemia hacía mayores estragos en las viviendas de las familias y en los cuarteles, el Rey arrostraba con temeridad el peligro que á todos amenazaba para recorrer los apestados hospitales y estrechar la mano de los moribundos. Su decisión y su serenidad no se desmintieron ni ante las turbas demagógicas que en París, faltando á los más elementales principios de hospitalidad, le insultaban, ni tampoco en presencia de las sublevaciones militares que los mal avenidos con el orden intentaban para perpetuar su sistema de inacabables algaradas y dilapidaciones.

Así las simpatías del Rey han sido inmensas. Así lloran España y Europa entera una pérdida por todos conceptos irreparable. Nuestros periódicos de Madrid y de provincias lo manifiestan, así como es evidente la profunda emoción que

la fatal noticia ha producido en las naciones extranjeras. El Presidente de la República francesa ha hecho presente su sentido pésame en términos calurosamente expresivos, diciendo que, no solamente le dolía la desgracia que aflige á España, sino la pérdida de un Rey que le había inspirado la más viva simpatía desde el momento en que pudo conocerle. Miles de personas han acudido á las Embajadas de España. En la Dieta austriaca ha habido una dolorosa manifestación de afecto, poniéndose toda la Cámara en pie al oír las palabras de su Presidente. Los Reyes de Portugal han demostrado el más profundo pesar; Su Santidad, y también el Rey de Italia, se manifiestan profundamente afectados; las Dietas de Moravia y de Silesia han aprobado unánimemente proposiciones, diciendo que han sabido con gran sentimiento la muerte del Rey D. Alfonso; el Emperador Guillermo, el más viejo de los Soberanos, se ha conmovido al tener noticia de la muerte del más joven de Europa, y distintas Cortes y muchos Gobiernos envían sus representantes extraordinarios, y se disponen á celebrar fúnebres honras.

La prensa de los diversos países, por más heterogéneas que sean las opiniones políticas que sustente, deplora la irreparable pérdida que aflige á España. «El joven Rey que la implacable muerte acaba de arrebatarse—dice la *Liberté*—ocupará en la historia un puesto honrosísimo. Durante once años consecutivos ha dado á España una tranquilidad y bienestar que anteriormente no disfrutó. Educado para el arte de reinar en la ruda escuela del destierro, dió relevantes pruebas—desde que subió al trono—de gran inteligencia, suma previsión y prudencia, que le granjearon las simpatías y la lealtad de todos aquellos que tuvieron la honra de acercarse á su augusta persona. Con una perspicacia y experiencia superiores á los que tienen los hombres de su edad, se le ha visto apreciar y zanjar las dificultades gubernamentales que se han producido durante su reinado. Siempre desempeñó con tanto tacto y lealtad el papel de árbitro supremo de los partidos, el cual constituye el más elevado como también el más difícil privilegio de un Soberano constitucional. En Inglaterra y en Francia se había iniciado en los deberes

del régimen parlamentario, y su espíritu se había saturado de las ideas de libertad y progreso que forman la base de las sociedades modernas. Gracias á su generosa iniciativa, España forma parte de la gran familia de los Gobiernos y de los pueblos libres. Ojalá que los que le reemplacen comprendan, como él, que la verdadera fuerza de la Monarquía española reside exclusivamente en la sincera observancia de las instituciones liberales. Estas son las únicas que preservarán eficazmente á esa gran nación, unida por tantos lazos á Francia, contra la reacción carlista que la llevaría al oscurantismo y contra la revolución republicana que la sumiría en espantosa anarquía.»

«D. Alfonso deja el recuerdo de un Soberano ilustrado é inteligente—añade *Le Mémorial*;—en más de una ocasión ha dado relevantes pruebas de una serenidad de ánimo, de madurez y experiencia muy superiores á la que de su corta edad era lícito esperar.»

Otros colegas son aún más explícitos. *La Patrie*, por ejemplo, nos dice:—«En el destierro pasó los primeros años de su adolescencia, es decir, los más hermosos de su vida, porque son los únicos en que las acciones y los pensamientos del hombre no están impuestos por el deber ni dominados por el cálculo. Esa primera prueba había impreso en su rostro y en sus ideas una especie de melancolía afable, una gravedad precoz y casi triste que nos recordaba, á nosotros los franceses, la fisonomía moral de su amigo el Príncipe imperial, hijo de Napoleón III. Los que mueren jóvenes son los queridos de los Dioses, dice en un libro cierto poeta griego; y obligados nos vemos á creer que reciben, cuando menos, en la frente una señal extraña é indeleble. Colocado D. Alfonso en el trono por uno de los movimientos militares que representan la vindicta del pudor nacional contra la ineptitud y las torpezas de los Parlamentos, todo le sonreía y le llevaba á un pacífico y glorioso destino... La historia consignará en sus anales que fué un buen Rey, un Soberano muy hábil, á pesar de su juventud. Bajo su cetro, que algunos creían vacilante, pero que era poderoso, porque lo empuñaba mano viril, España ha disfrutado durante once años de los beneficios de la paz. Te-

nía mucho tacto, y sabido es que el tacto es la más útil de las cualidades de que ha de estar revestido el Jefe Supremo de un Estado. Además era valiente: su conducta durante las dos intentonas de insurrección militar, ocurridas recientemente y en presencia de los estragos del cólera, lo ha demostrado plenamente. Amante era del orden y de la justicia, y supo introducir en la mayor parte de los servicios administrativos una regularidad que corrigió rutinarios abusos.»

El *Gaulois* afirma: «Será en la historia una figura seductora y melancólica, digna de contemplación entre todas, la de ese vástago de tan egregia estirpe, alrededor de la cual parece haberse cernido la muerte, antes de abatirse sobre su cabeza. No es posible olvidar á la joven Reina Mercedes: esa graciosa personificación de una novela de amor en el Trono, que tan pronto fué arrebatada á su Real esposo. Entonces hizo éste su aprendizaje de lágrimas, y España lloró con él como llora sobre él ahora.»

Prescindamos de la opinión de todos los periódicos monárquicos que en París se publican y que coinciden en el fondo, para limitarnos á consignar las sentidas líneas que Mr. Paul de Cassagnac escribe en el *Pays*. Dice:

«Alfonso XII acaba de morir. ¡Tenía veintiocho años!... Es una inmensa desgracia para España: para nosotros, que le conocíamos personalmente, que se dignaba llamarnos su amigo, es un rudo y cruel golpe. Caballeresco, inteligente, valiente como lo son los españoles, hijos del país clásico de la valentía, reunía las heroicas cualidades que distinguen á los grandes monarcas. Leal y bueno, era adorado de cuantos se le acercaban. Nos inclinamos ante los inescrutables designios de la Providencia. Somos cristianos, y esto nos basta para sentirnos animados por el valor, que no decaerá, y por la resignación, que nada podrá perturbar. Este Rey, que tan rápidamente ha pasado sobre la tierra, era el compañero de infancia de nuestro inolvidable Príncipe imperial. Nuestro pensamiento, agobiado por el dolor, vaga desde la tumba, ya hace años cerrada, á la tumba que ahora se abre; del ensangrentado Zululand, al fúnebre Pardo. De todos los corazones franceses sale un sentimiento de profundo dolor que,

elevándose sobre las altísimas crestas de los montes que ningún obstáculo pueden oponerle, se posan sobre esas dos desconsoladas Reinas que arrodilladas lloran, una el hijo que era su orgullo, y la otra el esposo que deja huérfanas á dos inocentes niñas expuestas á los azares y peligros de un pavoroso porvenir.»

No puede darse mayor unanimidad en la manera de apreciar las brillantes cualidades que en el difunto y llorado Rey concurrían.

\*  
\* \*

Apenas acababa de espirar el Rey cuando el Sr. Cánovas del Castillo dispuso publicar en la *Gaceta* la siguiente declaración, fechada el mismo 25 del actual noviembre:

«El Presidente del Consejo y los Ministros de Estado, Gracia y Justicia, Marina, Hacienda, Fomento y Ultramar, que estaban presentes, profundísimamente afectados por tan funesto suceso, no bien se apartó un instante del lado del cadáver de su augusto esposo, S. M. la Reina viuda doña María Cristina, en quien, por ministerio de la ley, recayó desde luego la regencia con arreglo á los artículos 67 y 72 de la Constitución de la monarquía, manifestaron á S. M., como Reina gobernadora que era ya del reino, que en aquel punto mismo habían terminado sus funciones ministeriales, por lo cual respetuosamente deponían á los reales pies de S. M. la autoridad constitucional que hasta entonces les había estado confiada. S. M. la Reina Gobernadora, poseída del inmenso dolor que era natural, por la terrible desgracia que acababa de experimentar, y que por mucho tiempo llorará con S. M. la nación entera, se sirvió mandar á los Ministros que continuasen desempeñando sus funciones, mientras con alguna mayor tranquilidad podía fijar su atención en los negocios públicos; y en virtud de este soberano mandato, el Gobierno procederá á ordenar inmediatamente todo lo necesario para que desde luego comience á cumplirse en todas sus partes el art. 72 de la Constitución del Estado, sin perjuicio de proce-

derse también á lo dispuesto en el art. 69 de la misma Constitución, cuando el estado de S. M. la Reina Gobernadora consienta, que acerca de esto y de cuantos asuntos dependan de sus regias prerrogativas, determine y decrete lo que más conveniente estime á los intereses públicos.

La dimisión del Gabinete quedó así redactada:

«Señora: El fallecimiento nunca bastantemente llorado de S. M. el Rey, ha hecho espirar el mandato que tenía conferido su real confianza al actual Ministerio. Por otra parte, el Ministro-presidente que suscribe abriga la profunda convicción de que á un nuevo reinado como el que comenzó ayer le convienen Ministros nuevos también con quienes pueda realizarse la política que V. M., en su alta sabiduría, considere más provechosa para la nación. Por uno y otro fundado motivo, suplica reverentemente á V. M. que se digne admitirle la dimisión de su cargo, rogando al cielo que derrame todos sus dones sobre el sucesor legítimo de D. Alfonso XII, que Dios haya, sobre V. M. como regente del reino y Reina Gobernadora, sobre toda la actual dinastía y sobre la afligida España.—Señora: A L. R. P. de V. M.—Antonio Cánovas del Castillo.»

Conocidas eran ciertas inteligencias entre los partidos monárquicos y constitucionales, y hubieron de extrañar pasos y movimientos impacientes, altamente impropios de la solemnidad de aquellas circunstancias. La palabra crisis tiene virtudes y misterios insondables que apenas puede comprender el hombre apartado de esas luchas políticas que desnaturalizan, embriagan y hasta ciegan.

El poder ha quedado en manos del partido liberal que milita á las órdenes del Sr. Sagasta. Así lo han querido y deseado el Sr. Cánovas del Castillo y los conservadores.

¿Atenderán los nuevos Ministros más al imperio de la ley, al orden y al afianzamiento de la legalidad que al desarrollo de sus teorías políticas y de sus disquisiciones de escuela? Pronto nos lo dirá el tiempo. Lo que desde luego aparece es que subsiste el pacto de los fusionistas ex-centralistas y ex-constitucionales con algunos demócratas avanzados, cuya representación en el Gabinete es el Sr. Montero Ríos, y aquel pacto tiene su

programa claramente definido en la famosa fórmula del 4 de junio, que es sin duda alguna la bandera del nuevo Gobierno; bandera muy diferente de la que sostuvo el Sr. Sagasta y la antigua fusión. En dicha fórmula y en su traducción en leyes veríamos ahora las divergencias del porvenir, si no tuviésemos una fe profunda ante todo en los destinos de la patria y también en el instinto conservador de todos los hombres de Estado, que no desconocen que el sagrado depósito del poder entraña en los días críticos responsabilidades y exige sacrificios.

Ibamos entrando, sin advertirlo, en terreno actualmente vedado. Cuando asuntos mayores y sentimientos graves embargan el ánimo, no es ocasión de examinar fórmulas políticas ni de discutir actitudes de fracciones.

\*  
\* \*

Cuando apenas acababa de espirar el Monarca, y calientes aún las cenizas del Vicealmirante Sr. D. Juan Bautista Topete, circuló por Madrid la noticia del fallecimiento del General D. Francisco Serrano, primer Duque de la Torre.

Afiliado al partido de la unión liberal, luchó al lado de su jefe el Presidente del Consejo y Ministro de la Guerra O'Donnell en defensa de las instituciones y del orden. Todos recordamos igualmente el importantísimo papel que con posterioridad á la revolución de 1868 hubo de desempeñar como Regente del reino en el Gobierno provisional que se formó á raíz de la batalla de Alcolea.

No es hora ni ocasión de juzgar al político contemporáneo que ha venido luchando largos días con los achaques de la vejez y la muerte que le esperaba. Basta decir que su nombre figurará en la historia al lado de las primeras figuras militares que han sabido elevarse en nuestros revueltos tiempos. El Sr. Serrano fué General á los treinta años, Ministro á los treinta y cinco, ocupando un puesto en la más alta jerarquía del ejército desde 1865, y habiendo obtenido su

título de Duque de la Torre en 1862 á consecuencia de su mando en Cuba. La fortuna no se mostró con él avara.

El frío sudario parece estos días extenderse sobre personalidades eminentes, que fueron representación viva de los sucesos que todavía se desarrollan y cuya última palabra forma el enigma que se desconoce.

A.





## REVISTA EXTRANJERA

---

**D**OCOS días hace que los búlgaros eran á cada acción derrotados, y parecía ya próxima la noticia de la entrada triunfal de los servios en Sofía, cuando por un cambio inesperado de fortuna vemos que el papel de los dos pueblos beligerantes se ha invertido. El invasor es á su vez el invadido; y el ejército del Rey Milano, que antes corría de victoria en victoria, es repentinamente derrotado, desocupa desordenadamente las posiciones antes tomadas, y hasta llega á ver amenazada su misma capital, Belgrado.

La variación de los triunfos militares ha cambiado también los puntos de vista de la política. Las victorias de los servios facilitaban la solución diplomática, y era natural la vuelta al *statu quo ante*. Austria, á cuya influencia se atribuye el plan de campaña tan desastrosamente ejecutado por los servios, veía con satisfacción los laureles alcanzados por sus protegidos en los campos de Bulgaria, y presumió que el poder austriaco se extendería así y fortificaría en la península de los Balkanes. La derrota de los búlgaros y la toma de Sofía por los servios habrían provocado la abdicación del Príncipe Alejandro, lo que también deseaba Rusia.

Pero todos estos cálculos han quedado destruidos por la

derrota de los servios. El Rey Milano pierde toda esperanza de compensaciones territoriales y ve además vacilar su débil trono.

Los hechos, comprobados en el momento en que escribimos, parecen ya terminantes. Los Ministros de las grandes potencias en Belgrado, Sres. Persiano, de Bray, de Khevenhuller, Wyndham, Millet y de la Tour, dirigieron el 23 al Sr. Garachanine, primer Ministro del Rey de Servia, la nota siguiente:

«Los infrascritos tienen el honor de anunciar á S. E. el Sr. Garachanine que el Gabinete de San Petersburgo propuso á las grandes potencias que éstas se concertasen para hacer cesar, por medio de una gestión colectiva, las hostilidades y la efusión de sangre entre los servios y los búlgaros.

Los Gabinetes se hallaron de acuerdo para cumplir ese deber de humanidad y para emplear sus esfuerzos, á fin de hacer cesar esa lucha fratricida.

Al poner lo que antecede en conocimiento de V. E., los representantes de Rusia, de Alemania y Austria-Hungría, residentes en Belgrado, le ruegan que tenga á bien tomar nota de esta declaración y de informarlos de la decisión en que se fije el Gobierno servio.

Los Ministros de la Gran Bretaña, de Francia y de Italia, en tanto que esperan instrucciones especiales, se asocian á una gestión que está de acuerdo con las ideas ya emitidas por sus Gobiernos.»

Contestó en seguida el Sr. Garachanine á la nota anterior en sentido afirmativo, como era de esperar por su parte, después de las derrotas sufridas por los servios, y se expresó en sumisa comunicación en los términos siguientes:

«El infrascrito ministro de Negocios Extranjeros de Servia tiene el honor de poner en conocimiento de V. E., en contestación á la nota colectiva de las grandes potencias en Belgrado, que ha tomado nota de su declaración y considerado un deber comunicarlo á S. M. el Rey.

De orden de S. M., deseoso de mostrar sus sentimientos de deferencia hacia las grandes potencias, tengo el honor de hacer saber á V. E. que S. M. acaba de dar orden de que ce-

sen las hostilidades, y que los comandantes de los diversos cuerpos de las tropas reales han recibido orden de poner esta decisión en conocimiento de los comandantes búlgaros que se hallan enfrente de ellos.»

Pero el Príncipe de Bulgaria no ha aceptado todavía el armisticio propuesto, aunque lo natural es que lo acepte después de los últimos triunfos de las armas búlgaras.

Se añade que el Rey Milano está decidido á abdicar. Sus amigos y partidarios, así en el extranjero como en el reino, tratan de asegurar su sucesión á su hijo, en cuanto sea posible, bajo la Regencia de la Reina; pero el Rey se niega á toda combinación de ese género. Tiene el propósito de abandonar la Servia con su familia, y se creía probable que se retirase á Francia.

Por lo demás, está plenamente confirmada la derrota completa de los servios, los cuales han abandonado todas las posiciones que ocupaban en territorio búlgaro, viéndose obligados á repasar la frontera.

El Príncipe Alejandro se ha mostrado á la vez hombre de guerra y hombre político. No solamente ha arrojado al invasor de su territorio, sino que ha tenido la habilidad de diferir á la autoridad de la nación turca, su soberana, el decidir acerca de cuanto concierne á la Rumelia, persuadido de que esta apariencia de sumisión no puede por menos de proporcionar el triunfo de su causa. Ha sido una hábil manera de colocar al Sultán y á las grandes potencias en el caso de tener por no realizada la unión de las dos provincias.

Este buen acuerdo y vasallaje del Príncipe Alejandro al Sultán es, sin embargo, más aparente que real en el fondo. En su telegrama al Gran Visir, el Príncipe se limitaba á anunciarle que había abandonado la Rumelia con sus tropas, lo que ciertamente no prueba un gran sacrificio del vasallo que se había declarado en rebeldía, pues el ejército búlgaro tenía necesidad de regresar á su principado para combatir y rechazar al ejército servio que acaudillaba el Rey Milano.

El restablecimiento del *statu quo ante* parece hoy imposible, teniendo forzosamente que introducir la conferencia alteraciones esenciales en el tratado de Berlín. No puede ya tratar-

se como simple aventurero al General que ha sabido defender sus Estados contra el enemigo, al Príncipe que, confiando en la justicia de sus reclamaciones, consiente de buen grado en someterlas al juicio de Europa. La información que debía hacer en Rumelia un comisario del Sultán rigiendo provisionalmente dicha provincia, y todos los demás expedientes ideados, dejan de responder á la situación presente.

Las victorias del Príncipe Alejandro tendrán también otro efecto. La derrota que ha castigado la agresión del Rey Mila-no y ha desbaratado una empresa injustificada, servirá de advertencia á los que tengan tentaciones de imitar semejante conducta. La culpa es de Servia. Ella emprendió la aventura, y es difícil que no pague su temeridad de invadir un país extranjero. Pero la abdicación del Rey Milano, como expiación natural de la locura á que ha conducido á su pueblo, no será una solución, sino que levantará otras cuestiones de bastante importancia. ¿Quién sucederá al Soberano dimisionario? ¿A qué conducta se inclinará Austria-Hungría para proteger los intereses políticos que le son propios por su patronato sobre Servia? Si Austria interviene de algún modo, haciendo uso de sus títulos y derechos en los asuntos servios, ¿qué reivindicaciones pretenderá á su vez Rusia? Inglaterra tampoco está dispuesta á ser indiferente entre las pretensiones rusas y austriacas. Las dificultades que el plenipotenciario inglés opone en la conferencia de Constantinopla á que se llegue á un pronto arreglo, versan sobre el carácter de administrador provisional de la Rumelia, dado al comisario del Sultán, y sobre el envío de ese comisario antes de que hayan cesado completamente las hostilidades, y de que se haya practicado la información acerca de los deseos de los rumeliotas.

En medio de todas estas complicaciones aparece el supremo árbitro de la política europea, el Canciller del imperio de Alemania. Realmente, ningún interés directo tiene éste en las cuestiones que van á suscitarse, sino el de la unión de los tres imperios, y más generalmente el mantenimiento del *statu quo* europeo. La observación literal del tratado de Berlín no tiene otra importancia á sus ojos. No es por amor propio de autor por lo que el príncipe de Bismarck se muestra defensor

de su obra, sino por temor natural de que si la cuestión de Oriente vuelve á abrirse por cualquier motivo, todo el edificio tan artificial de la existencia de Turquía llegue á verse comprometido.

Todo parece indicar, como repetidamente hemos dicho, que no es posible poner de nuevo en vigor, en toda su integridad, el tratado de Berlín. Y, sin embargo, ocurren en este caso otras grandes dudas. Si se realiza la unión de las dos provincias bajo el nombre de Gran Bulgaria; si la unión búlgara y rumeliota queda sancionada; si el equilibrio de las nacionalidades de Oriente queda definitivamente roto en provecho del elemento eslavo, ¿qué se hará para contener el elemento griego é impedir que turbe á su vez la paz de Europa? Las reivindicaciones helénicas parecen muy legítimas y no dejan de ser amenazadoras, no pareciendo lejano el día en que las grandes potencias hayan de colocarse en la alternativa de darles satisfacción ó de verse, en caso contrario, en la necesidad de presenciar una guerra general é inevitable en la península de los Balkanes.

Una importante noticia circulaba en Londres, que, de confirmarse, haría desaparecer los temores de un conflicto por el lado de Grecia. Anunciábase allí que se había concluído un acuerdo definitivo entre Turquía y Grecia, y que nada había ya que temer por ese lado. Se afirmaba que Grecia licenciaría en breve su ejército; pero no es creíble que los griegos puedan permanecer desarmados y tranquilos, si se modifica el tratado de Berlín en ventaja de los eslavos, ya se llamen éstos búlgaros, ya se llamen servios.

Dicen, por el contrario, noticias de otro origen, que Grecia sigue armándose y Turquía hace lo mismo, reuniendo en la frontera del Epiro y de Tesalia un ejército que calculan de cuarenta mil hombres, y habiendo llevado su ostentación al extremo de confiar el mando de aquellas imponentes fuerzas á uno de los Generales más visibles de Turquía, al Pachá Ahmet-Eyub. La actitud de Grecia no puede extrañar á nadie. El Gobierno de Atenas se ha sostenido siempre en el terreno de los convenios internacionales, trabajando para consolidar el frágil edificio levantado por el Congreso de Ber-

lín. Turquía, por el contrario, lejos de defender el tratado de 1879, es la potencia de los Balkanes que más ha contribuído á zapar sus cimientos.

Bien puede decirse que los verdaderos peligros no han desaparecido ni desaparecerán en mucho tiempo de Oriente. El Imperio del Gran Sultán tiene siempre sobre su cabeza la terrible espada de Damocles, y no será extraño que, perdiendo de día en día y paso á paso terreno, llegue el momento en que las inmóviles y petrificadas instituciones que representa se vean precisadas á refugiarse al fin en los confines asiáticos del otro lado del Bósforo.

S.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

*Memoria sobre la limpia de la bahía de Cádiz, y con más especialidad del caño del Arsenal, por Eduardo Benot y Rodríguez.— Cádiz, imprenta de la «Revista Médica,» 1885. Un tomo de 228 páginas.*

Un nuevo libro del Sr. Benot acaba de publicarse. No es ningún tratado sobre filología ó literatura, materias en las que tan brillante éxito ha logrado. No es tampoco ningún estudio sobre ciencias físicas ó matemáticas, que tan á fondo conoce. Es el resumen de un importantísimo proyecto que compuso hace cinco años, inspirándose en el deseo de evitar á su querida ciudad de Cádiz una desgracia que á pasos de gigante se avecina, la inutilización del caño del Arsenal de la Carraca.

Demuestra en este notable trabajo el Sr. Benot que sabe tanto como el mejor ingeniero. Empieza su *Memoria* con un examen de la alarma y desfa-

llecimientos producidos por las recientes invasiones de los fangos y las causas á que se atribuían los aterramientos. Véase uno de los párrafos en que hace concienzuda crítica del dragado, que muchos tienen como remedio único y eficaz: «En la parte hidrológica, dice, desconocían unos y otros el régimen de las *corrientes naturales de limpia*, sin las cuales son imposibles los *puertos de marea* (á no ser que se acuda á las represas torrenciales), y en la parte económica ni aun siquiera sospechaban que no son de eficacia ninguna los pasajeros arbitrios de las más onerosas contribuciones contra esas poderosas agencias naturales que, con la tenacidad de la constancia, producen los aterramientos de los sacos y ensenadas de las bahías. Las fuerzas naturales no conocen el cansancio; la bolsa de los contribuyentes al fin se agota; y, en la lucha insensata y mal entendida

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

del dinero contra los acarreo del mar, el dinero siempre sucumbe; á no ser cuando, *científicamente*, pone á su servicio la misma fuerza de las mareas, para combatir con ella los aterramientos.»

Reeuerda después el Sr. Benot en su interesante reseña histórica, que la Marina ha venido gastando de siete á ocho mil duros anuales en dragados completamente inútiles. Es muy curioso el capítulo en que el Sr. Benot analiza las causas probables de los aterramientos y calcula que el Guadalate desemboca anualmente en la bahía de Cádiz medio millón de toneladas de materias propias para producir el aterramiento más formidable.

El sencillo procedimiento que el Sr. Benot aconseja que se siga es el de los torrentes artificiales de represa, cuyo mecanismo lo expone así en esencia:

«A la creciente, y hasta el momento de pleamar, se permite la entrada del agua marina en grandes receptáculos preparados al efecto (á veces á costa de muy onerosos sacrificios).

»Desde el momento de empezar la menguante, no se deja salir el agua, para lo cual se cierran compuertas oportunas. El agua, así, se conserva represada, y en alto, hasta el momento de la baja mar. Entonces se suelta de golpe el líquido represado, el cual, con fuerza torrencial, se precipita en los canales obstruídos; y en poquísimos instantes los despeja de sus obs-

táculos, arrebatando vigorosamente, no sólo el fango y la arena, sino hasta los bancos de guijarros, que arrastra hasta el mar, donde los entrega á las corrientes litorales para que los transporten á parajes en que ya no causen perjuicios.»

Esta es la idea madre que desenvuelve en su obra D. Eduardo Benot, con multitud de atinadas consideraciones, juicios acertadísimos y observaciones que demuestran, como antes dijimos, que domina la difícil ciencia del ingeniero. Importa mucho á nuestro país, y á Cádiz particularmente, que se tomen muy en cuenta los razonamientos del Sr. Benot; que se discuta el proyecto que indica para prevenir la ruina del Arsenal y, en una palabra, que no nos dejemos dominar por la indiferencia, como tantas otras veces. La ciudad de Cádiz debe llamar la atención del Gobierno acerca de lo que en su libro dice el Sr. Benot, y no dejar olvidadas advertencias que tan singularísimo interés entrañan. Con ello también habrá conseguido el Sr. Benot el único premio á que aspira: ser útil á su patria.

Al enviar nuestros plácemes á don Eduardo Benot, en quien no se sabe qué admirar más, si su talento ó su modestia, hacemos partícipe del aplauso á D. Salvador Viniegra, que ha tenido la buena idea de imprimir tan notable obra.

A.